

MOLIERE



La escuela de los maridos.

El Hipócrita



COLECCIÓN CISNEROS

CENTRO NACIONAL DE LECTURA

BIBLIOTECA

Sala \_\_\_\_\_

Estante C-3

Signatura 120

F.A. 4584

LA ESCUELA DE LOS MARIDOS. EL HIPOCRITA



# COLECCIÓN CISHNEROS

DIRIGIDA

por

**D. CIRIACO PÉREZ BUSTAMANTE**

Catedrático de la Universidad Central

Y PUBLICADA

por

**EDICIONES "ATLAS"**



FA-4584

MOLIÈRE  
LA ESCUELA  
DE LOS MARIDOS.  
EL HIPÓCRITA

ESTUDIO PRELIMINAR  
POR  
MARCELIÑO MENÉNDEZ PELAYO



MADRID  
1 9 4 4



MR-12.064

~~R 9224~~

ES PROPIEDAD  
Copyright by Ediciones  
"Atlas". Madrid, 1944

## ESTUDIO PRELIMINAR

Molière es, sin contradicción, el más universal y humano de los clásicos franceses, quizá el único que en rigor merece nombre de genio. No porque sea la encarnación de la comedia misma, como pretenden sus paisanos, ni porque ofrezcan sus obras el único tipo perfecto y posible de comedia, ni siquiera el de la comedia más ideal y poética, la de Aristófanes, Shakespearè y Tirso, en la cual Molière queda siempre inferior, sino porque, independientemente del género que con predilección cultivó, y en el cual no puede desconocerse cierta tendencia prosaica, fué asombroso pintor de la vida humana y creador de tipos eternos, no de los más complejos y ricos, pero admirables en su sencilla y profunda psicología, y en su contextura sana y vigorosa. Por tal creación resulta originalísimo, a pesar de haber imitado más que ningún otro, tomando argumentos en todas partes, diálogos y situaciones de Terencio y de Plauto, de la comedia italiana del Renacimiento, del teatro español y hasta de farsas oscurísimas de su propio país y de los extraños. Nada de lo cual impide que Molière, como Shakespeare, como Cervantes (aunque estos dos con más desinterés estético y en esfera más amplia), tenga un mundo propio suyo, que se puede llamar *mundo de Molière*, poblado de criaturas humanas por él concebidas y compuestas: Orgón, Tartuffe, Alceste, Sganarelle y tantos otros. Corneille y Racine son devociones francesas

que suelen dejar frío a un extranjero: Molière es ciudadano de todos los pueblos del mundo. Cuando se lee a los trágicos se piensa en la preceptiva de su tiempo, en el gusto de la corte y de las Academias, en una sociedad que pasó y en un concepto del arte que ha pasado también y que sólo podemos reconstruir por vía erudita. Cuando se lee a Molière es imposible pensar en otra cosa que en Molière mismo, tan vivo hoy como el primer día. No hay en sus obras parte alguna que un hombre de gusto no entienda en cualquiera nación de Europa. Lejos de haberse agotado su virtualidad estética, cada día se descubren en ellas intenciones y bellezas que los contemporáneos no vieron. Es el privilegio de todas las obras superiores, que se conciben con vasto y sereno pensamiento y se ejecutan con aquella abundancia genial que participa algo de la inspiración espontánea e inconsciente de las edades primitivas y que pone y derrama en la obra quizá más de lo que el artista imaginaba.

En la literatura de su tiempo, Molière aparece como un coloso solitario. ¡Qué contraste entre su poética y la de Boileau, la de Racine y la del mismo Corneille! Molière no la expuso en prefacios destinados a explicar sus propias obras (1). Dejó

---

(1) De los prefacios (y quizá especialmente de los de Corneille) se burló en el de *Las Preciosas Ridículas*. «No me faltan libros que me enseñen todo lo más erudito que se puede decir sobre la tragedia y la comedia, la etimología de las dos, su origen, su definición y todo lo demás, con lo cual hubiera yo podido hacer un bello y docto prefacio.» En el de *Les Fâcheux* (fantasía cómica acompañada de danza) vuelve a la carga: «No es mi designio examinar ahora si todos se han divertido y reído según las reglas. Ya vendrá tiempo de dar a la estampa mis observaciones sobre las piezas que tengo hechas, y no desespero de probar un día, como cualquier otro gran autor, que puedo citar a Aristóteles y a Horacio. Entre tanto, me atengo a las de-



que ellas se defendieran por sí mismas, excepto en un caso que citaremos inmediatamente, y en el del *Tartuffe*, en que la cuestión no era literaria, sino moral y aun religiosa. Pero puso la crítica en acción en su teatro mismo, que encierra tantos rasgos de sátira literaria desde *Las Preciosas Ridículas* hasta *Las Mujeres sabias*, verdadera campaña contra el conceptismo de los salones, contra la pedantería de los humanistas, contra el galimatías sentimental y simbólico de las novelas histórico-caballerescas. Todavía más que esta censura directa de ridiculeces literarias ya fenecidas, nos importan los principios generales que Molière desarrolla en *La Crítica de la Escuela de las Mujeres* y en *La Improvisación de Versalles*, que viene a ser su segunda parte. Un ingenioso crítico moderno, Stapfer, ha dicho que Molière, en estos diálogos apologéticos, había adivinado las bases de la *Crítica del Juicio*, de Kant. El gusto, para Molière, era «una manera o disposición de espíritu nacida del simple buen sentido natural y del comercio del mundo, la cual, sin comparación, juzga más finamente de las cosas que todo el saber farragoso de los pedantes». Es, pues, lo que la Retórica era para Sócrates (según el *Gorgias* de Platón), no un efecto del arte, sino una práctica o empirismo sin arte, nacida de cierto instinto, que en algunas organizaciones privilegiadas es casi infalible. Cuando el pedante de la pieza *Lysidas* invoca las reglas de Aristóteles y de Horacio, Doranto, personificación del buen sentido, le responde con un desenfado que debía llenar de escándalo a nuestro Moratín, a pesar de todo su fervor por Molière: «¡Tienen gracia esas vuestras reglas, con las cuales llenáis de confusión a los ignorantes y nos andáis aturdiendo todos los días! Cualquiera diría, al oíros, que esas reglas del arte

---

cisiones de la multitud, y me parece tan difícil combatir una obra que el público aprueba, como defender una que él condena.»

son los mayores misterios del mundo, y, sin embargo, no son más que algunas observaciones sencillísimas que el buen sentido ha hecho sobre lo que puede ser favorable o contrario al placer que en las obras poéticas se experimenta; y el mismo buen sentido, que en otro tiempo hizo estas observaciones, las hace fácilmente todos los días, sin necesidad del auxilio de Aristóteles ni de Horacio. Yo quisiera saber si la gran regla de todas las reglas no es agrandar, y si una pieza de teatro que consigue su fin ha errado el buen camino. ¿Queréis que todo un público se engañe en estos casos y que cada cual no sea juez del placer que recibe? ¿En qué consiste que los que hablan más de las reglas, y las saben mejor que otros, hacen comedias que nadie encuentra buenas...? Porque, en fin, si las piezas que son conformes a las reglas no gustan, y las que gustan no son conformes a las reglas, habrá que deducir por necesidad que las reglas están mal hechas. Burlémonos de esas cavilaciones y sutilezas, a las cuales quieren algunos sujetar el gusto público; dejémonos ir de buena fe a las cosas que nos llegan hasta las entrañas y no busquemos razonamientos que nos estorben sentir placer.—«En cuanto a mí —añade *Urania*, otro de los personajes sensatos de la pieza—, cuando veo una comedia miro solamente si me interesa, y después que me he divertido, nunca se me ocurre preguntar si me habré equivocado y si las reglas de Aristóteles me prohibían reírme.

<sup>3</sup>*Doranto*.—El hombre que encuentra excelente una salsa no va a preguntar si está hecha con arreglo a los preceptos de *El cocinero francés*.

<sup>4</sup>*Urania*.—Es verdad, y admiro los refinamientos de ciertas gentes sobre cosas que debemos sentir por nosotros mismos.»

Después de tan franca profesión de independencia literaria, en que el escritor de genio se sobrepone tan magistralmente al *literato* de una época determinada, no podía menos Molière de dar al-

guna satisfacción a la crítica oficial, mostrando que su comedia no iba contra las decantadas reglas, por leve que fuera la importancia que a sus ojos tenían. Pero en el fondo, ¡qué profundo desdén hacia la preceptiva de las escuelas y qué pequeña estimación del género entonces tenido por más sublime y excelente: del género trágico! «Porque, en fin, encuentro que es mucho más fácil exagerar grandes sentimientos, desafiar en verso a la fortuna, acusar al destino y decir injurias a los dioses que entrar, como se debe, en las ridiculeces de los hombres y representar agradablemente en el teatro los defectos de todo el mundo. Pintar héroes es pintar como querer. Son retratos de capricho donde nadie busca la semejanza, y no tenéis más que seguir el vuelo de una imaginación, que muchas veces deja lo verdadero para correr en pos de lo maravilloso. Pero cuando se pintan hombres hay que pintarlos conforme al natural. Todo el mundo exige que los retratos se parezcan y no habéis hecho nada si no lográis que se reconozca fácilmente a los hombres de vuestro siglo. En una palabra: en las piezas serias basta, para no merecer censura, decir cosas sensatas y bien escritas; pero en las otras no basta y es muy difícil empresa hacer reír a las gentes bien educadas y de buen tono.»

Por lo común, Molière se limitó a aquella especie de lo cómico que pudiéramos llamar *objetivo*, es decir, al que resulta de las cosas mismas y no al que el poeta caprichosa y libremente fantasea; pero no es tan cierto como dicen unos en son de elogio y otros en son de censura, que su teatro está limitado a la alta comedia moral, cuyo tipo son *El Misántropo* y *Tartuffe*. La crítica tradicional podía conceder atención exclusiva a estas obras; pero hoy, para abarcar completamente el genio de Molière, es preciso tener muy en cuenta sus farsas, que pertenecen a lo cómico *subjetivo*, a lo que Sainte-Beuve llamaba la *poesía de lo cómi-*

co, a la risa franca, sin intención de moralizar ni de corregir vicio alguno, al juego libre de la imaginación preconizado por los estéticos alemanes. *Mr. de Pourceaugnac*, *Le Bourgeois gentil-homme*, *La Malade Imaginaire*, todas las piezas que Molière llamó *comedias-bailes*, y que son realmente fantasías cómicas acompañadas de canto y de danza, género que tiene sus precedentes inmediatos en el teatro español e italiano y que Molière cultivó principalmente como diversión de corte, participan del carácter de la comedia lírica, especialmente en los coros bufonescos, de abogados, sastres, boticarios, turcos, etc., llenos de cierta alegría que los franceses de su tiempo tenían por *folle*, pero que no deja de parecer un poco acompañada al que está habituado a la algazara triunfal de los coros de Aristófanes.

Como poeta puramente cómico, Molière cede la palma a otros, pero es único y solo en un género de drama que las poéticas antiguas no habían previsto, y del cual ni en Terencio ni en Plauto ni probablemente en Menandro había verdaderos ejemplos. No son ni *Tartuffe* ni *El Misántropo* obras cómicas en su esencia, puesto que tocan a los más altos intereses de la vida humana, ni es el efecto de la risa el que principalmente se proponen excitar, puesto que las más veces predominan sobre él la indignación o una serena tristeza. Ni la hipocresía es cómica en rigor, a no ser por sus accidentes exteriores, sino odiosa y funesta; ni tiene nada de cómico el espectáculo de la virtud estoica y feroz, no amoldada a las convenciones del mundo y dispuesta a romperse contra todos los escollos que encuentra al paso. Este espectáculo es trágico en la altísima acepción de la palabra, tragedia, no exterior, sino íntima, como las prefiere el arte moderno; y realmente Alceste es un tipo modernísimo; ni los contemporáneos le entendieron ni tampoco Rousseau, que tanto tenía en su persona del tipo ideado por Molière: el ver-

dadero sentido de la melancolía de Alcestes nos le han dado los héroes del romanticismo, espiritua-  
listas inquietos y hambrientos de ideal que, afectando fuerza, carecían de todo poder de adaptación al medio y acababan por enervarse en la efusión lírica de la protesta solitaria.

Hay que decir, pues, con Fenelón en su *Carta a la Academia Francesa*, que Molière abrió un camino enteramente nuevo. El hecho mismo de escribir en prosa gran parte de sus comedias, y alguna de las mejores, como *El Avaro*, prueba su total independencia enfrente de la rutina. Pero más lo prueba el haber imitado (1) la obra romántica por excelencia, la más extraña y fantástica del teatro español y aun de todo teatro, aquella donde el elemento sobrenatural penetra con más arrojo en el campo de la realidad y con sencillez sublime fascina y arrastra al espectador más incrédulo. Don Juan Tenorio, el Burlador de Sevilla, el *carácter más teatral que se ha producido en las tablas* (como decía profundamente nuestro padre Artega), perdió en manos de Molière mucho de su trágica grandeza, de su libertad nativa y de su arrogancia pseudo-caballeresca, rebajándose hasta el vergonzoso papel de hipócrita y de hermano menor de *Tartuffe*, pero era imposible tocar al tipo creado por el glorioso fraile de la Merced sin que algo del fuego intenso que le anima pasase a la obra del imitador, el cual, por otra parte, respetó la complejidad de elementos novelescos que en la obra original hervían, atropelló las tres unidades por incompatibles con tal asunto, no retrocedió ante la parte sobrenatural, mezcló todos los géneros, deslizó «hasta paradojas sociales y produjo una obra extraordinaria, única en su teatro y en todo el teatro francés» (2); contra la cual pa-

(1) Probablemente de segunda mano, esto es, de una imitación italiana.

(2) Expresión de Julio Lemaître.

rece inverosímil que Boileau no fulminara todos los rayos y centellas de su *Arte Poética*, porque no hay una sola de sus reglas que no aparezca allí triunfalmente conculcada, con tanta libertad y tanto brío como en cualquier comedia de Lope o de Shakespeare. Esto era más que imitar la comedia española de intriga como lo había hecho Corneille y lo hizo el mismo Molière; era más que llevar a las tablas el conceptismo de nuestra casuística amorosa, como intentó hacerlo con bien poca fortuna Molière en *La Princesse d'Elide*; era más que convertir en tragedia clásica la tragicomedia caballescica y hacer *la maravilla del Cid*; era mucho más que esto: era entrar de lleno en las más cálidas regiones del arte romántico, en la comedia con personajes del otro mundo. Si esta audacia fué única en la vida de Molière, y exigida quizá por sus intereses de empresario dramático, el éxito manifestó que era digno de tenerla y que no le arrestraba ningún género de criaturas humanas, ni siquiera esos tipos eternos e indefinibles como Don Juan, cuyo nombre es legión. ¡Lástima que a su conocimiento del corazón humano, que fué siempre admirable, no hubiese agregado Molière en esta ocasión la sinceridad de convicción religiosa que nunca tuvo y la nobleza del ideal caballescico, de que todavía anduvo más lejano, lo cual fácilmente se explica por las circunstancias de su vida, más propias para estudiar y retratar al vivo avaros, hipócritas, médicos pedantes y maridos ridículos, que para sorprender en la raíz almas de tan soberbia alcurnia como el alma de Don Juan! (1).

M. MENÉNDEZ PELAYO

---

(1) *Historia de las Ideas estéticas en España*, edición del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, dirigida por Enrique Sánchez Reyes, tomo V, Santander, 1941, páginas 208-214.



## ADVERTENCIA

En la primera edición de esta comedia halló Moratín la oportunidad que deseaba de manifestar el alto aprecio que siempre había hecho del mérito de Molière. El prólogo que puso en ella es un panegírico del poeta francés, y su traducción un tributo de agradecimiento que dedicó a tan digno maestro el más apasionado de sus imitadores.

«Ha traducido a Molière —dice el citado prólogo— con la libertad que ha creído conveniente para traducirle en efecto, y no estropearle; y de antemano se complace al considerar la sorpresa que debe causar a los criticadores la poca exactitud con que ha puesto en castellano las expresiones del original, cuando hallen páginas enteras en que apenas hay una palabra que pueda llamarse rigurosamente traducida. ¿Quién le perdonará la osadía de omitir en su versión pasajes enteros, abreviarlos o dilatarlos, alterar algunas escenas, conservar en otras el resultado, prescindir del diálogo en que las puso el autor, y sustituir en su lugar otro diferente? Esto no se llama traducir, exclamarán llenos de celo y de erudita indignación.»

Creía Moratín que siempre se habían traducido mal en español las comedias de Molière, por haber llegado a persuadirse que lo que es gracioso y expresivo en francés, conservará su gracia y su energía traduciéndolo literalmente; por haberse impuesto la ley de no añadir ni alterar nada de lo que dijo el autor, quedando, por consiguiente, sin

compensación las muchas bellezas que se pierden en el paso de una lengua a otra; por no haberse atrevido a modificar o suprimir del todo lo que el buen gusto y la decencia repugnan ya, lo que exigen otros tiempos y otras costumbres, tan diferentes de las que el autor conoció. Traducciones desemeñadas con tan escrupulosa fidelidad, en vez de recomendar la obra que copian, la deterioran y la desacreditan. Suprimió, pues, el traductor de esta comedia las digresiones que halló en el original, relativas a los trajes que se usaban en Francia en el año de 1661, entonces y ahora impertinentes en la fábula. Motivó las salidas y entradas de los interlocutores, donde vió que Molière había descuidado este requisito. Añadió a las ficciones de la astuta Isabel (llamada en la traducción doña Rosa) todo el cúmulo de circunstancias indispensables para hacer el engaño verosímil y, de consiguiente, disminuyó por este medio la estúpida credulidad de Sganarelle (don Gregorio), que en la pieza francesa es notoriamente excesiva. Omitió en el diálogo muchas expresiones, que si fueron aplaudidas cuando se escribieron, ya no las sufre la decencia del teatro. Hizo desaparecer en el carácter de Isabel la indecorosa desenvoltura con que, abandonando su casa, va derecha a la de su amante (a quien no conoce sino de vista), para entregarse en sus manos y autorizarle a que disponga de ella a su voluntad.

Allons sans crante aucune

A la foi d'un amant commettre ma fortune

Nada de esto hay en la traducción. Nada hay tampoco de los incidentes violentos que preparan el desenlace, cuando escondida la pupila (sin dejarse ver de ninguno), el galán desde la ventana, los dos hermanos, el comisario y el escribano desde la calle ajustan el casamiento, sin que se averigüe primero quién es la que se casa, y a la luz



de un farol atropellan y firman un contrato de tal entidad; en lo cual no parece sino que todos ellos han perdido el juicio, según son absurdas las inconsecuencias de que abunda aquella situación. El traductor desechó todo esto, y simplificando el desenredo, conservó la sorpresa, sin perjuicio de la verosimilitud; y en él, como en toda la comedia, añadió nuevos donaires cómicos y nuevos rasgos característicos, para suplir con ellos lo que podía perderse en los pasajes que le fué necesario variar o suprimir. *La comedia española* —decía frecuentemente Moratín— *ha de llevar basquiña y mantilla*; y si en las piezas originales que compuso se advierte religiosamente observada esta máxima, puede asegurarse que en la *Escuela de los Maridos* no aparece el menor indicio de su procedencia; tal es la imitación fiel de las costumbres nacionales que en ella se advierte; y tal es el diálogo castellano con que supo animarla y hacerla española.

Ya estaba concluída esta obra cuando una pérfida invasión alteró la quietud de España en el año de 1808. El rumor espantoso de la guerra hizo enmudecer a las musas, desanimó a las artes, y, ocupada la capital, como toda la Península, por los ejércitos enemigos, el mayor empeño que tenían los que mandaban entonces, era el de mantener y multiplicar las diversiones públicas, dar novedad y esplendor a los espectáculos, y hacer que un pueblo oprimido cantase al son de las cadenas. Fueron muy poderosas las instancias que se le hicieron a Moratín para que diese al teatro nuevas producciones; pero no existían ya los motivos que le habían estimulado a ocuparse en esto. Nada quiso hacer de nuevo, y sólo se pudo conseguir que diese a los cómicos y a la prensa la traducción de la *Escuela de los maridos*, advirtiéndole él mismo en el prólogo que con ella se despedía para siempre del teatro (1).

---

(1) Del mismo año de 1812 aparecen dos ediciones,

Representada en el del Príncipe el día 17 de marzo de 1812, fué recibida con el aprecio que era de esperar, en atención al deseo que generalmente se manifestaba de ver alguna otra composición suya, después del largo silencio que había guardado. Es poco elogio de Isidoro Máiquez decir que hizo con perfección el papel de don Enrique, acostumbrado a sobresalir en otros de más difícil desempeño. Josefa Virg, que con tanto primor había sostenido su parte en la *Mojigata* y el *Sí de las niñas*, correspondió en el carácter de doña Rosa al concepto de excelente actriz que tenía asegurado ya en el público. Eugenio Cristiani acertó a representar el de don Gregorio con toda la expresión y movimiento cómico que requiere aquel ridículo personaje. María García y Gertrudis Torre, en lo poco que tuvieron que hacer, contribuyeron eficazmente al mayor lucimiento de esta obra (1).

---

de las cuales la una es probablemente contrafacción de la otra, según lo indica el mismo empeño de buscar la semejanza de los tipos, cuya diferente salta a la vista sin grande esfuerzo de observación.

(1) Biblioteca de Autores Españoles, tomo II, páginas 442-443.

# LA ESCUELA DE LOS MARIDOS

ARREGLADA AL TEATRO ESPAÑOL

POR D. LEANDRO FERNÁNDEZ DE MORATÍN

## PERSONAS —

DON MANUEL  
DON GREGORIO  
DOÑA ROSA  
DOÑA LEONOR  
JULIANA  
DON ENRIQUE

COSME  
UN COMISARIO  
UN ESCRIBANO

UN LACAYO } *No hablan*  
UN CRIADO }

*La acción empieza a las cinco de la tarde y acaba  
a las ocho de la noche*

## ACTO PRIMERO

La escena es en Madrid, en la plazuela de los Afligidos. La primera casa a mano derecha inmediata al proscenio es la de don Gregorio, y la de enfrente la de don Manuel. Al fin de la acera, junto al foro, está la de don Enrique, y al otro lado la del comisario. Habrá salidas de calle practicables para salir y entrar los personajes de la comedia.

## ESCENA PRIMERA

DON MANUEL, DON GREGORIO

GREGORIO

Y, por último, señor don Manuel, aunque usted es, en efecto, mi hermano mayor, yo no pienso seguir sus correcciones de usted ni sus ejemplos. Haré lo que guste, y nada más; y me va lindamente con hacerlo así.

MANUEL

Ya; pero das lugar a que todos se burlen, y...

GREGORIO

¿Y quién se burla? Otros tan mentecatos como tú.

MANUEL

Mil gracias por la atención, señor don Gregorio.

GREGORIO

Y bien, ¿qué dicen esos graves censores? ¿Qué hallan en mí que merezca su desaprobación?

MANUEL

Desaprueban la rusticidad de tu carácter, esa aspereza que te aparta del trato y los placeres honestos de la sociedad, esa extravagancia que te hace tan ridículo en cuanto piensas y dices y obras, y hasta en el modo de vestir te singulariza.

GREGORIO

En eso tienen razón, y conozco lo mal que hago en no seguir puntualmente lo que manda la moda; en no proponerme por modelo a los mocitos evaporados, casquivanos y pisaverdes. Si así lo hiciera, estoy bien seguro de que mi hermano mayor

me lo aplaudiría; porque, gracias a Dios, le veo acomodarse puntualmente a cuantas locuras adoptan los otros.

#### MANUEL

¡Es raro empeño el que has tomado de recordarme tan a menudo que soy viejo! Tan viejo soy, que te llevo dos años de ventaja: yo he cumplido cuarenta y cinco, y tú cuarenta y tres; pero aunque los míos fuesen muchos más, ¿sería ésta una razón para que me culparas el ser tratable con las gentes, el tener buen humor, el gustar de vestirme con decencia, andar limpio, y... Pues qué, ¿la vejez nos condena por ventura a aborrecerlo todo, a no pensar en otra cosa que en la muerte? ¿O deberemos añadir a la deformidad que traen los años consigo un desaliño voluntario, una sordidez que repugne a cuantos nos vean, y sobre todo, un mal humor y un ceño que nadie pueda sufrir? Yo te aseguro que si no mudas de sistema, la pobre Rosita será poco feliz con un marido tan impertinente como tú, y que el matrimonio que la previenes será tal vez un origen de disgustos y de recíproco aborrecimiento, que...

#### GREGORIO

La pobre Rosita vivirá más dichosa conmigo, que su hermanita la pobre Leonor, destinada a ser esposa de un caballero de tus prendas y de tu mérito. Cada uno procede y discurre como le parece, señor hermano... Las dos son huérfanas; su padre, amigo nuestro, nos dejó encargada al tiempo de su muerte la educación de entrambas, y previno que si andando el tiempo queríamos casarnos con ellas, desde luego aprobaba y bendecía esta unión, y en caso de no verificarse, esperaba que las buscaríamos una colocación proporcionada, fiándolo todo a nuestra honradez y a la mucha amistad que con él tuvimos. En efecto, nos dió sobre ellas la autoridad de tutor, de padre y esposo. Tú

te encargaste de cuidar de Leonor y yo de Rosita; tú has enseñado a la tuya como has querido, y yo a la mía como me ha dado la gana, ¿estamos?

MANUEL

Sí; pero me parece a mí...

GREGORIO

Lo que a mí me parece es que usted no ha sabido educar la suya; pero repito que cada cual puede hacer en esto lo que más le agrade. Tú consientes que la tuya sea despejada y libre y pizpireta; séalo en buen hora. Permites que tenga criadas y se deje servir como una señorita: lindamente. La das ensanches para pasearse por el lugar, ir a visitas y oír las dulzuras de tanto enamorado zascandil: muy bien hecho. Pero yo pretendo que la mía viva a mi gusto y no al suyo; que se ponga un juboncito de estameña; que no me gaste zaticos de color sino los días en que repican recio; que se esté quietecita en casa, como conviene a una doncella virtuosa; que acuda a todo; que barra, que limpie, y cuando haya concluido estas ocupaciones, me remiende la ropa y haga calceta. Esto es lo que quiero; y que nunca oiga las tiernas quejas de los mozalbetes antojadizos; que no hable con nadie, ni con el gato, sin tener escucha; que no salga de casa jamás sin llevar escolta... La carne es frágil, señor mío; yo veo los trabajos que pasan otros, y puesto que ha de ser mi mujer, quiero asegurarme de su conducta y no exponerme a aumentar el número de los maridos zanguangos.

## ESCENA II

DOÑA LEONOR, DOÑA ROSA, JULIANA. (*Las tres salen con mantilla y basquiña de casa de don Gregorio, y hablan inmediatas a la puerta.*) DON GREGORIO, DON MANUEL.

LEONOR

No te dé cuidado. Si te riñe, yo me encargo de responderle.

JULIANA

¡Siempre metida en un cuarto, sin ver la calle ni poder hablar con persona humana! ¡Qué fastidio!

LEONOR

Mucha lástima tengo de ti.

ROSA

Milagro es que no me haya dejado debajo de llave o me haya llevado consigo, que aún es peor.

JULIANA

Le echaría yo más alto que...

GREGORIO

¡Oiga! ¿Y adónde van ustedes, niñas?

LEONOR

La he dicho a Rosita que se venga conmigo para que se esparza un poco. Saldremos por aquí por la puerta de San Bernardino, y entraremos por la de Fuencarral. Don Manuel nos hará el gusto de acompañarnos...

MANUEL

Sí por cierto: vamos allá.

LEONOR

Y mire usted: yo me quedo a merendar en casa de doña Beatriz... Me ha dicho tantas veces que por qué no llevo a esta por allá, que ya no sé qué decirle; con que, si usted quiere, irá conmigo esta tarde; merendaremos, nos divertiremos un rato por el jardín, y al anochecer estamos de vuelta.

GREGORIO

(*A doña Leonor, a Juliana, a don Manuel y a doña Rosa, según lo indica el diálogo.*) Usted puede irse a donde guste, usted puede ir con ella... Tal para cual. Usted puede acompañarlas si lo tiene a bien, y usted a casa.

MANUEL

Pero, hermano, déjalas que se diviertan y que...

GREGORIO

A más ver. (*Coge del brazo a doña Rosa, haciendo ademán de entrarse con ella en su casa.*)

MANUEL

La juventud necesita...

GREGORIO

La juventud es loca, y la vejez es loca también muchas veces.

MANUEL

Pero ¿hay algún inconveniente en que se vaya con su hermana?

GREGORIO

No, ninguno; pero conmigo está mucho mejor.

MANUEL

Considera que ...



GREGORIO

Considero que debe hacer lo que yo la mande... y considero que me interesa mucho su conducta.

MANUEL

Pero ¿piensas tú que me será indiferente a mí la de su hermana?

JULIANA

-(Ap.) ¡Tuerto maldito!

ROSA

No creo que tiene usted motivo ninguno para...

GREGORIO

Usted calle, señorita, que ya la explicaré yo a usted si es bien hecho querer salir de casa sin que yo se lo proponga y la lleve y la traiga y la cuide.

LEONOR

Pero ¿qué quiere usted decir con eso?

GREGORIO

Señora doña Leonor, con usted no va nada. Usted es una doncella muy prudente. No hablo con usted.

LEONOR

Pero ¿piensa usted que mi hermana estará mal en mi compañía?

GREGORIO

¡Oh, qué apurar! (Suelta el brazo de doña Rosa y se acerca a donde están los demás.) No estará muy bien, no señora; y hablando en plata, las visitas que usted la hace me agradan poco, y el mayor favor que usted puede hacerme, es el de no volver por acá.

## LEONOR

Mire usted, señor don Gregorio, usando con usted de la misma franqueza, le digo que yo no sé cómo ella tomará semejantes procedimientos; pero bien adivino el efecto que haría en mí una desconfianza tan injusta. Mi hermana es; pero dejaría de tener mi sangre, si fuesen capaces de inspirarla amor esos modales feroces y esa opresión en que usted la tiene.

## JULIANA

Y dice bien. Todos esos cuidados son cosa insufrible. ¡Encerrar de esa manera a las mujeres! Pues qué, ¿estamos entre turcos, que dicen que las tienen allá como esclavas, y que por eso son malditos de Dios? ¡Vaya, que nuestro honor debe ser cosa bien quebradiza, si tanto afán se necesita para conservarle! Y qué, ¿piensa usted que todas esas precauciones pueden estorbarnos el hacer nuestra santísima voluntad? Pues no lo crea usted; y al hombre más ladino le volvemos tarumba cuando se nos pone en la cabeza burlarle y confundirle. Ese encerramiento y esas centinelas son ilusiones de locos, y lo más seguro es fiarse de nosotras. El que nos oprime, a grandísimo peligro se expone; nuestro honor se guarda a sí mismo, y el que tanto se afana en cuidar de él, no hace otra cosa que despertarnos el apetito. Yo de mí sé decir, que si me tocara en suerte un marido tan caviloso como usted y tan desconfiado, por el nombre que tengo que me las había de pagar.

## GREGORIO

Mira la buena enseñanza que das a tu familia, ¿ves? ¿Y lo sufres con tanta paciencia?

## MANUEL

En lo que ha dicho no hallo motivos de enfadarme, sino de reír; y bien considerado no le fal-

ta razón. Su sexo necesita un poco de libertad, Gregorio, y el rigor excesivo no es a propósito para contenerle. La virtud de las esposas y de las doncellas no se debe ni a la vigilancia más suspicaz, ni a las celosías, ni a los cerrojos. Bien poco estimable sería una mujer, si solo fuese honesta por necesidad y no por elección. En vano queremos dirigir su conducta, si antes de todo no procuramos merecer su confianza y su cariño. Yo te aseguro que, a pesar de todas las precauciones imaginables, siempre temería que peligrase mi honor en manos de una persona a quien sólo faltase la ocasión de ofenderme, si por otra parte la sobra- ban los deseos.

#### GREGORIO

Todo eso que dices no vale nada. (*Juliana se acerca a doña Rosa, que estará algo apartada. Don Gregorio lo advierte, la mira con enojo, y Juliana vuelve a retirarse.*)

#### MANUEL

Será lo que tú quieras... Pero insisto en que es menester instruir a la juventud con la risa en los labios, reprender sus defectos con grandísima dulzura, y hacerla que ame la virtud, no que a su nombre se atemorice. Estas máximas he seguido en la educación de Leonor. Nunca he mirado como delito sus desahogos inocentes, nunca me he negado a complacer aquellas inclinaciones que son propias de la primera edad, y te aseguro que hasta ahora no me ha dado motivos de arrepentirme. La he permitido que vaya a concurrencias, a diversiones, que baile, que frecuente los teatros; porque en mi opinión (suponiendo siempre los buenos principios) no hay cosa que más contribuya a rectificar el juicio de los jóvenes. Y a la verdad, si hemos de vivir en el mundo, la escuela del mundo instruye mejor que los libros más doctos. Su padre dispuso que fuera mi mujer; pero

estoy bien lejos de tiranizarla: para ninguna cosa le daré mayor libertad que para esta resolución, porque no debo olvidarme de la diferencia que hay entre sus años y los míos. Más quiero verla ajena, que poseerla a costa de la menor repugnancia suya.

GREGORIO

¡Qué blandura, qué suavidad! Todo es miel y almíbar... Pero permítame usted que le diga, señor hermano, que cuando se ha concedido en los primeros años demasiada holgura a una niña, es muy difícil o acaso imposible el sujetarla después, y que se verá usted sumamente embrollado cuando su pupila sea ya su mujer, y por consecuencia tenga que mudar de vida y costumbres.

MANUEL

Y ¿por qué ha de hacerse esa mudanza?

GREGORIO

¿Por qué?

MANUEL

Sí.

GREGORIO

No sé. Si usted no lo alcanza, yo no lo sé tampoco.

MANUEL

¿Pues hay algo en eso contra la estimación?

GREGORIO

¡Calle! ¿Con que si usted se casa con ella, la dejará vivir en la misma santa libertad que ha tenido hasta ahora?

MANUEL

¿Y por qué no?

GREGORIO

¿Y consentirá que gaste blondas y cintas y flores y abaniquitos de anteojo y...

MANUEL

Sin duda.

GREGORIO

¿Y que vaya al Prado y a la comedia con otras cabecillas, y habrá simoniaco y merienda en el río, y...

MANUEL

Cuando ella quiera.

GREGORIO

¿Y tendrá usted conversación en casa, chocolate, lotería, baile, forte-piano y coplitas italianas?

MANUEL

Preciso.

GREGORIO

¿Y la señorita oirá las impertinencias de tanto galán amartelado?

MANUEL

Si no es sorda.

GREGORIO

¿Y usted callará a todo y lo verá con ánimo tranquilo?

MANUEL

Pues ya se supone.

GREGORIO

Quítate de ahí, que eres un viejo loco... Vaya usted adentro, niña; usted no debe asistir a pláticas tan indecentes. (*Hace entrar en su casa a doña Rosa apresuradamente, cierra la puerta y se pasea colérico por el teatro.*)

## ESCENA III

DON MANUEL, DON GREGORIO, DOÑA LEONOR,  
JULIANA

MANUEL

Ya te lo he dicho. La que sea mi esposa vivirá conmigo en libertad honesta, la trataré bien, haré estimación de ella, y probablemente corresponderá como debe a este amor y a esta confianza.

GREGORIO

¡Oh! ¡Qué gusto he de tener cuando la tal esposa le...

MANUEL

¿Qué?... Vamos, acaba de decirlo.

GREGORIO

¡Qué gusto ha de ser para mí!

MANUEL

Yo ignoro cuál será mi suerte; pero creo que si no te sucede a ti el chasco pesado que me pronosticas, no será ciertamente por no haber hecho de tu parte cuantas diligencias son necesarias para que suceda.

GREGORIO

Sí, ríe, búrlate. Ya llegará la mía, y veremos entonces cuál de los dos tiene más gana de reír.

LEONOR

Yo le aseguro del peligro con que usted le amenaza, señor don Gregorio, y desprecio la infame sospecha que usted se atreve a suscitar de mí. Yo lo prometo, si llega el caso de que este matrimonio se verifique, que su honor no padezca, porque me estimo a mí propia en mucho; pero si usted

hubiera de ser mi marido, en verdad que no me atrevería a decir otro tanto.

JULIANA

Realmente es cargo de conciencia con los que nos tratan bien y hacen confianza de nosotras; pero con hombres como usted, pan bendito.

GREGORIO

Vaya enhoramala, habladora, desvergonzada, insolente.

MANUEL

Tú tienes la culpa de que ella hable así... Vamos, Leonor. Allá te dejaré con tus amigas, y yo me volveré a despachar el correo.

LEONOR

Pero ¿no irá usted por mí?

MANUEL

¿Qué sé yo? Si no he ido al anochecer, el criado de doña Beatriz puede acompañaros. Adiós, Gregorio. Con que quedamos en que es menester mudar de humor, y en que esto de encerrar a las mujeres es mucho desatino. Soy criado de usted. (*Don Manuel y las dos mujeres se van por una de las calles.*)

GREGORIO

Yo no soy criado de usted. Vaya usted con Dios.

#### ESCENA IV

DON GREGORIO

Dios los cría, y ellos se juntan... ¡Qué familia! Un hombre maduro empeñado en vivir como un mancebito de primera tijera; una solterita desenfadada y mujer de mundo; unos criados sin ver-

güenza ni... No, la prudencia misma no bastaría a corregir los desórdenes de semejante casa... Lo peor es que Rosita no aprenderá cosa buena en estos ejemplos, y tal vez pudieran malograrse las ideas de recogimiento y virtud que he sabido inspirarla... Pondremos remedio... Muy buena es la plazuela de Aflijidos, pero en Griñón estará mejor. Sí, cuanto antes; y allí volverá a divertirse con sus lechugas y sus gallinitas.

### ESCENA V

DON ENRIQUE, COSME. (*Salen los dos de la casa de don Enrique y observan a don Gregorio, que estará distante.*) DON GREGORIO.

COSME

¿Es él?

ENRIQUE

Sí, él es; el cruel tutor de la hermosa prisionera que adoro.

GREGORIO

Pero ¿no es cosa de aturdirse al ver la corrupción actual de las costumbres?...

ENRIQUE

Quisiera vencer mi repugnancia, hablar con él y ver si logro de alguna manera introducirme.

GREGORIO

En vez de aquella verdad que caracterizaba la honradez antigua (*Se acerca un poco don Enrique por el lado derecho de don Gregorio y le hace cortesía*), no vemos en nuestra juventud sino excesos de inobediencia, libertinaje y...

ENRIQUE

Pero ¿este hombre no ve?



COSME

¡Ay! Es verdad. Ya no me acordaba. Si este es el lado del ojo hueco. Vamos por el otro. (*Hace que don Enrique pase por detrás de don Gregorio al lado opuesto.*)

GREGORIO

No, no, no... Es preciso salir de aquí. Mi permanencia en la corte no pudiera menos de... (*Estornuda y se suena.*)

ENRIQUE

No hay remedio; yo quiero introducirme con él.

GREGORIO

¿Eh? (*Se vuelve hacia el lado derecho, y no viendo a nadie, prosigue su discurso.*) Pensé que hablaban... A lo menos en un lugar, bendito Dios, no se ven estas locuras de por aquí.

COSME

Acérquese usted.

GREGORIO

¿Quién va? (*Vuelve por el lado derecho, se rasca la oreja, y al concluir una vuelta entera repara en don Enrique, que le hace cortesías con el sombrero. Don Gregorio se aparta, y don Enrique se le va acercando.*) Las orejas me zumban... Allí todas las diversiones de las muchachas se reducen a... ¿Es a mí?

COSME

Animo.

GREGORIO

Allí ninguno de estos barbilindos viene con sus... ¡Qué diablos!... ¡Dale!... ¡Vaya, que el hombre es atento!

ENRIQUE

Mucho sentiría, caballero, haberle distraído a usted de sus meditaciones.

GREGORIO

En efecto.

ENRIQUE

Pero la oportunidad de conocer a usted, que ahora se me presenta, es para mí una fortuna, una satisfacción tan apetecible que no he podido resistir el deseo de saludarle.

GREGORIO

Bien.

ENRIQUE

Y de manifestarle a usted con la mayor sinceridad cuánto celebraría poderme ocupar en servicio suyo.

GREGORIO

Lo estimo.

ENRIQUE

Tengo la dicha de ser vecino de usted, en lo cual debo estar muy agradecido a mi suerte, que me proporciona...

GREGORIO

Muy bien...

ENRIQUE

¿Y sabe usted las noticias que hoy tenemos? En la corte aseguran como cosa muy positiva...

GREGORIO

¿Qué me importa?

ENRIQUE

Ya; pero a veces tiene una curiosidad de saber novedades, y...

GREGORIO

¡Eh!

ENRIQUE

Realmente. (Después de una larga pausa prosigue don Enrique. Se para, deseando que don Gregorio le conteste, y viendo que no lo hace, sigue hablando.) Madrid es un pueblo en que se disfrutan más comodidades y diversiones que en otra parte... La provincia en comparación de esto... Ya se ve, ¡aquella soledad, aquella monotonía!... Y usted ¿en qué pasa el tiempo?

GREGORIO

En mis negocios.

ENRIQUE

Sí; pero el ánimo necesita descanso, y a las veces se rinde por la demasiada aplicación a los asuntos graves... Y de noche, antes de recogerse, ¿qué hace usted?

GREGORIO

Lo que me da la gana.

ENRIQUE

Muy bien dicho. La respuesta es exactísima, y desde luego se echa de ver su prudencia de usted en no querer hacer cosa que no sea muy de su agrado. Cierto que... Yo, si usted no estuviese muy ocupado, pasaría, así, algunas noches a casa de usted... y...

GREGORIO

Agur. (Atraviesa por entre los dos, se entra en su casa, y cierra.)

## ESCENA VI

DON ENRIQUE, COSME

ENRIQUE

¿Qué te parece, Cosme? ¿Ves qué hombre este?

COSME

Asperillo es de condición y amargo de respuestas.

ENRIQUE

¡Ah! ¡Yo me desespero!

COSME

¿Y por qué?

ENRIQUE

¿Eso me preguntas? Porque veo sin libertad a la prenda que más estimo, en poder de ese bárbaro, de ese dragón vigilante, que la guarda y la oprime.

COSME

Auto en favor. Eso que a usted le apesadumbra debiera hacerle concebir mayor esperanza. Sepa usted, señor don Enrique, para que se tranquilice y se consuele, que una mujer a quien celan y guardan mucho, está ya medio conquistada; y que el mal humor de los maridos y de los padres no hace otra cosa que adelantar las pretensiones del galán. Yo no soy enamorado ni entiendo de esos filis; pero muchas veces oí decir a algunos de mis amos anteriores (corsarios de profesión), que no había para ellos mayor gusto que el de hallarse con uno de esos maridos fastidiosos, groseros, regañones, atisbadores, impertinentes, cavilosos, coléricos, que armados con la autoridad de maridos, a vista de los amantes de su mujer, la martirizan y la desesperan. Y ¿qué sucede? Lo que es natural, naturalísimo: que el tímido caballero, ani-

mándose al ver el justo resentimiento de la señora por los ultrajes que ha padecido, se lastima de su situación, la consuela, la acaricia, la arrulla; y ella, como es regular, se lo agradece, y... en fin, se adelanta camino. Créame usted: la aspereza del consabido autor le facilitará a usted los medios de enamorar a la pupila.

## ENRIQUE

¿Qué facilidades me propones, cuando sabes que ya hace tres meses que suspiro en vano? Ganado el pleito, por el cual emprendí mi viaje de Córdoba a Madrid, entretengo con dilaciones a mi buen padre, impaciente de verme; huyo del trato de mis amigos, de las muchas distinciones que ofrece la corte; me vengo a vivir a este barrio solitario para estar cerca de doña Rosita y tener ocasión de hablarla, y hasta ahora mi desdicha ha sido tan grande, que no lo he podido conseguir.

## COSME

Dicen que amor es invencionero y astuto; pero no me parece a mí que usted pone toda la diligencia que pide el caso, ni que discurre arbitrios para...

## ENRIQUE

¿Y qué he de hacer yo, si la casa está cerrada siempre como un castillo; si no hay dentro de ella criado ni criada alguna de quien poder valerme; si nunca sale por esa puerta sin ir acompañada de su feroz alcaide?

## COSME

¿De suerte, que ella todavía no sabe que usted la quiere?

## ENRIQUE

No sé qué decirte. Bien me ha visto que la sigo a todas partes y que me recato de que su tutor repare en mí. Cuando la lleva a misa a San Marcos, allí estoy yo; si alguna vez se va a pasear con

ella hacia la Florida, al cementerio o al camino de Maudes, siempre la he seguido a lo lejos. Cuando he podido acercarme, bien he procurado que lea en mis ojos lo que padece mi corazón; pero ¿quién sabe si ella ha comprendido este idioma y si agradece mi amor o le desestima?

COSME

A la fe que el tal lenguaje es un poco oscuro, si no le acompañan las palabras o las letras.

ENRIQUE

No sé qué hacer para salir de esta inquietud y averiguar si me ha entendido y conoce lo que la quiero... Discurre tú algún arbitrio...

COSME

Sí, discurremos.

ENRIQUE

A ver si se puede...

COSME

Ya lo entiendo; pero aquí no estamos bien. A casa.

ENRIQUE

¿Pues qué importa que...

COSME

No ve usted que si el amigo estuviese ahí detrás de las persianas avizorándonos con el ojo que le sobra... No, no, a casa... Y despacito, como que...

ENRIQUE

Sí, dices bien. (*Vanse los dos, encaminándose lentamente a casa de don Enrique.*)

## ACTO SEGUNDO

La misma decoración del primero.

## ESCENA PRIMERA

*(Sale don Manuel por una de las calles, llega a su casa y tira de la campanilla. Después de una breve pausa se abre la puerta, entra y queda cerrada como antes.)*

MANUEL

Abre.

## ESCENA II

DON GREGORIO, DOÑA ROSA

*(Salen los dos de casa de don Gregorio.)*

GREGORIO

Bien, vete, que ya sé la casa, y aun por las señas que me das también caigo en quién es el sujeto. *(Se aparta un poco de doña Rosa y vuelve después.)*

ROSA

¡Oh! ¡Favorezca la suerte los ardides que me inspira un inocente amor!

GREGORIO

¿No dices que has oído que se llama don Enrique?

ROSA

Sí, don Enrique.

GREGORIO

Pues bien, tranquilízate. Vete a dentro y déjame, que yo estaré con ese aturdido y le diré lo que

hace al caso. (*Vuelve a apartarse y se queda pensativo. Entretanto doña Rosa se entra y cierra la puerta. Don Gregorio llama a la de don Enrique.*)

ROSA

Para una doncella demasiado atrevimiento es este... Pero ¿qué persona de juicio se negará a disculparme, si considera el injusto rigor que padezco?

GREGORIO

No perdamos tiempo... ¡Ah de casa!... Gente de paz. Ya no me admiro de que el dichoso vecinito se me viniese haciendo tantas reverencias; pero yo le haré ver que su proyecto insensato no le...

### ESCENA III

COSME, DON GREGORIO, DON ENRIQUE

GREGORIO

Qué bruto de... (*Al salir Cosme da un gran tropezón con don Gregorio.*) ¡No ve usted qué modo de salir!... ¡Por poco me hace desnucar el bárbaro! (*Mientras don Gregorio busca y limpia el sombrero, que ha caído por el suelo, sale don Enrique, y durante la escena le trata con afectado cumplimiento, lo cual va impacientando progresivamente a don Gregorio.*)

ENRIQUE

Caballero, siento mucho que...

GREGORIO

¡Ah! Precisamente es usted el que busco.

ENRIQUE

¿A mí, señor?



GREGORIO

Sí por cierto... ¿No se llama usted don Enrique?

ENRIQUE

Para servir a usted.

GREGORIO

Para servir a Dios... Pues, señor, si usted lo permite, yo tengo que hablarle.

ENRIQUE

¿Será tanta mi felicidad, que pueda complacerle a usted en algo?

GREGORIO

No; al contrario, yo soy el que trato de hacerle a usted un obsequio, y por eso me he tomado la libertad de venir a buscarle.

ENRIQUE

¿Y usted venía a mi casa con este intento?

GREGORIO

Sí, señor... ¿Y que hay en eso de particular?

ENRIQUE

¿Pues no quiere usted que me admire, y que envanecido con el honor de que?...

GREGORIO

Dejémonos ahora de honores y de envanecimientos... Vamos al caso.

ENRIQUE

Pero tómese usted la molestia de pasar adelante.

GREGORIO

No hay para qué.

ENRIQUE

Sí, sí, usted me hará este favor.

GREGORIO

No por cierto. Aquí estoy muy bien.

ENRIQUE

¡Oh! No es cortesía permitir que usted...

GREGORIO

Pues yo le digo a usted que no quiero moverme.

ENRIQUE

Será lo que usted guste. Cosme, volando, baja un taburete para el vecino. (*Cosme se encamina a la puerta de su casa para buscar el taburete; después se detiene dudando lo que ha de hacer.*)

GREGORIO

Pero si de pie le puedo a usted decir lo que...

ENRIQUE

¿De pie? ¡Oh! No se trate de eso.

GREGORIO

¡Vaya que el hombre me mortifica en forma!

COSME

¿Le traigo o le dejo? ¿Qué he de hacer?

GREGORIO

No le traiga usted.

ENRIQUE

Pero sería una desatención indisculpable...

GREGORIO

Hombre, más desatención es no querer oír a quien tiene que hablar con usted.

## ENRIQUE

Ya oigo. (*Don Enrique hace ademán de ponerse el sombrero; pero al ver que don Gregorio le tiene aún en la mano, queda descubierto y le hace insinuaciones de que se le ponga primero. Don Gregorio se impacienta, y al fin se lo ponen los dos.*)

## GREGORIO

Así me gusta... Por Dios, dejémonos de ceremonias, que ya me... ¿Quiere usted oírme?

## ENRIQUE

Sí por cierto, con muchísimo gusto.

## GREGORIO

Dígame usted... ¿Sabe usted que yo soy tutor de una joven muy bien parecida, que vive en aquella casa de las persianas verdes, y se llama doña Rosita?

## ENRIQUE

Sí, señor.

## GREGORIO

Pues bien; si usted lo sabe, no hay para qué decirselo... ¿Sabe usted que siendo muy de mi gusto esta niña, me interesa mucho su persona, aún más que por el pupilaje, por estar destinada al honor de ser mi mujer?

## ENRIQUE

No sabía eso. (*Con sorpresa y sentimiento.*)

## GREGORIO

Pues yo se lo digo a usted. Y además le digo, que si usted gusta, no trate de galantearmela y la deje en paz.

## ENRIQUE

¿Quién?... ¿Yo, señor?

GREGORIO

Sí, usted. No andemos ahora con disimulos.

ENRIQUE

Pero ¿quién le ha dicho a usted que yo esté enamorado de esa señorita?

GREGORIO

Personas a quienes se puede dar entera fe y crédito.

ENRIQUE

Pero repito que...

GREGORIO

¡Dale!... Ella misma.

ENRIQUE

¿Ella? (*Se admira y manifiesta particular interés en saber lo restante.*)

GREGORIO

Ella. ¿No le parece a usted que basta? Como es una muchacha muy honrada y que me quiere bien desde su edad más tierna, acaba de hacerme relación de todo lo que pasa. Y me encarga además que le advierta a usted que ha entendido muy bien lo que usted quiere decirle con sus miradas, desde que ha dado en la flor de seguirla los pasos; que no ignora sus deseos de usted; pero que esta conducta le ofende, y que es inútil que usted se obstine en manifestarla una pasión tan repugnante al cariño que a mí me profesa.

ENRIQUE

¿Y dice usted que es ella misma la que le ha encargado?...



GREGORIO

Sí, señor, ella misma, la que me hace venir a darle a usted este consejo salulable, y a decirle, que habiendo penetrado desde luego sus intenciones de usted, le hubiera dado este aviso mucho tiempo antes, si hubiese tenido alguna persona de quien fiar tan delicada comisión; pero que viéndose ya apurada y sin otro recurso, ha querido valerse de mí para que cuanto antes sepa usted que basta de guiñaduras, que su corazón todo es mío, y que si tiene usted un tantico de prudencia, es de esperar que dirigirá sus miradas hacia otra parte. Adiós, hasta la vista. No tengo otra cosa que advertir a usted. *(Se aparta de ellos adelantándose hacia el proscenio.)*

ENRIQUE

Y, bien, Cosme, ¿qué me dices de esto?

COSME

Que no le debe dar a usted pesadumbre, que alguna maraña hay oculta, y sobre todo, que no desprecia su obsequio de usted la que le envía ese recado.

GREGORIO

Se ve que le ha hecho efecto.

ENRIQUE

¿Con que tú crees también que hay algún artificio?

COSME

Sí... Pero vamo sde aquí, porque está observándonos. *(Los dos se entran en la casa de don Enrique. Don Gregorio, después de haberlos observado, se pasea por el teatro.)*

## ESCENA IV

DON GREGORIO, DOÑA ROSA

GREGORIO

Anda, pobre hombre, anda, que no esperabas tú semejante visita... Ya se ve, una niña virtuosa como ella es, con la educación que ha tenido... Las miradas de un hombre la asustan, y se da por muy ofendida. (*Mientras don Gregorio se pasea y hace ademanes de hablar solo, doña Rosa abre su puerta y habla sin haberle visto; él por último se encamina a su casa y le sorprende hallar a doña Rosa.*)

ROSA

Yo me determino. Tal vez en la sorpresa que debo causarle no habrá entendido mi intención... ¡Oh! Es menester, si ha de acabarse esta esclavitud, no dejarle en dudas.

GREGORIO

Vamos a verla y a contarla... ¡Calle! Qué, ¿estabas aquí? Ya despaché mi comisión.

ROSA

Bien impaciente estaba. ¿Y qué hubo?

GREGORIO

Que ha surtido el efecto deseado, y el hombre queda que no sabe lo que le pasa. Al principio se me hacía el desentendido; pero luego que le aseguré que tú propia me enviabas, se confundió, no acertaba con las palabras, y no me parece que te volverá a molestar.

ROSA

¿Eso dice usted? Pues yo temo que ese bribón nos ha de dar alguna pesadumbre.

GREGORIO

Pero ¿en qué fundas ese temor, hija mía?

ROSA

Apenas había usted salido me fuí a la pieza del jardín a tomar un poco el fresco en la ventana, y oí que fuera de la tapia cantaba un chico, y se entretenía en tirar piedras al emparrado. Le reñí desde el balcón diciéndole que se fuese de allí; pero él se reía y no dejaba de tirar. Como los cantos llegaban demasiado cerca, quise meterme adentro; temerosa de que no me rompiese la cabeza con alguno. Pues cuando iba a cerrar la ventana, viene uno por el aire, que me pasó muy cerca de este hombro y cayó dentro del cuarto. Pensaba yo que fuese un pedazo de yeso, acércome a cogerle, y... ¿qué le parece a usted que era?

GREGORIO

¿Qué sé yo? Algún mendrugo seco o algún troncho, o así...

ROSA

No, señor. Era este envoltorio de papel. (*Saca de la faltriquera un papel envuelto, y según lo indica el diálogo, lo desenvuelve y va enseñándole a don Gregorio la caja y la carta.*)

GREGORIO

¡Calle!

ROSA

Y dentro esta caja de oro.

GREGORIO

¡Oiga!

ROSA

Y dentro esta carta dobladita como usted la ve, con su sobrescrito y su sello de lacre verde, y...

GREGORIO

¡Picardía como ella!... ¿Y el muchacho?

ROSA

El muchacho desapareció al instante... Mire usted, el corazón le tengo tan oprimido, que...

GREGORIO

Bien te lo creo.

ROSA

Pero es obligación mía devolver inmediatamente la caja y la carta a ese diablo de hombre; bien que para esto era menester que alguno se encargase de... Porque atreverme yo a que usted mismo...

GREGORIO

Al contrario, bobilla: de esa manera me darás una prueba de tu cariño. No sabes tú la fineza que en esto me haces. Yo, yo me encargo de muy buena gana de ser el portador.

ROSA

Pues tome usted. *(Le da la caja, la carta y el papel en que estaba todo envuelto. Don Gregorio lee el sobrescrito y hace ademán de ir a abrir la carta: doña Rosa pone las manos sobre las suyas y le detiene.)*

GREGORIO

*A mi señora doña Rosa Jiménez.—Enrique de Cárdenas.—*¡Temerario seductor! Veamos lo que te escribe, y...

ROSA

¡Ay! No por cierto: no la abra usted.

GREGORIO

¿Y qué importa?



ROSA

¿Quiere usted que él se persuada a que yo he tenido la ligereza de abrirla? Una doncella debe guardarse de leer jamás los billetes que un hombre la envíe; porque la curiosidad que en esto descubre, dará a sospechar que interiormente no la disgusta que la escriban amores. No, señor, no. Yo creo que se le debe entregar la carta cerrada como está, y sin dilación ninguna, para que vea el alto desprecio que hago de él, que pierda toda esperanza y no vuelva nunca a intentar locura semejante.

GREGORIO

Tiene muchísima razón. (*Se aparta hacia un lado y vuelve después a hablar muy satisfecho. Mete la carta dentro de la caja, la envuelve curiosamente y se la guarda.*) Rosita, tu prudencia y tu virtud me maravillan. Veo que mis lecciones han producido en tu alma inocente sazonados frutos, y cada vez te considero más digna de ser mi esposa.

ROSA

Pero si usted tiene gusto de leerla...

GREGORIO

No, nada de eso.

ROSA

Léala usted si quiere, como no la oiga yo.

GREGORIO

No, no, señor. Si estoy muy persuadido de lo que me has dicho. Conviene llevarla así. Voy allá en un instante... Me llegaré después aquí a la botica a encargarse aquel unguentillo para los callos... Volveré a hacerte compañía, y leeremos un par de horas en *Desiderio y Electo*... ¿Eh? Adiós.

ROSA.

Venga usted pronto. (*Se entra doña Rosa en su casa.*)

## ESCENA V

DON GREGORIO, COSME

GREGORIO

El corazón me rebosa de alegría al ver una muchacha de esta índole. Es un tesoro el que yo tengo en ella de modestia y de juicio. ¡Ah! Quisiera yo saber si la pupila de mi docto hermano sería capaz de proceder así. No, señor, las mujeres son lo que se quiere que sean. (*Va a casa de don Enrique, y llama. Al salir Cosme, desenvuelve el papel, le enseña la carta cerrada, se lo pone todo en las manos, y se va por una calle.*) Deo gracias.

COSME

¿Quién es? ¡Oh! señor don...

GREGORIO

Tome usted, dígale usted a su amo que no vuelva a escribir más cartas a aquella señorita, ni a enviarla cajitas de oro, porque está muy enfadada con él... Mire usted, cerrada viene. Dígale usted que por ahí podrá conocer el buen recibo que ha tenido y lo que puede esperar en adelante.

## ESCENA VI

DON ENRIQUE, COSME

ENRIQUE

¿Qué es eso? ¿Qué te ha dado ese bárbaro?  
Esta caja con esta carta que dice que usted ha

enviado a doña Rosita... (*Don Enrique le oye con admiración, abre la carta y la lee cuando lo indica el diálogo.*)

ENRIQUE

¡Yo!

COSME

La cual doña Rosita se ha irritado tanto según él asegura de este atrevimiento, que se la vuelve a usted sin haberla querido abrir... Lea usted pronto y veremos si mi sospecha se verifica.

ENRIQUE

«Esta carta le sorprenderá a usted sin duda. El designio de escribírsela y el modo con que la pongo en sus manos, parecerán demasiado atrevidos; pero el estado en que me veo no me da lugar a otras atenciones. La idea de que dentro de seis días he de casarme con el hombre que más aborrezco, me determina a todo; y no queriendo abandonarme a la desesperación, elijo el partido de implorar de usted el favor que necesito para romper estas cadenas. Pero no crea usted que la inclinación que le manifiesto sea únicamente procedida de mi suerte infeliz; nace de mi propio albedrío. Las prendas estimables que veo en usted, las noticias que he procurado adquirir de su conducta y de su calidad, aceleran y disculpan esta determinación... En usted consiste que yo pueda cuanto antes llamarme suya; pues sólo espero que me indique los designios de su amor, para que yo le haga saber lo que tengo resuelto. Adiós, y considere usted que el tiempo vuela y que dos corazones enamorados, con media palabra deben entenderse.»

COSME

¿No le parece a usted que la astucia es de lo más sutil que puede imaginarse? ¿Sería creíble en una muchacha, tan ingeniosa travesura de amor?

## ENRIQUE

¡Esta mujer es adorable! Este rasgo de su talento y de su pasión acrecen la que yo la tengo; (*Don Gregorio sale por una de las calles, y se detiene. Después se acerca*), y unido todo a la juventud, a las gracias y la hermosura...

## COSME

Que viene el tuerto. Discurra usted lo que le ha de decir.

## ESCENA VII

DON GREGORIO, DON ENRIQUE, COSME

## GREGORIO

Allí se están amo y criado como dos peleles... Con que dígame usted, caballero, ¿volverá usted a enviar billetes amorosos a quien no se los quiere leer? Usted pensaba encontrar una niña alegre, amiga de cuchicheos y citas y quebraderos de cabeza. Pues ya ve usted el chasco que le ha sucedido... Créame, señor vecino, déjese de gastar la pólvora en salvas. Ella me quiere, tiene muchísimo juicio, a usted no le puede ver ni pintado; con que lo mejor es una buena retirada y llamar a otra puerta, que por ésta no se puede entrar.

## ENRIQUE

Es verdad, su mérito de usted es un obstáculo invencible. Ya echo de ver que era una locura aspirar al cariño de doña Rosita, teniéndole a usted por competidor.

## GREGORIO

¡Ya se ve que era una locura!

## ENRIQUE

¡Oh!, yo le aseguro a usted que si hubiese lle-

gado a presumir que usted era ya dueño de aquel corazón, nunca hubiera tenido la temeridad de disputársele.

GREGORIO

Ya lo creo.

ENRIQUE

Acabó mi esperanza, y renuncio a una felicidad que, estando usted de por medio, no es para mí.

GREGORIO

En lo cual hace usted muy bien.

ENRIQUE

Y aun es tal mi desdicha, que no me permite ni el triste consuelo de la queja; porque al considerar las prendas que le adornan a usted, ¿cómo he de atreverme a culpar la elección de doña Rosa, que las conoce y las estima?

GREGORIO

Usted dice bien.

ENRIQUE

No haya más. Esta ventura no era para mí; desisto de un empeño tan imposible... Pero si algo merece con usted un amante infeliz (*Don Enrique dará particular expresión a estas razones y a las que dice más adelante, deseoso de que don Gregorio las perciba bien y acierte a repetirlas*), de cuya aflicción es usted la causa, yo le suplico solamente que asegure en mi nombre a doña Rosita que el amor que de tres meses a esta parte la estoy manifestando, es el más puro, el más honesto, y que nunca me ha pasado por la imaginación idea ninguna de la cual su delicadeza y su pudor deban ofenderse.

GREGORIO

Sí, bien está; se lo diré.

## ENRIQUE

Que como era tan voluntaria esta elección en mí, no tenía otro intento que el de ser su esposo, ni hubiera abandonado esta solicitud, si el cariño que a usted le tiene no me opusiera un obstáculo tan insuperable.

## GREGORIO

Bien, se lo diré lo mismo que usted me lo dice.

## ENRIQUE

Sí, pero que no piense que yo pueda olvidarme jamás de su hermosura. Mi destino es amarla mientras que dure la vida, y si no fuese el justo respeto que me inspira su mérito de usted, no habría en el mundo ninguna otra consideración que fuese bastante a detenerme.

## GREGORIO

Usted habla y procede en eso como hombre de buena razón. Voy al instante a decirla cuanto usted me encarga... (*Hace que se va y vuelve.*) Pero créame usted, don Enrique, es menester distraerse, alegrarse y procurar que esa pasión se apague y se olvide. ¡Qué diantre! Usted es mozo y sujeto de circunstancias, con que es menester que... Vaya, vamos, ¿para qué es el talento?... Con que... ¡Eh! Adiós. (*Se aparta de ellos, encaminándose a su casa. Don Enrique y Cosme se van, y entran en la suya.*)

## COSME

¡Qué necio es!

(*Vanse.*)

## ESCENA VIII

DON GREGORIO *llama a su puerta, y sale* DOÑA ROSA

GREGORIO

Es increíble la turbación que ha manifestado el hombre al ver su billete devuelto y cerrado como él le envió... Asunto concluído. Pierde toda esperanza, y sólo me ha rogado con el mayor encarecimiento que te diga que su amor es honestísimo, que no pensó que te ofendieras de verte amada, que su elección es libre, que aspiraba a poseerte por medio del matrimonio; pero que sabiendo ya el amor que me tienes, sería un temerario seguir adelante... ¿Qué se yo cuánto me dijo?... Que nunca te olvidará, que su destino le obliga a morir amándote... Vamos, hipérboles de un hombre apasionado... Pero que reconoce mi mérito y cede, y no volverá a darnos la menor molestia... No, es cierto que él me ha hablado con mucha cortesía y mucho juicio, eso sí... Compasión me daba el oírle... Con que, y tú, ¿qué dices a eso?

ROSA

Que no puedo sufrir que usted hable de esa manera de un hombre a quien aborrezco de todo corazón, y que si usted me quisiera tanto como dice, participaría del enojo que me causan sus procedimientos atrevidos.

GREGORIO

Pero él, Rosita, no sabía que tú estuvieras tan apasionada de mí, y considerando las honestas intenciones de su amor, no merece que se le...

ROSA

¿Y le parece a usted honesta intención la de querer robar a las doncellas? ¿Es hombre de ho-

nor el que concibe tal proyecto y aspira a casarse conmigo por fuerza, sacándome de su casa de usted, como si fuera posible que yo sobreviviese a un atentado semejante?

GREGORIO

¡Oiga! Con que...

ROSA

Sí, señor, ese pícaro trata de obtenerme por medio de un rapto... Yo no sé quién le da noticia de los secretos de esta casa, ni quién le ha dicho que usted pensaba casarse conmigo dentro de seis u ocho días a más tardar; lo cierto es que él quiere anticiparse, aprovechar una ocasión en que sepa que me he quedado sola, y robarme... ¡Tiemblo de horror!

GREGORIO

Vamos, que todo eso no es más que hablar y...

ROSA

Sí, ¡cómo hay tanto que fiar de su honradez y su moderación!... ¡Válgame Dios! ¿Y usted le disculpa?

GREGORIO

No, por cierto; si él ha dicho eso, realmente procede mal, y el chasco sería muy pesado... Pero ¿quién te ha venido a contar a ti esas?...

ROSA

Ahora mismo acabo de saberlo.

GREGORIO

¿Ahora?

ROSA

Sí, señor, después que usted le volvió la carta.



## GREGORIO

Pero, chica, si no hice más que llegarme ahí a casa de don Froilán el boticario, hablé dos palabras con el mancebo, me volví al instante, y...

## ROSA

Pues en ese tiempo ha sido. Luego que cerré, me puse a dar unas sopas a los gatitos, oigo llamar, y creyendo que fuese usted, bajé tan alegre. Mi fortuna estuvo en que no abrí. Pregunto quién es, y por la cerradura oigo una voz desconocida que me dijo: Señorita, mi amo sabe que vive usted cautiva en poder de ese bruto, que se quiere casar con usted en esta semana próxima. No tiene usted que desconsolarse; don Enrique la adora a usted, y es imposible que usted desprecie un amor tan fino como el suyo. Viva usted prevenida, que de un instante a otro cuando su tutor la deje sola, vendrá a sacarla de esta cárcel, la depositará a usted en una casa de satisfacción, y... Yo no quise oír más, me subí muy quedito por la escalera arriba, me metí en mi cuarto... Yo pensé que me daba algún accidente.

## GREGORIO

Ese era el bribón del lacayo.

## ROSA

A la cuenta.

## GREGORIO

Pero se ve que este hombre es loco.

## ROSA

No tanto como a usted le parece. Mire usted si sabe disimular el traidor y fingir delante de usted para engañarle con buenas palabras, mientras en su interior está meditando picardías... Harto desdichada soy por cierto, si a pesar del conato que

pongo en conservar mi decoro y honestidad, he de verme expuesta a las tropelías de un hombre capaz de atreverse a las acciones más infames.

GREGORIO

Vaya, vamos, no temas nada, que...

ROSA

No; esto pide una buena resolución. Es menester que usted le hable con mucha firmeza, que le confunda, que le haga temblar. No hay otro medio de librarme de él ni de obligarle a que desista de una persecución tan obstinada.

GREGORIO

Bien; pero no te desconsueles así, mujercita mía; no, que yo le buscaré y le diré cuatro cosas bien dichas.

ROSA

Dígale usted, si se empeña en negarlo, que yo he sido la que le he dado a usted esta noticia; que son vanos sus propósitos: que por más que lo intente no me sorprenderá; y en fin, que no pierda el tiempo en suspiros inútiles, puesto que por su conducto de usted le hago saber mi determinación, y que si no quiere ser causa de alguna desgracia irremediable, no espere a que se le diga una cosa dos veces.

GREGORIO

¡Oh! sí... Yo le diré cuanto sea necesario.

ROSA

Pero de manera que comprenda bien que soy yo la que se lo dice.

GREGORIO

No, no le quedará duda; yo te lo aseguro.

ROSA

Pues bien. Mire usted que le aguardo con impaciencia; despáchese usted a venir. Cuando no le veo a usted, aunque sea por muy poco tiempo, me pongo triste.

GREGORIO

Sí, éntrate, que al instante vuelvo, palomita, vida mía, ojillos negros... ¡Ay! ¡qué ojos!... ¡Eh! Adiós... (*Doña Rosa se entra en su casa y cierra.*) En el mundo no hay hombre más venturoso que yo; no puede haberle... (*Da una vuelta por la escena lleno de inquietud y alegría, después llama a la puerta de don Enrique.*) Digo, señor caballero galanteador, ¿podrá usted oírme dos palabras?

## ESCENA IX

DON ENRIQUE, COSME, DON GREGORIO

ENRIQUE

¡Oh!, señor vecino, ¿qué novedad le trae a usted a mis puertas?

GREGORIO

Sus extravagancias de usted.

ENRIQUE

¿Cómo así?

GREGORIO

Bien sabe usted lo que quiero decirle; no se me haga el desentendido como lo tiene de costumbre. Yo pensé que usted fuese persona de más formalidad, y en este concepto le he tratado, ya lo ha visto usted, con la mayor atención y blandura; pero, hombre, ¿cómo ha de sufrir uno lo que usted hace sin saltar de cólera? ¿No tiene usted vergüenza, siendo un sujeto decente y de obligacio-

nes, de ocuparse en fabricar enredos, de querer sacar de su casa con engaño y violencia a una mujer honrada, de querer impedir un matrimonio en que ella cifra todas sus dichas? ¡Eh!, que eso es indigno.

ENRIQUE

¿Y quién le ha dado a usted noticias tan ajenas de verdad, señor don Gregorio?

GREGORIO

Volvemos otra vez a la misma canción. Rosita me las ha dado. Ella me envía por última vez a decirle a usted que su elección es irrevocable, que sus planes de usted la ofenden, la horrorizan, que si no quiere usted dar ocasión a alguna desgracia, reconozca su desatino, y salgamos de tanto embrollo. (*Empiezo a oscurecerse lentamente el teatro, y al acabarse el acto queda a media luz.*)

ENRIQUE

Cierto que si ella misma hubiese dicho esas expresiones, no sería cordura, insistir en un obsequio tan mal pagado; pero...

GREGORIO

¿Con que usted duda que sea verdad?

ENRIQUE

¿Qué quiere usted, señor don Gregorio? Es tan duro esto de persuadirse uno a que...

GREGORIO

Venga usted conmigo. (*Hasta el fin de la escena va y viene don Gregorio unas veces hacia su puerta y otras a donde está don Enrique, para que le siga.*)

ENRIQUE

Porque al fin, como usted tiene tanto interés en que me desespere y...

GREGORIO

Venga usted, venga usted... ¡Rosa!

ENRIQUE

No es decir esto que usted...

GREGORIO

Nada. No hay que disputar. Si quiero que usted se desengañe... ¡Rosita! ¡Niña!

ENRIQUE

¡Pensar que una dama ha de responder con tal aspereza a quien no ha cometido otro delito que adorarla!...

GREGORIO

Usted lo verá. Ya sale.

## ESCENA X

DOÑA ROSA, DON ENRIQUE, DON GREGORIO, COSME

ROSA

¿Qué es esto?... (*Sorprendida al ver a don Enrique.*) ¿Viene usted a interceder por él, a recomendarme para que sufra sus visitas, para que corresponda agradecida a su insolente amor?

GREGORIO

No, hija mía. Te quiero yo mucho para hacer tales recomendaciones; pero este santo varón toma a juguete cuanto yo le digo, y piensa que le engaño cuando le aseguro que tú no le puedes ver y que a mí me quieres que me adoras. No hay forma de persuadirle. Con que te le traigo aquí para que tú misma se lo digas, ya que es tan presumido o tan cabezudo que no quiere entenderlo.

ROSA

Pues ¿no le he manifestado a usted ya cuál es mi deseo, que todavía se atreve a dudar? ¿De qué manera debo decírselo?

ENRIQUE

Bastante ha sido para sorprenderme, señorita, cuanto el vecino me ha dicho de parte de usted, y no puedo negar la dificultad que he tenido en creerlo. Un fallo tan inesperado que decide la suerte de mi amor, es para mí de tal consecuencia, que no debe maravillar a nadie el deseo que tengo de que usted le pronuncie delante de mí.

ROSA

Cuanto el señor le ha dicho a usted ha sido por instancias mías, y no ha hecho en esto otra cosa que manifestarle a usted los íntimos afectos de mi corazón.

GREGORIO

¿Lo ve usted?

ROSA

Mi elección es tan honrada, tan justa, que no hallo motivo alguno que pueda obligarme a disimularla. De dos personas que miro presentes, la una es el objeto de todo mi cariño, la otra me inspira una repugnancia que no puedo vencer. Pero...

GREGORIO

¿Lo ve usted?

ROSA

Pero es tiempo ya de que se acaben las inquietudes que padezco. Es tiempo ya de que unida en matrimonio con el que es el único dueño de la vida mía, pierda el que aborrezco sus mal fundadas esperanzas, y sin dar lugar a nuevas dilaciones, me vea yo libre de un suplicio más insupportable que la misma muerte.

GREGORIO

¿Lo ve usted?... Sí, monita, sí; yo cuidaré de cumplir tus deseos.

ROSA

No hay otro medio de que yo viva contenta. *(Manifiesta en la expresión de sus palabras que las dirige a don Enrique, y en sus acciones que habla con don Gregorio.)*

GREGORIO

Dentro de muy poco lo estarás.

ROSA

Bien advierto que no pertenece a mi estado el hablar con tanta libertad...

GREGORIO

No hay mal en eso.

ROSA

Pero en mi situación bien puede disimularse que use de alguna franqueza con el que ya considero como esposo mío.

GREGORIO

Sí, pobrecita mía... Sí, morenilla de mi alma.

ROSA

Y que le pida encarecidamente, si no desprecia un amor tan fino, que acelere las diligencias de nuestra unión.

GREGORIO

Ven aquí, perlita *(abraza a doña Rosa; ella extiende la mano izquierda, y don Enrique, que está detrás de don Gregorio, se la besa afectuosamente y se retira al instante)*, consuelo mío, ven aquí, que yo te prometo no dilatar tu dicha... Vamos, no te me angusties; calla, que... Amigo... *(Volviéndose*

*muy satisfecho a hablar a don Enrique.*) Ya lo ve usted. Me quiere, ¿qué le hemos de hacer?

ENRIQUE

Bien está, señora; usted se ha explicado bastante, y la juro por quien soy, que dentro de poco se verá libre de un hombre que no ha tenido la fortuna de agradarla.

ROSA

No puede usted hacerme favor más grande, porque su vista es intolerable para mí. Tal es el horror, el tedio que me causa, que...

GREGORIO

Vaya, vamos, que eso es ya demasiado.

ROSA

¿Le ofendo a usted en decir esto?

GREGORIO

No, por cierto... ¡Válgame Dios! No es eso, sino que también da lástima verle sopetear de esa manera... Una aversión tan excesiva...

ROSA

Por mucha que se la manifieste, mayor se la tengo.

ENRIQUE

Usted quedará servida, señora doña Rosa. Dentro de dos o tres días, a más tardar, desaparecerá de sus ojos de usted una persona que tanto la ofende.

ROSA

Vaya usted con Dios, y cumpla su palabra.

GREGORIO

Señor vecino, yo lo siento de veras y no quisiera haberle dado a usted este mal rato; pero...



ENRIQUE

No, no crea usted que yo lleve el menor resentimiento; al contrario, conozco que la señorita procede con mucha prudencia, atendido el mérito de entrambos. A mí me toca sólo callar y cumplir cuanto antes me sea posible lo que acabo de prometerla. Señor don Gregorio, me repito a la disposición de usted.

GREGORIO

Vaya usted con Dios.

ENRIQUE

Vamos pronto de aquí, Cosme, que reviento de risa. (*Retirándose hacia su casa, entran en ella los dos y se cierra la puerta.*)

## ESCENA XI

DON GREGORIO, DOÑA ROSA

GREGORIO

De veras te digo que este hombre me da compasión.

ROSA

Ande, usted, que no merece tanta como usted piensa.

GREGORIO

Por lo demás, hija mía, es mucho lo que me lisonjea tu amor, y quiero darle toda la recompensa que merece... Seis u ocho días son demasiado término para tu impaciencia. Mañana mismo quedaremos casados y...

ROSA

¿Mañana? (*Turbada.*)

## GREGORIO

Sin falta ninguna... Ya veo a lo que te obliga el pudor, pobrecilla; y haces como que repugnas lo que estás deseando. ¿Te parece que lo conozco?

## ROSA

Pero...

## GREGORIO

Sí, amiguita, mañana serás mi mujer. Ahora mismo voy, antes que oscurezca, aquí a casa de don Simplicio el escribano, para que esté avisado y no haya dilación. Adiós, hechicera. (*Don Gregorio se va por una calle, Doña Rosa entra en su casa y cierra.*)

## ROSA

¡Infeliz de mí!, ¿qué haré para evitar este golpe?

## ACTO TERCERO

La misma decoración de los dos anteriores

## ESCENA PRIMERA

DOÑA ROSA, DON GREGORIO

(*La escena es de noche. Doña Rosa sale de su casa, manifestando el estado de incertidumbre y agitación que denota el diálogo.*)

## ROSA

No hay otro medio... Si me detengo un instante, vuelve, pierdo la ocasión de mi libertad, y mañana... No... primero morir. Declarándoselo todo a mi hermana y a don Manuel, pidiéndoles amparo, consejo... Es imposible que me abandonen. Desde su casa avisaré a mi amante, y él dispondrá cuanto

fuere menester, sin que mi decoro padezca... (*Don Gregorio sale por una calle a tiempo que doña Rosa se encamina a casa de su hermana; se detiene, y, al conocerle, duda lo que ha de hacer.*) Vamos; pero... Gente viene... Y es él... ¡Desdichada! ¡Todo se ha perdido!

GREGORIO

¿Quién está ahí, eh? ¡Calle! ¡Rosita! ¿Pues cómo? ¿Qué novedad es ésta?

ROSA

¿Qué le diré?

GREGORIO

¿Qué haces aquí, niña?

ROSA

Usted lo extrañará. (*Indica en la expresión de sus palabras que va previniendo la ficción con que trata de disculparse.*)

GREGORIO

¿Pues no he de extrañarlo? ¿Qué ha sucedido? Habla.

ROSA

Estoy tan confusa y...

GREGORIO

Vamos, no me tengas en esta inquietud. ¿Qué ha sido?

ROSA

Se enfadará usted si le digo...

GREGORIO

No me enfadaré. Dilo presto... Vamos.

ROSA

Sí, precisamente se va usted a enojar; pero... Pues tenemos una huéspedada.

GREGORIO

¿Quién?

ROSA

Mi hermana.

GREGORIO

¿Cómo?

ROSA

Sí, señor, en mi cuarto la dejo encerrada con llave para que no nos dé una pesadumbre. Yo iba a llamar a doña Serafina, la viuda del pintor, a fin de suplicarla que me hiciera el gusto de venirse a dormir esta noche a casa, porque al cabo, estando ella conmigo... Como es una mujer de tanto juicio, y...

GREGORIO

Pero, ¿qué enredo es éste, señor, que hasta ahora, lléveme el diablo, si yo he podido entender cosa ninguna?... ¿A qué ha venido tu hermana?

ROSA

Ha venido... Mire usted, le voy a revelar un secreto que le va a dejar aturdido... Pero no se ha de enfadar usted, ¿no?

GREGORIO

¡Dale!... ¿Lo quieres decir o tratas de que me desespere? ¿A qué ha venido tu hermana?

ROSA

Yo se lo diré a usted... Mi hermana está enamorada de don Enrique.

GREGORIO

¿Ahora tenemos eso?

## ROSA

Sí, señor. Hace más de un año que se quieren, y cuasi el mismo tiempo que se han dado palabra de matrimonio. Por esto fué la mudanza desde la calle de Silva a la plazuela de Alligidos, pretextando Leonor que quería vivir cerca de mi casa, no siendo otro el motivo que el de parecerla muy acomodado este barrio desierto, a donde también se mudó inmediatamente don Enrique, para tener más ocasión de verle y hablarle, aprovechándose de la libertad que siempre le ha dado el bueno de don Manuel.

## GREGORIO

Pero este don Enrique o don demonio, ¿a cuántas quiere? ¡Si yo estoy lelo!

## ROSA

Yo le diré a usted. Continuaron estos amores hasta que don Enrique, celoso de un don Antonio de Escobar, oficial de la secretaría de Guerra, con quien la vió una tarde en el Jardín Botánico, la envió un papel de despedida lleno de expresiones amargas; y desde entonces no ha querido volverla a ver. Parecióle conveniente, además, pagar con celos que él la diese los que le había causado el tal don Antonio, y desde entonces dió en seguirme adonde quiera que fuese, y hacerme cortesías, y rondar la casa, todo sin duda para que mi hermana lo supiera y rabiase de envidia. Yo, que ignoraba esto, bien advertí las insinuaciones de don Enrique; pero me propuse callar y despreciarle, hasta que informada esta tarde de todo por lo que me dijo Leonor (la cual vino a hablarme muy sentida, creyendo que yo fuese capaz de corresponder a ese trasto), resolví decirle a usted lo que a mí me pasaba, omitiendo todo lo demás para que la estimación de mi hermana no padeciese... ¿Qué hubiera usted hecho en este apuro? ¿No hubiera usted hecho lo mismo?

## GREGORIO

Con que... Adelante...

## ROSA

Pues como yo la dijese a Leonor que inmediatamente haría saber al dichoso don Enrique, por medio de usted, cuánto me desagradaba su mal término, se desconsoló, lloró, me suplicó que no lo hiciese; pero yo la aseguré que no desistiría de mi propósito. Pensó llevarme a casa de doña Beatriz para estorbármelo; usted no quiso que fuera con ella, y no parece sino que algún ángel le inspiró a usted aquella repugnancia. Lo que ha pasado esta tarde con el tal caballero bien lo sabe usted; pero falta decirle que así que usted me dejó para ir a verse con el escribano, llegó mi hermana, la conté cuanto había ocurrido, y... Vaya, no es posible ponderarle a usted la aflicción que manifestó. Llamó a su criada, la habló en secreto, y quedándose conmigo sola, me dijo en un tono de desesperación que me hizo temblar, que la chica había ido a su casa a decir que esta noche no iría, porque doña Beatriz se había puesto mala y la había rogado que se quedase con ella. Y que también iba encargada de avisar a don Enrique, en nombre mío, de que a las doce en punto le esperaba yo en el balcón de mi cuarto, que da al jardín. Con este engaño se propone hablarle y dar a sus celos cuantas satisfacciones quiera pedirle.

## GREGORIO

¡Picarona!, ¡enredadora!, ¡desenvuelta!... Y bien, ¿tú qué le has dicho?

## ROSA

Amenazarla de que usted y don Manuel sabrán todo lo que pasa, y que yo seré quien se lo diga para que pongan remedio en ello; afearla su des-

honesto proceder, instarla a que se fuera de mi casa inmediatamente.

GREGORIO

¿Y ella?

ROSA

Ella me respondió que si no la sacan arrastrando de los cabellos, que no se irá. Que en hablando con don Enrique, y desvaneciendo sus quejas, ni a usted ni a don Manuel, ni a todo el mundo teme.

GREGORIO

Mi hermano merece esto y mucho más... Pero ¿cómo he de sufrir yo en mi casa tales picardías? No, señor. Yo la daré a entender a esa desvergonzada que, si ha contado contigo para seguir adelante en su desacuerdo, se ha equivocado mucho; y que yo no soy hombre de los que se dejan llevar al pilón como el otro bárbaro. Yo la diré lo que... Vamos. (*Quiere entrar en su casa, y doña Rosa le detiene.*)

ROSA

No, señor, por Dios, no entre usted, Al fin es mi hermana. Yo entraré sola y la diré que es preciso que se vaya al instante a su casa, o, a lo menos, a la de doña Beatriz, si teme que don Manuel extrañe ahora su vuelta. (*Hace que se va hacia su casa y vuelve.*)

GREGORIO

Muy bien; aquí espero a que salga.

ROSA

Pero no se descubra usted, no le hable, no se acerque, no la siga... Si le viese a usted, sería tanta su confusión, y sobresalto, que pudiera darla un accidente... Si ella quiere enmendar este desacuerdo, aun remedio, y mucho más si ese hombre se va, como ha prometido. En fin, yo la haré salir de casa, que es lo que importa; pero, por Dios, retírese usted y no trate de molestarla.

GREGORIO

¡Marta la piadosa!... Ciertamente merece ella toda esa caridad.

ROSA

Es mi hermana.

GREGORIO

¡Y qué poco se parece a ti la dichosa hermana!... Vamos, entra y veremos si logras lo que te propones.

ROSA

Yo creo que sí.

GREGORIO

Mira que si se obstina en que ha de quedarse, subo allá arriba y la saco a patadas.

ROSA

No será menester. Voy allá... (*Hace que se va y vuelve.*) Pero, repito, que no se descubra usted, ni la hostigue, ni...

GREGORIO

Bien, sí, la dejaré que se vaya donde quiera.

ROSA

(*Se encamina hacia su casa y vuelve.*) ¡Ah!, mire usted. Así que ella salga, éntrese usted y cierre bien su puerta... Yo estoy tan desazonada, que me voy al instante a acostar.

GREGORIO

Pero, ¿qué sientes?

ROSA

¿Qué sé yo? ¿Le parece a usted que estaré poco disgustada con todo lo que ha sucedido?... Nada me duele; pero deseo descansar y dormir... Con que... Buenas noches.



GREGORIO

Adiós, Rosita... Pero mira que si no sale...

ROSA

Yo le aseguro a usted que saldrá. (*Entrase, dejando entornada la puerta. Don Gregorio se pasea por el teatro mirando con frecuencia hacia su casa, impaciente del éxito.*)

GREGORIO

Y a todo esto, ¿en qué se ocupará mi erudito hermano? Estará poniendo escolios a algún tratado de educación... ¡La niña y su alma!... Bien que ¿cómo había de resultar otra cosa de la independencit y la holgura en que siempre ha vivido?... ¡Mujeres! ¡Qué mal os conoce el que no os encierra y os sujeta y os enfrena y os cela y os guarda!... Pero no, señor... Mañana a las diez desposorio, a las once comer, a las doce coche de colleras y a las cinco en Griñón... ¿Cómo he de sufrir yo que la bribona de la Leonorcica se nos venga cada lunes y cada martes en estos embudos? No por cierto... Allá mi hermano verá lo que... ¡Oiga! Parece que baja la niña bien criada. (*Se acerca más a un lado de la puerta de su casa, colocándose hacia el proscenio, y escucha atentamente lo que dice desde adentro doña Rosa, la cual finge que habla con su hermana.*)

ROSA

No te canses en quererme persuadir. Vete, Leonor. Ya te lo he dicho... ¿Y qué importa que me oigan? ¿Soy yo la culpada?... Vete. Acabemos, sal presto de aquí.

GREGORIO

En efecto, la echa de casa... (*Sale doña Rosa de su casa con basquiña y mantilla semejantes a las que sacó doña Leonor en el primer acto. Luego*

que se aparta un poco, cierra don Gregorio su puerta y guarda la llave.) ¿Y adónde irá la doncellita menesterosa?... Ganas me dan de... Pero no, cerremos primero.

## ESCENA II

DON ENRIQUE, COSME, DOÑA ROSA, DON GREGORIO

(Los dos primeros salen de su casa.)

ENRIQUE

¿Dijiste al ama que no me espere?

COSME

Sí, señor.

ENRIQUE

Pues cierra y vamos, que aunque sepa atropellar por todo, he de hablarla esta noche. (Cierra Cosme la puerta con llave.)

COSME

¡Noche toledana!

ENRIQUE

Y, a pesar de quien procura estorbarlo, ella y yo seremos felices. (Doña Rosa, después de haberse alejado un poco hacia el fondo del teatro, vuelve encaminándose a casa de don Manuel; don Gregorio se adelanta igualmente y la observa. Ella se detiene.)

ROSA

El se acerca a la puerta de don Manuel. ¿Qué haré?... Ya no es posible... (Se retira llena de confusión hacia el fondo del teatro. Don Enrique se adelanta, la reconoce y la detiene.) ¡Infeliz de mí!

ENRIQUE  
¿Quién es?

ROSA  
Yo.

ENRIQUE  
¿Doña Rosita?

ROSA  
Yo soy.

ENRIQUE  
A mi casa.

ROSA  
Pero ¿qué seguridad tendré en ella?

ENRIQUE  
La que debe esperar de un hombre de honor.

ROSA  
Yo iba a la de mi hermana; pero él me observa, no puedo llegar sin que me reconozca, y...

ENRIQUE  
Está usted conmigo... Pasará usted la noche en compañía de mi ama, mujer anciana y virtuosa... Mañana daré parte a un juez, y a él, a don Manuel, a su tutor de usted y a todo el mundo, les diré que usted es mi esposa, y que estoy pronto si es necesario a exponer la vida para defenderla... Abre, Cosme. Venga usted. (*Cosme abre la puerta de la casa de don Enrique.*)

ROSA  
Allí está.

ENRIQUE  
Bien, que esté donde quiera. Poco importa.

ROSA  
Allí, allí.

## ENRIQUE

Sí, ya le distingo... No hay que temer, quieto se está... ¡Y qué bien hace en estarse quieto!... Adentro. (*Asiéndola de la mano se entra con ella en su casa, y Cosme detrás.*)

## GREGORIO

Pues señor, se marchó a casa del galán. No puede llegar a más el abandono y la... Pero ¡qué regocijo siento al ver tan solemnemente burlado a este hermano que Dios me dió, necio por naturaleza y gracia, y presumido de que todo se lo sabe!... Vamos a darle la infausta noticia... (*Se encamina a casa de don Manuel; después se detiene.*) No, el asunto es serio, y si el tiempo se pierde, si yo no pongo la mano en esto, puede suceder un trabajo... Al fin es hija de un amigo mío... Sí, mejor es... Allí pienso que ha de vivir el comisario... (*Va a casa del comisario y llama.*)

## ESCENA III

UN COMISARIO, UN ESCRIBANO, UN CRIADO y DON

## GREGORIO

(*Salen los tres primeros por una de las calles. El criado con linterna. La escena se ilumina un poco.*)

## COMISARIO

¿Quién anda ahí?

## GREGORIO

¡Ah! ¿No es usted el señor comisario del cuartel?

## COMISARIO

Servidor de usted.

GREGORIO

Pues, señor... Oiga usted aparte... (*Se aparta con el comisario a poca distancia de los demás.*) Su presencia de usted es absolutamente necesaria para evitar un escándalo que va a suceder... ¿Conoce usted a una señorita que se llama doña Leonor, que vive en aquella casa de enfrente?

COMISARIO

Sí, de vista la conozco, y al caballero que la tiene consigo... Y me parece que ha de ser don Manuel de Velasco.

GREGORIO

Hermano mío.

COMISARIO

¡Oiga! Es usted su hermano!

GREGORIO

Para servir a usted.

COMISARIO

Para hacerme favor.

GREGORIO

Pues el caso es que esta niña, hija de padres muy honrados y virtuosos, perdida de amores por un mancebito andaluz que vive aquí en este principal...

COMISARIO

¡Calle! Don Enrique de Cárdenas; le conozco mucho.

GREGORIO

Pues bien. Ha cometido el desacierto de abandonar su casa, venirse a la de su amante... Vamos, ya usted conoce lo que puede resultar de aquí.

COMISARIO

Sí... En efecto.

GREGORIO

Ello hay de por medio no sé qué papel de matrimonio; pero no ignora usted de lo que sirven estos papeles cuando cesa el motivo que los dictó... ¡Eh! ¿Me explico?

COMISARIO

Perfectamente... ¿Y ella está adentro?

GREGORIO

Ahora mismo acaba de entrar... Con que, señor comisario, se trata de salvar el decoro de una doncella, de impedir que el tal caballero... Ya ve usted.

COMISARIO

Sí, sí, es cosa urgente. Vamos... Por fortuna tenemos aquí al señor, que en esta ocasión nos puede ser muy útil. (*Alza un poco la voz volviéndose hacia el escribano que está detrás, el cual se acerca a ellos muy oficioso.*) Es escribano...

ESCRIBANO

Escribano real.

GREGORIO

Ya.

ESCRIBANO

Y antiguo.

GREGORIO

Mejor.

ESCRIBANO

Mucha práctica de tribunales.

GREGORIO

Bueno.

ESCRIBANO

Conocido en testamentarias, subastas, inventarios, despojos, secuestros y...

GREGORIO

No, ahí no hallará usted cosa en que poder...

ESCRIBANO

Y muy hombre de bien.

GREGORIO

Por supuesto.

ESCRIBANO

Es que...

COMISARIO

Vamos, don Lázaro, que esto pide mucha diligencia.

GREGORIO

Yo aquí espero.

COMISARIO

Muy bien. *(Llama el criado a la puerta de don Enrique, se abre y entran los tres. La escena vuelve a quedar oscura.)*

#### ESCENA IV

DON GREGORIO, DON MANUEL

GREGORIO

Veamos si está en casa este inalterable filósofo, y le contaremos la amarga historia... *(Llama en casa de don Manuel, abren la puerta, se supone que habla con algún criado, queda la puerta entornada, y don Gregorio se pasea esperando a su hermano.)* ¿Está? Que baje inmediatamente, que le espero aquí para un asunto de mucha impor-

tancia... ¡Bendito Dios! ¡En qué han parado tantas máximas sublimes, tantas eruditas disertaciones! ¡Qué lástima de tutor! Vaya si... Majadero más completo y más pagado de su dictamen... ¡Oh, señor hermano! (*Don Manuel sale de la puerta de su casa y se detiene inmediato a ella.*)

MANUEL

Pero ¿qué extravagancia es esta? ¿Por qué no subes?

GREGORIO

Porque tengo que hablarte y no me puedo separar de aquí.

MANUEL

(*Adelantándose hacia donde está don Gregorio.*)  
Enhorabuena... ¿Y qué se te ofrece?

GREGORIO

Vengo a darte muy buenas noticias.

MANUEL

¿De qué?

Sí, te vas a regocijar mucho con ellas... Dime: mi señora doña Leonor, ¿en dónde está?

MANUEL

¿Pues no lo sabes? En casa de su amiga doña Beatriz. Allí quedó esta tarde, yo me vine, porque tenía una porción de cartas que escribir, y supongo que ya no puede tardar. De un instante a otro... Pero ¿a qué viene esa pregunta?

GREGORIO

¡Eh! Así, por hablar algo...

MANUEL

Pero ¿qué quieres decirme?



## GREGORIO

Nada... Que tú la has educado filosóficamente, persuadido (y con mucha razón) de que las mujeres necesitan un poco de libertad, que no es conveniente reprenderlas ni oprimirlas, que no son los candados ni los cerrojos, los que aseguran su virtud, sino la indulgencia, la blandura y... en fin, prestarse a todo lo que ellas quieren... ¡Ya se ve! Leonor, enseñada por esta cartilla, ha sabido corresponder como era de esperar a las lecciones de su maestro.

## MANUEL

Te aseguro que no comprendo a qué propósito puede venir nada de cuanto dices.

## GREGORIO

Anda, necio, que bien merecido te está lo que te sucede, y es muy justo que recibas el premio de tu ridícula presunción... Llegó el caso de que se vea prácticamente lo que ha producido en las dos hermanas la educación que las hemos dado. La una huye de los amantes, y la otra, como una mujer perdida y sin vergüenza, los acaricia y los persigue.

## MANUEL

Si no me declaras el misterio, dígotte que...

## GREGORIO

El misterio es que tu pupila no está donde piensas, sino en casa de un caballerito, del cual se ha enamorado rematadamente; y sola y de noche y burlándose de ti, ha ido a buscar mejor compañía... ¿Lo entiendes ahora?

## MANUEL

¿Dices que Leonor?...

GREGORIO

Sí, señor, la misma.

MANUEL

Vaya, déjate de chanzas, y no me...

GREGORIO

¡Sí, que el niño es chancero!... ¡Se dará tal estupidez! Dígole a usted, señor hermano, y vuelvo a repetírselo, que la Leonorcita se ha ido esta noche a casa de su galán, y está con él, y lo he visto yo, y se quieren mucho, y hace más de un año se tienen dada palabra de matrimonio, a pesar de todas tus filosofías... ¿Lo entiendes?

MANUEL

Pero es una cosa tan ajena de verosimilitud...

GREGORIO

¡Dale!... Vamos, aunque lo vea por sus ojos no se lo harán creer... ¡Cómo me repudre la sangre!... Amigo, dígote que los años sirven de muy poco cuando no hay esto, esto. (*Señalándose con el dedo en la frente.*)

MANUEL

Ello es que tú te persuades a que...

GREGORIO

Figúrate si me habré persuadido... Pero mira, no gastemos prosa... Ven y lo verás, y en viéndolo, espero y confío que te persuadirás también. Vamos. (*Se encamina a casa de don Enrique, y después vuelve.*)

MANUEL

¡Haber cometido tal exceso, cuando siempre la he tratado con la mayor benignidad, cuando la

he prometido mil veces no violentar, no contradecir sus inclinaciones!

GREGORIO

Ya temía yo que no había de ser creído y que perderíamos el tiempo en altercaciones inútiles. Por eso, y porque me pareció conveniente restaurar el honor de esa mujer, siquiera por lo que me interesa su pobrecita hermana, he dispuesto que el comisario del cuartel vaya allá y vea de arreglarlo, de manera que evitando escándalos, se concluya, si se puede, con un matrimonio.

MANUEL

¿Eso hay?

GREGORIO

¡Toma! Ya están allá el comisario y un escribano que venía con él... Digo, a no ser que usted halle en sus libros algún texto oportuno para volver a recibir en su casa a la inocente criatura, disimularla este pequeño desliz y casarse con ella... ¿Eh?

MANUEL

¿Yo? No lo creas. No cabe en mí tanta debilidad, ni soy capaz de aspirar a poseer un corazón que ya tiene otro dueño. Pero a pesar de cuanto dices, todavía no me puedo reducir a...

GREGORIO

¡Qué terco es!... Ven conmigo, y acabemos esta disputa impertinente. *(Se encamina con su hermano hacia la casa de don Enrique, y al llegar cerca salen de ella el comisario y el criado. El teatro se ilumina como en la escena tercera.)*

## ESCENA V

EL COMISARIO, UN CRIADO, DON GREGORIO, DON  
MANUEL

COMISARIO

Aquí, señores, no hay necesidad de ninguna violencia. Los dos se quieren, son libres, de igual calidad. No hay otra cosa que hacer sino depositar inmediatamente a la señorita en una casa honesta y desposarlos mañana... Las leyes protegen este matrimonio y le autorizan.

GREGORIO

¿Qué te parece?

MANUEL

(*Reprimiéndose.*) ¿Qué me ha de parecer?...  
Que se casen.

GREGORIO

Pues, señor, que se casen.

COMISARIO

Diré a usted, señor don Manuel. Yo he propuesto a la novia que tuviese a bien de honrar mi casa, en donde asistida de mi mujer y de mis hijas, estaría, si no con las comodidades que merece, a lo menos, con la que pueden proporcionarla mis cortas facultades; pero no ha querido admitir este obsequio, y dice que si usted permite que vaya a la suya, la prefiere a otra cualquiera. Es cierto que esta elección es la mejor; pero he querido avisarle a usted para saber si gusta de ello o tiene alguna dificultad.

MANUEL

Ninguna... Que venga. Yo me encargo del depósito.

## COMISARIO

Volveré con ella muy pronto. (*Se entra con el criado en casa de don Enrique. El teatro queda oscuro otra vez.*)

## GREGORIO

No me queda otra cosa que ver... Pero ¿cuál es más admirable, el descaro de la pindonga o la frescura de este insensato que se presta a tenerla en su casa después de lo que ha hecho, que la toma en depósito de manos de su amante, para entregársela después tal y tan buena?... ¡Ay! Si no es posible hallar cabeza más destornillada que la suya... No puede ser.

## MANUEL

No lo entiendes, Gregorio... Mira, tú has hecho intervenir en esto a un comisario para evitar los daños que pudieren sobrevenir, y has hecho muy bien. Yo la recibo por la misma razón, para que su crédito no padezca; para que no se trasluzca lo que ha sucedido entre la vecindad, que todo lo atisba y lo murmura; para que mañana se casen, como si fuera yo mismo el que lo hubiese dispuesto; para manifestar a Leonor que nunca he querido hacerme un tirano de su libertad ni de sus afectos; para confundirla con mi modo de proceder comparado al suyo... Pero... ¡Leonor! ¿Es posible que haya sido capaz de tal ingratitud?

## GREGORIO

Calla, que... (*Salen por una calle doña Leonor, Juliana, y el lacayo con un farol, y habiendo pasado va por delante de la puerta de don Enrique, al volverse don Gregorio las ve. Doña Leonor al ver gente se detiene un poco. Se ilumina el teatro.*) Sí... Ahí la tienes. Pídelas perdón.

## MANUEL

¡Yo! ¡Qué mal me conoces!

## ESCENA VI

DOÑA LEONOR, JULIANA, UN LACAYO, DON MANUEL,  
DON GREGORIO

MANUEL

Leonor, no temas ningún exceso de cólera en mí, bien sabes cuánto sé reprimirla; pero es muy grande el sentimiento que me ha causado ver que te hayas atrevido a una acción tan poco decorosa, sabiendo tú que nunca he pensado sujetar tu albedrío, que no tienes amigo más fino, más verdadero que yo... No, no esperaba recibir de ti tan injusta correspondencia... En fin, hija mía, yo sabré tolerar en silencio el agravio que acabas de hacerme, y atento solo a que tu estimación no pierda en la lengua ponzoñosa del vulgo, te daré en mi casa el auxilio que necesitas, y te entregaré yo mismo al esposo que has querido elegir.

LEONOR

Yo no entiendo, señor don Manuel, a qué se dirige ese discurso... ¿Qué acción indecorosa, qué agravio, qué esposo es ese de quien usted me habla?... Yo soy la misma que siempre he sido. Mi respeto a su persona de usted, mi agradecimiento, y para decirlo de una vez, mi amor, son inalterables... Mucho me ofende el que presuma que he podido yo hacer ni pensar cosa ninguna impropia de una mujer honesta, que estima en más que la vida su honor y su opinión.

MANUEL

(*Volviéndose a don Gregorio.*) ¿Oyes lo que dice?

GREGORIO

Ya se ve que lo oigo... (*Acercándose a doña Leonor.*) Con que, Leonorcita... Ahorremos palabras... ¿De dónde vienes, hija?

LEONOR

De casa de doña Beatriz.

GREGORIO

¿Ahora vienes de allí, cordera?

LEONOR

Ahora mismo... ¿No ve usted a Pepe, que nos ha venido a acompañar?

GREGORIO

¿Y no sales de casa de don Enrique?

LEONOR

¿De quién? ¿De ese que vive aquí en?... ¡Eh! No por cierto.

GREGORIO

¿Y no habéis concertado vuestro casamiento a presencia del comisario?

LEONOR

Me hace reír... ¿Ves qué desatino, Juliana?

GREGORIO

¿Y no estáis enamorados mucho tiempo ha?

LEONOR

Muchísimo tiempo... ¿Y qué más?

GREGORIO

¿Y no estuviste en mi casa esta noche? ¿Y no te hicieron salir de allí? ¿Y no te fuiste derechita a la de tu galán? ¿Y no te vi yo?

LEONOR

Esto pasa de chanza. Usted no sabe lo que se dice... (*Asiendo del brazo a don Manuel se dirige hacia su casa.*) Vamos a casa, don Manuel, que

ese hombre ha perdido el poco entendimiento que tenía; vamos.

### ESCENA VII

DOÑA ROSA, DON ENRIQUE, EL COMISARIO, EL ESCRIBANO, COSME, UN CRIADO, DOÑA LEONOR, JULIANA, UN LACAYO, DON MANUEL, DON GREGORIO.

*(El criado saldrá con la linterna. La luz del teatro se duplica.)*

ROSA

¡Leonor!... ¡Hermana!... *(Corriendo hacia doña Leonor la coge de las manos y se las besa.)*

GREGORIO

¡Huf!... *(Al reconocer a doña Rosa, se aparta lleno de confusión.)*

ROSA

Yo espero de tu buen corazón que has de perdonarme el atrevimiento con que me valí de tu nombre para conseguir el fin de mi engaño. El ejemplo de tu mucha virtud hubiera debido contenerme; pero, hermana mía, bien sabes qué diferente suerte hemos tenido las dos.

LEONOR

Todo lo conozco, Rosita... La elección que has hecho no me parece desacertada; repruebo solamente los medios de que te has valido... Mucha disculpa tienes, pero toda la necesitas.

ROSA

Cuanto digas es cierto, pero... *(Volviéndose a don Gregorio, que permanece absorto y sin movimiento.)* Usted ha sido la causa de tanto error, usted... No me atreviera a presentarme ahora a



sus ojos, si no estuviese bien segura de que en todo lo que acabo de hacer, aunque le disguste, le sirvo... La aversión que usted logró inspirarme distaba mucho de aquella suave amistad que une las almas para hacerlas felices... Tal vez usted me acusará de liviandad; pero puede ser que mañana hubiera usted sido verdaderamente infeliz, si yo fuese menos honesta.

ENRIQUE

Dice bien, y usted debe agradecerla el honor que conserva y la tranquilidad de que puede gozar en adelante.

MANUEL

(*Acercándose a don Gregorio.*) Esto pide resignación, hermano... Tú has tenido la culpa, es necesario que te conformes.

LEONOR

Y hará muy mal en no conformarse, porque ni hay otro remedio a lo sucedido, ni hallará ninguno que le tenga lástima.

JULIANA

Y conocerá que a las mujeres no se las encadena, ni se las enjaula, ni se las enamora a fuerza de tratarlas mal. ¡Hombre más tonto!

COSME

(*Hablando con Juliana.*) Y en verdad que se ha escapado como en una tabla. Bien puede estar contento.

GREGORIO

(*No dirige a nadie sus palabras, habla como si estuviera solo, y va aumentándose sucesivamente la energía de su expresión.*) No, yo no acabo de salir de la admiración en que estoy... Una astucia tan infernal confunde mi entendimiento; ni es posible que Satanás en persona sea capaz de mayor

perfidia que la de esa maldita mujer... Yo hubiera puesto por ella las manos en el fuego, y... ¡Ah! ¡Desdichado del que a vista de lo que a mí me sucede se fie de ninguna! La mejor es un abismo de malicia y picardías. Sexo engañoso, destinado a ser el tormento y la desesperación de los hombres... Para siempre la detesto y la maldigo, y la doy al demonio, si quiere llevársela. (*Sacando la llave de su puerta, se encamina furioso hacia ella. Don Manuel quiere contenerle; él le aparta, entra en su casa y cierra por dentro.*)

MANUEL

No dice bien... Las mujeres, dirigidas por otros principios que los suyos, son el consuelo, la delicia y el honor del género humano... Con que, señor comisario, acepto el depósito, y mañana sin falta se celebrará la boda.

ROSA

¿La mía no más?

MANUEL

Si tu hermana me perdona una breve sospecha, con tanta dificultad creída, no sería don Enrique el sólo dichoso; yo también pudiera serlo.

LEONOR

Hoy es día de perdonar.

ROSA

Sí, bien merece tu perdón y tu mano el que supo darte una educación tan contraria a la que yo recibí.

LEONOR

Con su prudencia y su bondad se hizo dueño de mi corazón, y bien sabe que mientras yo viva es prenda suya.

MANUEL

¡Querida Leonor! (*Se abrazan don Manuel y doña Leonor.*)

JULIANA

¡Excelente lección para los maridos, si quieren estudiarla!

Faint, illegible text at the top of the page, possibly bleed-through from the reverse side.

## NOTA

Insertamos a continuación la versión española, en verso, que de la comedia *El Hipócrita*, de Molière, hizo el famoso abate Marchena, gran latinista, que inventó un fragmento del *Satiricón*, de Petronio, reconocido como auténtico por los filólogos más autorizados de la época, e inventó otra mixtificación de poesías de Catulo.

Marchena se refugió en Francia en la época revolucionaria, y estuvo en íntima relación con Marat y después con los Girondinos, actuando posteriormente como secretario del general Moreau en el ejército del Rin. Volvió a España en calidad de secretario de Murat (1808), y regresó nuevamente a Francia para reintegrarse, por último, a su patria al triunfar el movimiento liberal de 1820. «Las audacias de Marchena, dice Menéndez Pelayo, no fueron nunca literarias, sino sociales y religiosas. En literatura, su criterio era el de Boileau, y, por inverosímil que parezca, este hombre, que en más altas materias llevaba hasta la locura su ansia de novedades y sólo vivía del escándalo y por el escándalo, en materias de poesía era, como su maestro Voltaire, el más sumiso a los cánones de los preceptistas del siglo XVIII, el más conservador y retrógrado, y el más rabioso enemigo de los modernos estudios y teorías acerca de la belleza del arte: «esa nueva oscurísima escolástica con nombre de *Estética*, que califica de *romántico* o *novelesco* cuanto desatino la cabeza de un orate puede.» Marchena era el primero que pro-

nunciaba en castellano la palabra *Estética*, si bien para enjuiciarla. El, como todos los volterianos rezagados, era falsamente clásico, a la manera de José María Chénier o de La Harpe, y para él Racine y Molière eran las columnas de Hércules del arte» (1).

---

(1) *Historia de las Ideas estéticas en España*, ed. cit., página 454.

## EL HIPOCRITA

Traducida al español por D. José Marchena

### PERSONAS

DOÑA TECLA, madre de don Simplicio.  
DON SIMPLICIO, marido de doña Elvira.  
DOÑA ELVIRA, mujer de don Simplicio.  
DON ALEJANDRO, hijo de don Simplicio.  
DOÑA PEPITA, hija de don Simplicio.  
DON CARLOS, amante de doña Pepita.  
DON PABLO, cuñado de don Simplicio.  
DON FIDEL, hipócrita.  
JUANA, criada de doña Pepita.  
DON CELEDONIO, escribano.  
UN ALCALDE DE BARRIO.  
FELIPA, criada de doña Tecla.

*La escena es en Madrid, en casa de don Simplicio.*

### ACTO PRIMERO

#### ESCENA PRIMERA

DOÑA TECLA, DOÑA ELVIRA, DOÑA PEPITA, DON PABLO, DON ALEJANDRO, JUANA y FELIPA

DOÑA TECLA

Anda, Felipa, más vivo,  
Que me vea libre de ellos.

DOÑA ELVIRA

Tal paso lleva usted, madre,  
Que alcanzarla no podemos.

DOÑA TECLA

No te canses más, Elvira,  
En seguirme; cumplimientos  
Ya sabes que no me gustan.

DOÑA ELVIRA

Señora, aquí solo hacemos  
Lo que es nuestra obligación;  
¿Mas por qué con tal despecho  
Se va usted de nuestra casa?

DOÑA TECLA

Porque aguantar más no puedo  
Lo que en ella pasa; vaya,  
Esta casa es un infierno,  
Es un escándalo: nadie,  
Nadie sigue mis consejos;  
Sin respeto a los mayores,  
Cantando y hablando recio,  
Que parece una ginebra.

JUANA

Si...

DOÑA TECLA

Tú siempre andas metiendo  
En todo tu cucharada,  
Mas que nunca venga a cuento;  
Eres muy entremetida,  
Y charlas por cuatro.

DON ALEJANDRO

Pero...



## DOÑA TECLA

En una palabra, chico,  
 Tú no eres más que un tontuelo;  
 Mírame, que soy tu abuela,  
 Y te lo digo, y le tengo  
 Pronosticado a tu padre  
 Que tú has de ser con el tiempo  
 Una mala cabecilla,  
 Y darle mil sentimientos.

## DOÑA PEPITA

Pero, abuela...

## DOÑA TECLA

Nietecita,  
 Con los ojos en el suelo,  
 Que parece que no quiebras  
 Un plato; yo te prometo  
 Que más temo el agua mansa  
 Que la brava y, que te entiendo  
 Tus maulas.

## DOÑA ELVIRA

Madre, nosotros...

## DOÑA TECLA

Elvira, esto no va bueno,  
 Tu conducta no me gusta,  
 Tú debes darles ejemplo,  
 Como hacía la difunta,  
 De economía, de arreglo.  
 Tú, siempre el vestido rico,  
 Los moños, los embelecros.  
 La que a su marido quiere,  
 Y no trata de cortejos,  
 No anda tan engalanada.

## DON. PABLO

Señora, usted...



DOÑA TECLA

Caballero,  
 Como hermano de mi nuera  
 A usted estimo y respeto;  
 Mas si fuera su marido,  
 Le suplicara al momento  
 Que se plantara en la calle,  
 Y no volviera aquí dentro.  
 Usted profesa unas máximas  
 Que no agradan a los buenos;  
 ¿Qué quiere usted? Yo soy clara  
 Y digo aquello que siento.

DON ALEJANDRO

Solo don Fidel le peta  
 A usted, y no sé...

DOÑA TECLA

Es muy cierto;  
 Ese es un gusto: ¡ojalá  
 Que siguiérais sus consejos  
 Todos! Tú, como eres loco,  
 Siempre le andas zahiriendo;  
 Y a fe que me enfadas mucho.

DON ALEJANDRO

Pues cierto que fuera cuerdo  
 Aguantar que un mojigato  
 Hipocritón se haga dueño  
 De mi casa, y no podamos  
 Gozar ningún pasatiempo,  
 Sin pedirle antes licencia.

JUANA

Vaya; y si nos atenemos  
 A sus palabras, no hay cosa  
 En que no se ofenda al cielo;  
 Todo dice que es pecado.

DOÑA TECLA

Y dice muy bien el siervo  
De Dios; para ir a la gloria  
El camino es muy estrecho,  
Mi hijo le respeta y quiere;  
Sigán ustedes su ejemplo.

DON ALEJANDRO

No, abuela, padre ni nadie  
Logrará que tenga afecto  
A ese hombre yo, y mentiría  
Si dijera que le puedo  
Llevar en paciencia; en breve  
Tendremos un sentimiento,  
Si continúa el bribón  
Haciendo de amo aquí dentro.

JUANA

¿No es cosa que escandaliza  
Ver a un pobre pordiosero,  
Que cuando se metió en casa  
Estaba el maldito en cueros,  
Mandar, disponer de todo,  
Como si fuera él el dueño?

DOÑA TECLA

Pesia a mí, mejor irían  
Las cosas por los consejos  
De ese santo encaminadas.

JUANA

Usted cree que es muy bueno,  
Pero yo, que le conozco,  
Digo que es un embustero,  
Gazmoño...

DOÑA TECLA

¡Lengua maldita!

JUANA

Ni su criado Lorenzo  
Ni el amo son de fiar.

DOÑA TECLA

El criado, no me meto  
En averiguar si es malo;  
El amo sé que es muy bueno.  
Ustedes le quieren mal  
Porque no se anda en rodeos;  
Y reprehende sus vicios;  
Porque con un santo celo  
Defiende la ley de Dios,  
Y porque no es lisonjero  
Con el pecado.

JUANA

Está bien.  
¿Pero, por qué hace algún tiempo  
Que se pone dado al diablo  
Cuando viene alguien a vernos?  
¿De una visita inocente  
Acaso se enoja el cielo?  
Aquí para entre nosotros,  
El está de mi señora  
Enamorado y con celos.

DOÑA TECLA

Calla, calla, y mira bien  
Lo que hablas. El devaneo  
De mi nuera, las visitas,  
Tanto lacayo y cochero  
Ahí plantado, tanto coche  
A la puerta, dan perpetuo  
Pábulo a la murmuración  
De las gentes; yo bien creo  
Que no hay ofensa de Dios,  
Pero el escándalo es cierto.

## DON PABLO

A las lenguas maldicientes  
¿Quién puede poner silencio?  
Bueno sería, señora,  
Que con los que más queremos  
Riñéramos por temor  
De que murmuren los necios:  
Y ni aun así callarían.  
Señora, no nos curemos  
De lo que digan los tontos;  
Sigamos por el sendero  
Recto, y dejemos que el vulgo  
Hable cuanto quiera luego.

## JUANA

¿Si será nuestra vecina  
Alfonsa quien va diciendo  
Mal de nosotros? Bien puede,  
Porque siempre son aquellos  
Que tienen para callar  
Más motivos, los primeros  
Que tiran, y con más furia,  
La piedra al tejado ajeno.  
La amistad más inocente  
La convierten al momento  
En mala, y van pregonando  
Los imaginados yerros  
De los otros, que así esperan  
Encubrir los verdaderos  
Que ellos cometen, o acaso  
Disculpar sus desaciertos,  
Descargando en otros parte  
Del público vituperio  
Que se tienen granjeado.

## DOÑA TECLA

Nada de eso viene a cuento.  
Doña Ana, que es una santa,  
Que solo piensa en el cielo,

Habla mucho mal de ustedes;  
Y me lo han dicho sujetos  
Que la ven muy a menudo.

## JUANA

¡Buena autoridad por cierto!  
Verdad es que esa señora  
Sirve a Dios con mucho celo,  
Y que ha dejado del mundo  
Las pompas y devaneos;  
Pero ya el mundo le había  
Vuelto la espalda primero.  
Con sus reverendas canas  
Mal se avienen los contentos  
Mundanales, y ella quiere  
Con mentidos embelecocos  
De virtud y santidad  
Disimularnos del tiempo  
Los estragos: así son  
Tantos falsos beaterios.  
Se acaba la mocedad,  
Y con ella los cortejos:  
Tristes y desamparadas,  
¿Queda entonces otro medio  
Para no desesperarse  
Más que pensar en el cielo?  
Afectando austeridad,  
Y con semblante severo,  
Las nuevas santas censuran  
A las demás, reprendiendo  
Toda amistad inocente,  
Todo honesto pasatiempo;  
No por caridad cristiana,  
¿Qué es caridad? Ni por pienso:  
Por envidia solamente  
De que otras gocen contentos  
Que ellas disfrutaron antes,  
Mas que para siempre huyeron  
Con la juventud.

## DOÑA TECLA

Bien dicho.

*(A Elvira.)*

Elvira, estos son los cuentos  
Que te gustan; la criada  
Charlando siempre por ciento,  
Y los demás calladitos;  
Pero al fin, yo también quiero  
Hablar a mi vez, y digo  
Que nunca pudo haber hecho  
Mi Simplicio mejor cosa  
Que traer a casa un sujeto.  
Tan santo, y que aquí ha venido  
Por disposición del cielo  
Para llevarlos a ustedes  
Por el camino derecho  
De salvación, y sacarlos  
De pecado. Todos esos  
Bailes, festines, visitas,  
Comedias y otros festejos,  
Son invenciones del diablo,  
Con que procura perdernos.  
Jamás en ellos se escuchan  
Palabras santas, ni ejemplos  
Sacados de los sermones;  
Sino equívocos, requiebros,  
Y a veces murmuración  
Del prójimo; y del estruendo  
De estas diversiones salen,  
Hasta los hombres más cuerdos,  
Atontadas las cabezas,  
Oyéndose en un momento  
Veinte mil habladurías.  
Así dijo con acierto  
Un predicador muy grave,  
Que eran estos pasatiempos  
La torre de Babilonia,  
Porque babeaban por ellos  
Los tontos y los bolonios;  
Y para seguir mi cuento,

El predicador... Parece *(A don Pablo,)*  
 Que el señor se está riendo :  
 Vaya usted a buscar monos *(A doña Elvira.)*  
 Que le diviertan... No quiero  
 Hablar más; adiós, Elvira :  
 Di que me emplumen si vuelvo  
 A poner aquí los pies,  
 Aunque se juntara el cielo

*(Da una bofetada a Felipa.)*

Con la tierra... Anda, maldita :  
 ¡Qué sorna y qué contoneo!  
 Yo te enseñaré a que mires  
 Las musarañas, jumento :  
 Vamos, anda, aguja, vivo.

## ESCENA II

DON PABLO Y JUANA

DON PABLO

Vaya con Dios, que no quiero  
 Acompañarla, no sea  
 Que me diga otros denuestos.  
 Cuidado que la abuelita...

JUANA

Si se oyera llamar eso  
 Bueno le pusiera: vaya,  
 A usted dijera, a lo menos,  
 Que para llamarla abuela  
 No es tan vieja.

DON PABLO

¡Qué mal genio  
 Gasta, y qué pasión le tiene  
 A su don Fidel!



## JUANA

Pues eso

Es friolera comparado  
Con el loco devaneo  
De su hijo. Jamás se ha visto  
Tal manía en hombre cuerdo.  
En los pasados disturbios  
Se portó con mucho seso,  
Y se hizo estimar de todos,  
Sirviendo con mucho celo  
Al Rey contra los rebeldes;  
Mas desde que aquí tenemos  
A su amigo don Fidel,  
El juicio se le ha vuelto.  
A madre, hijos y mujer,  
Y a sí propio quiere menos  
que al hipocritón; de él solo  
Fía todos sus secretos;  
No hace cosa que no sea  
Dictada por su consejo;  
Le llama hermano, le abraza  
Y le besa, como un tierno  
Amante hiciera a su dama:  
En la mesa, el primer puesto  
Le ha de ocupar don Fidel.  
Se le cae la baba viendo  
Al puerco engullir por siete;  
Le hace el plato, y lo selecto  
Le aparta; y luego si eructa  
Le dice: *Dominus tecum*.  
En fin, loco está con él;  
Le mira como un perfecto  
Dechado; cita sus dichos  
Y sus obras por modelo  
De virtud y santidad,  
Y por reliquias me temo  
Que ha de adorar sus vestidos.  
Don Fidel, que le ve lelo,  
Y que quiere sacar baza,

Le engaña con embelecós;  
 Y aparentando virtud  
 Le sonsaca su dinero.  
 Riñe cuanto hacemos todos;  
 Hasta el bribón majadero  
 Del mozo también le imita,  
 Y hace de censor acerbo.  
 Ayer nos hizo el maldito  
 Mil pedazos un pañuelo  
 De mi señora que halló  
 Sobre un rosario, diciendo  
 Que las pompas del demonio  
 Era un pecado muy feo  
 El dejarlas en un sitio  
 Donde están cosas del cielo.

### ESCENA III

DOÑA ELVIRA, DOÑA PEPITA, DON ALEJANDRO,  
 DON PABLO Y JUANA

DOÑA ELVIRA (*A don Pablo.*)

Muy bien has hecho en quedarte,  
 Que allá fuera de improprios  
 Nos ha llenado. Mas voy  
 Al instante a mi aposento  
 A aguardar a mi marido,  
 Que ahí viene.

DON PABLO

Pues yo le espero  
 Aquí para hablarle a solas  
 Dos palabras, e irme luego.

## ESCENA IV

DON PABLO, DON ALEJANDRO Y JUANA

DON ALEJANDRO

Dígale usted por Dios, tío,  
 Que acelere el casamiento  
 De mi hermana; yo no sé,  
 Pero mucho me recelo  
 Que don Fidel pone estorbos  
 A unión que tanto deseo.  
 Si Carlitos y mi hermana  
 Se quieren, yo no estoy menos  
 Prendado de la hermanita  
 De Carlos, y este himeneo...

JUANA

Allí viene mi señor.

## ESCENA V

DON SIMPLICIO, DON PABLO Y JUANA

DON SIMPLICIO

Hermano, Dios te dé buenos  
 Días.

DON PABLO

Con bien él te traiga;  
 ¿El campo estará algo seco?

DON SIMPLICIO

Juana... (Permíteme, hermano,  
 Que me informe en un momento  
 De lo que 'aquí haya ocurrido.) (A Juana.)  
 ¿No hay cosa alguna de nuevo  
 Estos días que falto?  
 ¿Está todo el mundo bueno?

JUANA

Antes de ayer mi señora  
Tuvo un calenturón recio  
Con una fuerte jaqueca,  
Y un vómito muy violento.

DON SIMPLICIO

¿Y don Fidel?

JUANA

¡Don Fidel!

Gordo, colorado y fresco,  
Reventando de salud.

DON SIMPLICIO

¡Pobrecito!

JUANA

Y a más de esto  
Una gran inapetencia,  
Que fué tal, que no hubo medio  
De hacerla tomar ni un caldo  
Para conciliar el sueño.

DON SIMPLICIO

¿Y don Fidel?

JUANA

Dando gracias,  
Porque se lo daba, al cielo;  
Dos perdices estofadas  
Y una pierna de carnero  
Cenó, con frutas y dulces.

DON SIMPLICIO

¡Pobrecito!

JUANA

El crecimiento  
Le duró la noche entera,  
Y no hizo más que dar vuelcos

En la cama, sin pegar  
Los ojos ni aun un momento,  
Tanto que hubo que velarla.

DON SIMPLICIO

¿Y don Fidel?

JUANA

En un sueño  
Se llevó toda la noche,  
A pierna suelta durmiendo  
Mientras los demás velaban.

DON SIMPLICIO

¡Pobrecito!

JUANA

Al fin le hicieron  
Dos sangrías, y con ellas  
Se encontró aliviada luego.

DON SIMPLICIO

¿Y don Fidel?

JUANA

Por cobrar  
Bríos con el mal ajeno,  
Y recuperar la sangre  
Que perdió mi ama, su almuerzo  
Le hizo con medio jamón  
Y seis vasos de Burdeos.

DON SIMPLICIO

¡Pobrecito!

JUANA

Por fin ambos,  
Gracias a Dios, están buenos :  
Yo voy a decir al ama,  
Señor, con qué sentimiento  
Ha sabido usted su mal.

## ESCENA VI

DON SIMPLICIO Y DON PABLO

DON PABLO

Ya ves cual se está riendo  
 En tu presencia de ti,  
 Y tiene razón: no quiero  
 Enfadarte; ¿mas quién vió  
 Tal locura en hombre cuerdo?  
 ¿Te ha dado un hechizo acaso  
 Don Fidel, que, no contento  
 Con traértele a tu casa,  
 Y sacarle del extremo  
 De miseria en que se hallaba,  
 Dejas por él todo, y luego?...

DON SIMPLICIO

Vete poco a poco, hermano;  
 No le conoces, por eso  
 Hablas así.

DON PABLO

Norabuena;  
 No sé quién es, mas sospecho  
 Lo que puede ser.

DON SIMPLICIO

Ah, Pablo,

¡Qué rico tesoro tengo  
 En él! Si le conocieras  
 Me lo dirías: ¡qué bueno,  
 Qué virtuoso, qué santo!  
 Un hombre... vaya, no puedo  
 Encarecértelo; un hombre...  
 Quien escucha sus consejos  
 Siempre vive en paz profunda,  
 Nada turba su sosiego,  
 Y mira todo este mundo

Como un puñado de estiércol.  
Yo con su conversación  
Estoy hecho un hombre nuevo :  
Me he desprendido de todos  
Mis amigos y mis deudos ;  
Hijos, hermanos, mujer,  
Y madre, si en un momento  
Se murieran a mi vista,  
No me importara ni un bledo.

DON PABLO

Son afectos muy humanos.

DON SIMPLICIO

¡Válgame Dios, cuando pienso  
En cómo le conocí,  
Todavía me enternezco!  
No faltaba ningún día  
De la iglesia; muy modesto  
Se ponía de rodillas  
Junto a mí, mirando al suelo.  
Rezaba con un fervor  
Tan ardiente el Padre nuestro,  
Que hasta en el coro se oían  
Sus gritos y sus lamentos,  
Y con mucha devoción  
Mil veces besaba el suelo.  
Al salir, siempre me daba  
Agua bendita en el hueco  
De su mano; su criado,  
Que era imitador perfecto  
De su devoción, me dijo  
Quién era muy por extenso,  
Y el estado de miseria  
En que estaba; yo sabiendo  
Su necesidad le daba  
Limosna; mas él modesto  
Decía: *La mitad sobra;*  
*Ah, señor, yo no merezco*  
*Tanta piedad;* y si no

Se lo tomaba, iba luego  
 A repartirlo a los pobres  
 En mi presencia, con esto  
 Me tocó el cielo, le traje  
 A mi casa, y satisfecho  
 Vivo con su compañía,  
 Cual no podré encarecerlo.  
 Lo corrige y lo censura  
 Todo, y seis veces más celos  
 Tiene de mi mujer propia  
 Que yo mismo (no exagero),  
 Y me avisa si sospecha  
 Que alguien le dice requiebros :  
 ¡ Tanto le duele mi honor !  
 Pero su devoto celo  
 Es ya tan escrupuloso,  
 Que el defecto más ligero  
 En que incurra, le parece  
 Grave ofensa contra el cielo.  
 Seis días ha le picó  
 Una pulga estando haciendo  
 Oración mental, y al punto  
 Con mil lloros y lamentos  
 Se acusó de que la había  
 Muerto con mucho despecho.

## DON PABLO

Sin duda te estás burlando,  
 O bien has perdido el seso :  
 Vive Dios que tal locura...

## DON SIMPLICIO

Hermano, vamos con tiento,  
 Que eso es hablar con muy poca  
 Religión ; y yo me temo  
 Que has de tener que sentir,  
 Y que el castigo del cielo  
 Te ha de coger algún día.



## DON PABLO

Ese estribillo perpetuo  
No se os cae de la boca ;  
Porque vosotros sois ciegos  
Pensáis que somós impíos  
Todos cuanto claro vemos.  
Quien desprecia a los gazmoños  
Y sus vanos embelecós,  
Se os figura que a las cosas  
Santas no tiene respeto.  
Mas todos esos discursos  
Nunca me han metido miedo :  
Dios, que ve los corazones,  
Bien sabe cómo yo pienso.  
Yo no me dejo engañar  
De esos viles embusteros  
Que afectan la devoción,  
Como otros fingen denuedo.  
Así como los valientes  
Nunca se jactan de serlo,  
Tampoco afectan piedad  
Los devotos verdaderos.  
Mas tú confundes, hermano,  
Al hipócrita embustero  
Con el amigo de Dios,  
Venerando al fariseo,  
Cual debieras al apóstol.  
Los que mienten santo celo  
En vez de oro nos dan plomo,  
Y son unos monederos  
Falsos de la religión,  
Que seducen a los necios  
Con sus fingidas virtudes  
Y con su lenguaje artero.  
No, hermano, de la razón  
La moderación es sello,  
Y sello característico,  
Como del vicio el exceso :  
Quien la exagera la estraga :  
Baste por ahora.

## DON SIMPLICIO

Cierto :

Como tú eres un doctor  
De la Iglesia, un estupendo  
Teólogo, el Caton del mundo,  
Y somos locos y necios  
Los demás, escucharé  
Con humildad tus consejos,  
Y haré lo que tú me digas.

## DON PABLO

No, hermano, yo no pretendo  
Ser doctor, ni saber más  
Que los otros; pero pienso  
Que sé distinguir el grano  
De la paja, el oro terso  
De la alquimia vil, y cuanto  
A los justos reverencio,  
Execro la hipocresía;  
Y como no hay en el suelo  
Cosa más noble que el santo  
Celo y el fervor sincero,  
Tampoco la hay más odiosa,  
Ni más digna de desprecio,  
Que la infame hipocresía,  
Que ese farisaico celo  
De los torpes histriones  
De virtud el sacrilegio  
De su falsa devoción,  
Que cubriendo con el velo  
De la religión sagrada  
La sentina de su pecho,  
Abusan del nombre santo  
De Dios, y compran a precio  
De su mentida piedad,  
Honras, cargos, y el respeto  
Del pueblo y de los magnates;  
Que aspirar fingen al cielo  
Para granjear riquezas,

Y que, anacoretas nuevos,  
En los empleos más altos  
Predican el menosprecio  
De las pompas mundanales,  
Y en palacio hablan del yermo;  
La hiel en el corazón,  
La miel en el labio; arteros,  
Implacables enemigos  
De los hombres de talento,  
Que motejan como impíos;  
Y siempre el puñal blandiendo  
De sus viperinas lenguas,  
Asesinan los perversos  
Con capa de religión.  
Pero la vista apartemos  
De estos devotos del siglo,  
Que son sepulcros infectos.  
Los que merecen el nombre  
De justos, los que de ejemplo  
Ilustres pueden servirnos,  
Los que veneran los buenos,  
No ostentan esa bambolla  
De religión y de celo;  
A nadie acusan de impío;  
Ruegan a Dios que al sendero  
Recto traiga al pecador;  
No corrigen con acerbos  
Dicterios a sus hermanos;  
Reprehenden nuestros yerros  
Con su virtud acendrada;  
Y no creen de ligero  
Las apariencias del vicio  
En el prójimo, que el bueno  
No piensa mal de los otros:  
Fácilmente los ajenos  
Pecados los compadecen;  
Tienen aborrecimiento  
A la culpa y no al culpado,  
Sabido que agrada al cielo  
La humildad y la indulgencia,

Y que el justo no es soberbio.  
 Este es el original  
 Del cristiano verdadero ;  
 Y tu don Fidel en nada  
 Se parece a tal modelo ;  
 Tú de buena fe le alabas,  
 Pero en un falso concepto  
 Le tienes, su hipocresía  
 Con la virtud confundiendo.

DON SIMPLICIO

¿Has acabado ya, Pablo?

DON PABLO

Sí, ya acabé.

DON SIMPLICIO

Lo celebro.

Pues adiós.

DON PABLO

Aguarda un rato,  
 Que hablar de otra cosa quiero :  
 Bien sabes que don Carlitos  
 Anhela por ser tu yerno,  
 Y que tú le has prometido  
 Casarle con tu hija.

DON SIMPLICIO

Es cierto.

DON PABLO

Que está señalado el día.

DON SIMPLICIO

Todo es verdad.

DON PABLO

¿Y a qué efecto

Lo dilatas?

DON SIMPLICIO

No lo sé.

DON PABLO

¿Has mudado pensamiento?

DON SIMPLICIO

Puede ser.

DON PABLO

¿A tu palabra  
Faltar quieres?

DON SIMPLICIO

No digo eso.

DON PABLO

Yo no veo otro motivo  
Que ser pueda impedimento.

DON SIMPLICIO

Según.

DON PABLO

Expílicate, y deja  
Aparte tantos rodeos.  
Carlos me dijo que hablara  
Contigo.

DON SIMPLICIO

Gracias al cielo.

DON PABLO

¿Pero qué he de responderle?

DON SIMPLICIO

Lo que más te venga a cuento.

DON PABLO

¿Cómo he de decirle nada,  
Si no sé a qué estás resuelto?

DON SIMPLICIO

A hacer aquello que fuere  
La voluntad de Dios.

DON PABLO

Bueno;  
 ¿Pero cumples tu palabra?  
 O sí o no, sin más rodeos.

DON SIMPLICIO

Dios te guíe.

DON PABLO

Bueno vamos;  
 Que suceda un desmán temo  
 A su amor; quiero avisarle,  
 Y procurar el remedio.

## ACTO SEGUNDO

## ESCENA PRIMERA

DON SIMPLICIO Y DOÑA PEPITA

DON SIMPLICIO

Pepita.

DOÑA PEPITA

Padre.

DON SIMPLICIO

Más cerca,  
 Que quiero a solas hablarte.

DOÑA PEPITA

(*A don Simplicio que registra un gabinete.*)  
 ¿Qué mira usted?

DON SIMPLICIO

Es por ver  
 Si está escuchándonos alguien:  
 Para servir de escondite  
 Ese retrete es paraje  
 A propósito. Bien va,

Que no está figando nadie.  
 Pepita, yo sé que tienes  
 Una índole muy suave,  
 Y te he querido bien siempre  
 Por tu condición amable.

DOÑA PEPITA

Agradezco muy de veras  
 Tan tierno cariño, padre.

DON SIMPLICIO

Bien dicho; pero si quieres  
 Conservarle y aumentarle  
 Me has de procurar dar gusto.

DOÑA PEPITA

Así lo hago en todo lance.

DON SIMPLICIO

Hablas bien: y ¿qué me dices  
 De don Fidel?

DOÑA PEPITA

¿Quién? ¿Yo, padre?

DON SIMPLICIO

Tú: mira cómo respondes.

DOÑA PEPITA

¡Ay señor! Lo que gustare  
 Usted diré.

## ESCENA II

DON SIMPLICIO, DOÑA PEPITA, JUANA, *que entra en puntillas, y se pone detrás de don Simplicio, sin que éste la vea.*

DON SIMPLICIO

Así va bueno.

Di que te parece amable,

Que sus prendas te cautivan,  
 Que tiene cumplidas partes  
 Para marido, y que quieres  
 Que yo te mande al instante  
 Que le des mano de esposo,  
 Sin que un punto lo dilates.  
 ¡He!

DOÑA PEPITA

¡He!

DON SIMPLICIO

¿Qué es?

DOÑA PEPITA

¿Cómo?

DON SIMPLICIO

¿Qué dices?

Habla.

DOÑA PEPITA

Temo equivocarme.

DON SIMPLICIO

¿Y por qué?

DOÑA PEPITA

¿Quién quiere usted  
 Que le diga que es amable  
 A mis ojos, que cautiva  
 Mi pecho, y que usted me mande  
 Que le dé mano de esposo?

DON SIMPLICIO

Don Fidel.

DOÑA PEPITA

¡Qué disparate!  
 ¿Si eso no es cierto, a qué viene  
 Decir mentira tan grande?



DON SIMPLICIO

Yo quiero que sea cierto,  
Y breve, y sin replicarme.  
Que lo tengo así dispuesto,  
Y mi orden debe bastarte.

DOÑA PEPITA

¿Quiere usted, padre?...

DON SIMPLICIO

Sí; quiero

Sin tardanza emparentarme  
Con don Fidel, siendo tú  
Su esposa. *(Viendo a Juana.)*

Di, ¿qué es lo que haces  
Plantada ahí? Pues me gusta,  
Y cierto que es admirable  
La curiosidad, oyendo  
Lo que decimos: el lance  
Está bueno.

JUANA

Yo no sé  
Si es un rumor en el aire,  
O si tiene fundamento;  
Pero me hablaron denantes  
De estas bodas, y yo dije  
Que era mentira al instante.

DON SIMPLICIO

¡Hola! ¿Con que no lo crees?

JUANA

Ni aunque me lo digan frailes  
Descalzos, ni se lo creo  
A usted propio. ¡Disparate!

DON SIMPLICIO

Pues yo te haré que lo creas.

JUANA

Usted quiere chancearse.

DON SIMPLICIO

Pronto veremos si es cierto.

JUANA

¡Cuento!

DON SIMPLICIO

Pues no es por burlarme  
Lo que digo; no, hija mía.

JUANA

No haga usted caso de padre,  
Señorita.

DON SIMPLICIO

¿Cómo que?...

JUANA

Si se cansa usted en balde,  
Que no queremos creerle.

DON SIMPLICIO

Si me enfado, voto a sanes...

JUANA

Norabuena: le creemos,  
Para que usted no se enfade;  
¿Pero no es una vergüenza  
Que un hombre maduro, grave,  
Con la coleta tan larga,  
Tenga tan pocos alcances,  
Que tome empeño en casar  
Con un drope despreciable  
A su hija? Y que...

DON SIMPLICIO

Escuchã, Juana:

Tú te tomas facultades  
Que no me gustan; ¿me entiendes?

JUANA

Señor, por Dios no se enfade  
Usted, y dígame en plata :  
¿Piensa que debe casarse  
La niña con un beato?  
¿No ve usted cuánto más vale  
Que piense en la gloria? ¿Y no es  
Cargo de conciencia darle  
Una muchacha tan rica  
A un mendigo miserable,  
Como don Fidel?

DON SIMPLICIO

Si es pobre,

Su inteligencia respetarse  
Debe más que la opulencia  
De ciento que papel hacen  
En el siglo : no cuidando  
De los bienes temporales,  
Le privaron de la herencia  
Que le dejaron sus padres  
Los malvados ; pero yo  
Le daré la mano, y antes  
De mucho recobrará  
El lustre de su linaje,  
Y sus pingües mayorazgos ;  
Que es rico y de hidalga sangre  
Don Fidel.

JUANA

Así lo dice

El ; pero el hacer alarde  
De hidalguía mal se aviene  
Con la humildad, ni ensalzarse  
Debe nunca un buen cristiano  
Por ser de noble linaje.  
Hijos de Dios somos todos ;  
La soberbia perdió al ángel,  
Y... pero usted se incomoda ;  
Dejemos su cuna aparte,

Y hablemos de su persona.  
 ¿No fuera escándalo y grande  
 Que a muchacha tan bonita  
 Llevara hombre semejante?  
 ¿Qué no dirían las gentes?  
 ¿No serían de este enlace  
 Las que entender no se excusan  
 Consecuencias muy probables?  
 Mucho arriesga la virtud  
 De una niña en dar al traste,  
 Cuando sus inclinaciones  
 Así las fuerzan sus padres;  
 La honradez de la mujer  
 Pende, señor, en gran parte  
 De las prendas o defectos  
 Del marido que le cabe.  
 Maridos conozco yo  
 Que el buz la gente les hace,  
 Y ellos se tienen la culpa  
 De que se anden sus mitades  
 Como Dios quiere, que al fin  
 Las mujeres son de carne;  
 Y hay hombres de tal calaña,  
 Tan raros y originales,  
 Que serles fieles sería  
 Tener la virtud de un ángel.  
 Quien da su hija a tal esposo  
 Es ante Dios responsable  
 De los yerros que cometa  
 Hasta el día que enviudare.

DON SIMPLICIO

¿No sé yo mi obligación,  
 Que vienes ahora a darme  
 Lecciones?

JUANA

Y más valiera  
 Que usted las tomara.

DON SIMPLICIO

Baste:

No malgastemos el tiempo  
En oír sus necedades.  
Yo sé lo que te conviene,  
Y lo miro como padre.  
Es muy cierto que a don Carlos  
Dí palabra de casarte  
Con él; mas luego he sabido  
Que es jugador, y si vale  
Decir verdad, mal cristiano.  
Nunca he podido encontrarle  
En sermones, en novenas,  
En jubileos, ni en salves.

JUANA

Eso faltara, que fuera  
A la propia hora a toparse  
Con usted, como hacen otros.

DON SIMPLICIO

Lo que te digo es que calles;  
Nadie te pregunta nada.  
Por fin, el otro es un ángel,  
Un amigo verdadero  
De Dios; y de celestiales  
Gustos será su himeneo  
Un manantial abundante.  
Viviréis como angelitos,  
Como tórtolas amantes,  
Entre cariños y arrullos,  
Sin contiendas ni debates,  
Y harás de él lo que quisieres.

JUANA

¿De él? Lo que hará es un cofrade  
De San Marcos.

DON SIMPLICIO

¡Hay tal pico!

JUANA

Si es su estrella irremediable,  
Si no puede ser por menos,  
Señor, ni hay virtud que baste  
A no meterle en el gremio.

DON SIMPLICIO

Ya te he dicho que te calles,  
Y no metas tu cuchara  
Donde no te llama nadie.

JUANA

Yo hablo por su bien de usted.

DON SIMPLICIO

Mi bien no te importa; no hables  
Más palabra.

JUANA

Si no fuera  
Por la ley que tengo.

DON SIMPLICIO

Dale;  
No quiero que me la tengas.

JUANA

No, señor, que aunque usted rabie  
Le quiero tener ley.

DON SIMPLICIO

¡Oigan!

JUANA

Y no he de consentir que ande  
En lenguas su honor de usted  
Por tamaño disparate.

DON SIMPLICIO

¿Con que, ello, no has de callar?

JUANA

No señor, porque se me hace

A fe cargo de conciencia  
Sufrir boda semejante.

DON SIMPLICIO

Calla, diablo, que el infierno  
Envió para tentarme.

JUANA

¿Usted es santo y se enfada?

DON SIMPLICIO

Y mucho. No has de chistarme,  
O yo te haré que obedezcas  
Lo que te mando.

JUANA

Aunque calle  
No dejaré de pensar  
Que es solemne disparate  
Este matrimonio.

DON SIMPLICIO

Piensa

Lo que quieras, y no me hables...

*(Ap. a su hija.)*

Con madurez lo he mirado,  
Y te conviene este enlace.

JUANA

*(Ap.)* Rabiando estoy por hablar.

DON SIMPLICIO

No es de las más agradables.  
Su figura, mas tampoco  
Es de las más repugnantes...

JUANA

*(Ap.)* Sí; cara tiene de mico.

DON SIMPLICIO

Y cuando no te gustare  
Su facha...

JUANA

(Ap.) La lotería  
 Con estas bodas le cae.  
 (Don Simplicio se vuelve hacia Juana, y la  
 está escuchando con los brazos cruzados y mi-  
 rándole de hito en hito.)

Si estuviera en el pellejo  
 De la niña y de este enlace,  
 A fe de quien soy, no había  
 El muy drope de alabarse.  
 No bien fuera su mujer,  
 Cuando supiera vengarme.

DON SIMPLICIO (A Juana.)

¿Con que, ello, no se hace caso  
 De lo que yo digo? ¡Es lance!

JUANA

¿Quién hablaba con usted?

DON SIMPLICIO

¿Pues con quién hablabas antes?

JUANA

Conmigo propia.

DON SIMPLICIO

Está bien.

(Ap.) Un bofetón he de darle  
 Para castigar su mucha  
 Desvergüenza... Que te cases

(Se dispone a dar una bofetada a Juana, y a  
 cada palabra que dice a su hija se vuelve a  
 mirar si aquella habla. Juana se está quieta  
 y sin despegar los labios.)

Con don Fidel he resuelto,  
 Y que se haga lo más antes  
 Esta boda. ¿En qué consiste,  
 Juana, que contigo no hables?

(A Juana.)

JUANA

No tengo más que decirme.



DON SIMPLICIO

Una palabrita.

JUANA

Dale:

No me da gana.

DON SIMPLICIO

Atisbando

Me estaba.

JUANA

Sí; a buena parte.

DON SIMPLICIO

En fin, hija, sé obediente,  
Cásate con él, y dame  
Gusto.

JUANA

*(Huyendo a toda carrera.)*

Yo no me casara

Aunque viva me majasen.

DON SIMPLICIO

*(Después de haber querido dar un bofetón a  
Juana y darle en vago.)*

Tienes contigo un demonio  
Del infierno; que me maten  
Si puedo un punto con ella  
Vivir sin desesperarme,  
Y sin ofender a Dios.  
Me voy a tomar el aire;  
Porque estoy tan irritado  
Que me temo que ha de darme  
Un tabardillo pintado.



## ESCENA III

DOÑA PEPITA Y JUANA

JUANA

¿Está usted muda? ¿O qué diantre  
 Le sucede, que me deja  
 que yo responda a su padre,  
 Como si debiera yo  
 Con don Fidel desposarme?  
 Estoy tonta: ¡a tal locura  
 Ni siquiera replicarle!

DOÑA PEPITA

¿Qué querías tú que hiciera  
 En tan apretado trance?

JUANA

Todo lo que es necesario  
 Para precaver tan grande  
 Disparate.

DOÑA PEPITA

¿Qué?

JUANA

Decirle

Que nunca las voluntades  
 Se llevan unas por otras,  
 Que quien se casa no es padre,  
 Sino usted, y que por tanto  
 Un novio que no le agrade  
 A usted no ha de ser su esposo;  
 Que pues tanto elogio le hace  
 De su don Fidel, bien puede,  
 Si quiere, con él casarse  
 Mi amo, sin que impedimento  
 Le ponga usted por su parte;  
 Que quiere usted novio a gusto.

DOÑA PEPITA

Si tiene en las voluntades  
Tal dominio un padre siempre,  
Que no acerté a replicarle.

JUANA

Poco a poco: don Carlitos  
Quiere bien, y usted lo sabe.  
Claro: ¿usted le quiere o no?

DOÑA PEPITA

¡Qué extraña pregunta me haces!  
¿No te lo he dicho cien veces?  
¿No te he descubierto ya antes  
Mi pecho otras cien? ¿No  
Conoces mi amor constante?

JUANA

¿Y qué sé yo si la lengua  
Mintió, o si usted a olvidarse  
Ha llegado de él?

DOÑA PEPITA

¡Yo, Juana!  
¿Cómo tanto agravio me haces?  
¿No te he dicho que le adoro?  
¿No lo has visto? ¿No lo sabes?

JUANA

¿Con que usted lo quiere?

DOÑA PEPITA

Más  
Que cuanto puedo explicarte.

JUANA

¿Y él la quiere a usted también?

DOÑA PEPITA

Eso no puede dudarse.

JUANA

¿Y ustedes, ambos anhelan  
Porque cuanto antes les casen?

DOÑA PEPITA

Cierto.

JUANA

¿Y qué resuelve usted  
Hacer con ese danzante  
De don Fidel? Con entrambos  
No es posible desposarse.

DOÑA PEPITA

Antes quitarme la vida.

JUANA

El remedio es admirable;  
Así se sale de todo,  
Y por camino suave:  
No hubiera yo dado en ello...  
Vaya, me llevan mil diantres  
Cuando oigo tales respuestas.

DOÑA PEPITA

¡Qué condición de vinagre  
Tienes! ¡Me ves apurada,  
Y en tan apurado trance  
Ni te dueles de mi suerte!

JUANA

¡Dolerme de quien no sabe  
Chistar cuando llega el caso,  
Y habla, después, de matarse,  
Y dice mil tonterías!

DOÑA PEPITA

Si tengo miedo a mi padre.

JUANA

El amor quiere entereza.

## DOÑA PEPITA

¿Pues qué, no soy yo constante?  
¿No toca a Carlos hacer  
Mi padre con él me case?

## JUANA

Y si su padre de usted  
Es un terco sin alcances,  
Que se mete en la cabeza  
Que usted ha de desposarse  
Con don Fidel, y no cumple  
Lo que prometió a su amante,  
¿Qué culpa tiene don Carlos?

## DOÑA PEPITA

¿Cómo quieres que declare  
Que don Fidel me repugna,  
Sin respetar a mi padre,  
Y olvide el pudor del sexo,  
Para que las gentes hablen,  
Y de niña antojadiza  
Y desenvuelta me traten?

## JUANA

No quiero tal; no por cierto:  
Si usted pretende casarse  
Con don Fidel, ¿quién lo estorba?  
Fuera mucho disparate.  
Es un sujeto de prendas  
Don Fidel: y muy amable,  
¡Todo un don Fidel! ¡No es nada!  
¡Un personaje tan grave!  
Reciba usted, señorita,  
Mi parabien del enlace.  
¡Cuánto lo celebraríamos  
Todos! Y hemos de llevarle  
En palmas; ¡si es mucho cuento!  
Buen mozo, de ilustre sangre,  
La cutis muy reluciente,  
Orejas como un tomate.

¡Qué dicha la de vivir  
Con marido tan amable!

DOÑA PEPITA

¡Dios mío!

JUANA

¡Con qué alegría  
Oirá usted que la llamen  
La Fidela! ¿No es verdad?

DOÑA PEPITA

Por Dios, Juana, no me mates  
Con tus razones, y dime  
De qué modo he de zafarme  
De este odioso casamiento,  
Que haré cuanto tú me mandes.

JUANA

No, señorita; que es justo  
Que las hijas a sus padres  
Obedezcan aunque quieran  
Que con un jimio se casen.  
¿Y de qué se queja usted?  
En breve irá usted muy grave  
Con su esposo a Ciempozuelos,  
Que es su pueblo; y el alcalde  
Vendrá a recibir a ustedes;  
En pos de él los principales  
Personajes del lugar:  
El escribano, el sochantre,  
El dómine y el barbero  
Darán a ustedes un baile,  
Donde estarán las señoras  
Con vuelos angelicales.  
Habrá hipocrás, limonada  
Y barquillos, sin que falte  
Tamboril, gaita gallega,  
Y barberillo que cante  
Las seguidillas boleras.  
¡Con qué salero y donaire!

DOÑA PEPITA

Tú quieres que yo me muera ;  
Por Dios te pido me saques  
De este ahogo.

JUANA

Y en poca agua.

DOÑA PEPITA

Juana, por Dios.

JUANA

¡Que me place!

Con eso aprenderá usted  
A dejar de ser cobarde.

DOÑA PEPITA

¡Juana de mi corazón!

JUANA

Que no.

DOÑA PEPITA

Si mis ruegos valen  
Algo contigo...

JUANA

Está echado

El fallo, y ha de casarse  
Usted con don Fidel.

DOÑA PEPITA

Juana,

Mira cómo lloro, dame  
Consejo.

JUANA

¿Pues la Fidela

No es nombre muy apreciable?

DOÑA PEPITA

En fin, pues mi triste suerte  
No ha conseguido ablandarte,  
Yo sé un remedio infalible  
Para salir de mis males,  
Y mi desesperación

Muy breve sabrá tomarle.  
(Doña Pepita se quiere ir, y Juana la detiene.)

JUANA

Venga aquí usted, señorita.  
Fuerza será me apiade,  
Y que me duela su pena.

DOÑA PEPITA

Mira, Juana, si adelante  
Pasa mi padre en su empeño,  
El pesar ha de acabarme.

JUANA

Con maña se encuentra al cabo  
Remedio a todos los males;  
Ya le buscaremos... Pero  
Ahí tiene usted a su amante.

#### ESCENA IV

DON CARLOS, DOÑA PEPITA Y JUANA

DON CARLOS

Señorita, una noticia  
Me dan ahora en la calle,  
Que es ciertamente plausible.

DOÑA PEPITA

¿Y cuál?

DON CARLOS

Que va a desposarse  
Don Fidel con usted.

DOÑA PEPITA

Eso

Lo ha dispuesto así mi padre.

DON CARLOS

¡Su padre de usted!



DOÑA PEPITA

No quiere

Ya que con usted me case,  
Y me propone esta boda.

DON CARLOS

¿De veras?

DOÑA PEPITA

Y tanto, que hace  
Para que yo venga en ello  
Esfuerzos muy eficaces.

DON CARLOS

¿Y qué piensa usted hacer?

DOÑA PEPITA

¡Qué sé yo!

DON CARLOS

Pues muy buen lance  
Hemos echado a fe mía.  
¿Con que usted aún no lo sabe?

DOÑA PEPITA

No.

DON CARLOS

¿No?

DOÑA PEPITA

Déme usted consejo.

DON CARLOS

Mi consejo es que se case  
Usted con ese hombre al punto.

DOÑA PEPITA

¿Quiere usted?

DON CARLOS

¿Qué duda cabe?

DOÑA PEPITA

¿De veras?

DON CARLOS

¿Quién lo pregunta?  
 ¿Pues dónde pudiera hallarse  
 Esposo con tantas prendas?

DOÑA PEPITA

Si usted aprueba este enlace,  
 Yo también.

DON CARLOS

Ya me parece  
 Que lo aprobaba usted antes,

DOÑA PEPITA

Celebro infinito, Carlos,  
 Que sea usted de ese dictamen.

DON CARLOS

Sí, señora;  
 Que le es a usted agradable.

DOÑA PEPITA

Pues yo por dar a usted gusto  
 Pienso seguirle al instante.

JUANA

*(Retirándose al fondo del teatro.)*

Veamos en lo que para.

DON CARLOS

¡Que así una falsa me engañe!  
 ¡Que así me fingiera amor!

DOÑA PEPITA

Hablar más de eso es en balde;  
 Usted me ha dicho que debo  
 Con don Fidel desposarme,  
 Y yo sigo sus consejos,  
 Y le declaro que a darle  
 La mano al otro estoy pronta.

DON CARLOS

Señorita, no se canse  
 Usted en dar por disculpa

Que yo lo aconsejo; acabe  
De confesar que estas bodas  
Le petan.

DOÑA PEPITA

Si así le place  
A usted, lo confesaré.

DON CARLOS

Y que su pecho inconstante  
Jamás me quiso de veras.

DOÑA PEPITA

Aquello que más le agrade  
Puede usted pensar.

DON CARLOS

Sí, sí;  
Mas de un agravio tan grande  
Yo me vengaré, y acaso  
Por no sufrir tal desaire,  
A otra le daré mi mano,  
Que sé que no ha de faltarme  
Quien me quiera dar consuelo.

DOÑA PEPITA

¿En eso qué duda cabe?  
¡El mérito que le adorna  
A usted es tan relevante!...

DON CARLOS

Bien sé que valgo muy poco;  
Mas dejemos eso aparte,  
Bien claro lo prueba usted,  
Pero sin hacer alarde  
De mis prendas, puede ser  
Que halle mujer más constante  
Que a mi obsequio corresponda.

DOÑA PEPITA

Y de mí, como mudable,  
Se olvidará usted muy breve.

DON CARLOS

O procuraré olvidarme  
 A lo menos; quien desecha  
 Amor tan fino y constante  
 Merece que su desdén  
 Con mayor desdén se pague.  
 Si no es posible borrar  
 En el corazón su imagen,  
 Fuera a lo menos vileza  
 Seguir mostrándose amante  
 De quien así corresponde.

DOÑA PEPITA

Me parece muy loable  
 Resolución tan heroica.

DON CARLOS

Y todos han de alabarme.  
 ¿O quisiera usted acaso  
 Que con ánimo cobarde  
 La viera pasar a brazos  
 Ajenos; y yo constante,  
 Adorando sus desprecios,  
 No pensara en consolarme  
 Con dama menos ingrata?

DOÑA PEPITA

¿Yo he dicho tal disparate?  
 Lo único que a mí me pesa  
 Es que no esté hecho.

DON CARLOS

Al instante  
 Lo haré, si usted me lo manda.

DOÑA PEPITA

Vaya usted; por mí ya es tarde.

DON CARLOS

Voyme, ingrata, que ya es mucha  
 Paciencia a tanto desaire.

*(Da un paso hacia la puerta.)*

DOÑA PEPITA

Bien está.

DON CARLOS. (*Volviéndose atrás.*)

Acuérdese usted  
De los agravios y ultrajes  
Con que me forzó a dejarla.

DOÑA PEPITA

Ya.

DON CARLOS. (*Volviéndose otra vez atrás.*)

Ejemplo de ser mudable  
Me dió usted.

DOÑA PEPITA

Sí; yo le he dado.

DON CARLOS. (*A la puerta.*)

Será usted servida; baste.

DOÑA PEPITA

Eso quiero yo.

DON CARLOS. (*Volviéndose atrás otra vez.*)

En mi vida

No he de volver a acordarme  
De usted, ni a verla.

DOÑA PEPITA

Bien hecho.

D. CARLOS. (*Volviendo la cara cuando va a salir.*)

¿Eh?

DOÑA PEPITA

¿Qué?

DON CARLOS

Puede que me engañe.

¿Llamaba usted?

DOÑA PEPITA

¡Yo!, usted sueña.

DON CARLOS

Salgo al fin de estos umbrales

Para siempre. Adiós.

(*Se va muy despacio.*)

DOÑA PEPITA

Abur.

JUANA. (*A doña Pepita.*)

Parece escena de orates.  
 ¿Pierden ustedes el seso?  
 Nunca vi dos locos tales.  
 Yo los dejaba por ver  
 En qué pararía el lance.  
 Oiga usted, caballero.

(*Coge a don Carlos por un brazo.*)

DON CARLOS. (*Haciendo que se resiste.*)  
 Haz el favor de soltarme.

JUANA

Venga usted aquí.

DON CARLOS

No, no;

Bien has visto sus desaires.  
 Estoy resuelto a dejarla.

JUANA

Poco a poco.

DON CARLOS

No te causes,

Que no he de verla jamás.

JUANA

¡Por vida!...

DOÑA PEPITA

No quiere hablarme:

Yo me iré.

JUANA

(*Dejando a don Carlos y corriendo tras de doña  
 Pepita.*)

¿Dónde va usted?

Esta es otra.

DOÑA PEPITA

Suelta.

JUANA

Dale.

DOÑA PEPITA

No pienses en detenerme.

DON CARLOS

(*Ap.*) Ya veo yo que es en balde  
Estarme aquí, que mi vista  
La incomoda, y evitarle  
Quiero, con irme, su pena.

JUANA

(*Dejando a doña Pepita y corriendo tras de don Carlos.*)

Ya escampa: es cosa del diantre.

¡Otra vez! ¿Quieren ustedes

Venir aquí? ¡Voto a sanes!

(*Coge a don Carlos y a doña Pepita y los trae por la mano.*)

DON CARLOS. (*A Juana.*)

¿Qué intentas?

DOÑA PEPITA. (*A Juana.*)

¿Qué es lo que quieres?

JUANA

Lo primero hacer las paces,

Y después encontrar medio

Para salir de este trance.

¿Está usted en su juicio? (*A don Carlos.*)

DON CARLOS

¿Pues no has visto sus desaires?

JUANA. (*A doña Pepita.*)

¿Si usted no ha perdido el seso,

A qué ha venido enfadarse?

DOÑA PEPITA

¿No has visto con qué insolencia

Me ha tratado?

JUANA

Necedades

De entrambos. No quiere. (*A don Carlos.*)

Ni nunca querrá otro amante.

Yo lo juro en mi conciencia...

Don Carlos no obsequia a nadie

(*A doña Pepita.*)

Sino a su Pepita, nada

Tanto anhela, como darle

La mano; yo así lo fío.

DOÑA PEPITA. (*A Juana.*)

¿A qué viene aconsejarme

Que me despose con otro?

DON CARLOS. (*A Juana.*)

¿Y en un caso semejante,

Por qué ella me lo pregunta?

JUANA

Locura por ambas partes.

Vaya; dense ambos las manos.

Traiga usted sin replicarme.

(*A don Carlos.*)DON CARLOS. (*Alargando la mano a Juana.*)

¿Para qué quieres mi mano?

JUANA. (*A doña Pepita.*)

La de usted.

DOÑA PEPITA. (*Alargando también la suya.*)

Si eso no vale

Nada.

JUANA

Vamos, aquí entrambas:

Si todavía no saben

Ustedes cuánto se quieren.

(*Doña Pepita y don Carlos están un poco de tiempo agarrados de las manos, sin mirarse uno a otro.*)



DON CARLOS. (*Volviéndose a doña Pepita.*)

¿Que no quiere usted mirarme?

¿Aún no se acabó el enfado?

(*Doña Pepita se vuelve a mirar a don Carlos sonriéndose.*)

JUANA

¡Qué locos son los amantes!

DON CARLOS. (*A doña Pepita.*)

¿Pero no tengo motivos,

Diga usted, para quejarme

Amargamente? ¡Que sea

Usted tan mala! ¡Un desaire

Tan cruel!

DOÑA PEPITA

Eso es; yo soy

La culpada en este lance.

¡Ingrato!

JUANA

Para otro tiempo

Dejemos esos debates,

Y tratemos de evitar

Este aborrecido enlace.

DOÑA PEPITA

Dinos lo que hemos de hacer.

JUANA

No hay para qué atosigarse,

Remedio habrá para todo.

Mi amo no sabe lo que hace;

No puede ser lo que intenta.

Usted haga por llevarle, (*A doña Pepita.*)

La corriente, aparentando

Que está pronta a desposarse

Con su don Fidel, porque

De ese modo no se escame,

Y acelere el matrimonio;

Que como éste se dilate,

Ya encontraremos salida.

Ya dice usted a su padre

Que se le anda la cabeza,  
 Que la jaqueca le parte  
 Las sienes; luego otro día  
 Hace porque se derrame  
 La sal en la mesa, y grita:  
 ¡Qué agüero tan deplorable!  
 Ora sueña que en un pozo  
 De colodrillo se cae.  
 Por fin, lo mejor del cuento  
 Es que para desposarse  
 Ha de decir usted: *sí*,  
 Y como puede en el lance  
 decir: *no*, sin más trabajo,  
 No hay a fe por qué asustarse.  
 Lo que importa es que no vean  
 Juntos a los dos amantes  
 Por ahora... Salga usted. (*A don Carlos.*)  
 Señor galán, al instante,  
 Y vea a todos sus amigos,  
 Que de sus promesas hablen.  
 A mi amo y que le convenzan  
 Con razones eficaces.  
 Usted, señorita, al punto,

(*A doña Pepita.*)

Procure al tío empeñarle,  
 Y también a su madrastra,  
 Que la quiere como madre.

DON CARLOS. (*A doña Pepita.*)

Más del amor de usted fio,  
 Mi Pepita, que de nadie.

DOÑA PEPITA. (*A don Carlos.*)

Yo no sé cuál ha de ser  
 La voluntad de mi padre;  
 Mas a escoger otro dueño  
 Sé que no podrá forzarme.

DON CARLOS

¡Qué dulce es esa promesa  
 A mi corazón amante!

JUANA

No se hartarán de charlar,  
Aunque estén eternidades.  
Fuera, digo.

DON CARLOS. (*Volviéndose atrás.*)

En fin...

JUANA

¿Habrá

Palique toda la tarde?  
(*Juana los empuja por las espaldas, a uno por  
distinta parte, y los fuerza a que se separen.*)  
Vaya usted por esa puerta,  
Y usted por estotra parte.

## ACTO TERCERO

## ESCENA PRIMERA

DON ALEJANDRO Y JUANA

DON ALEJANDRO

Pártame un rayo del cielo,  
Pase yo plaza de indigno,  
De soez y dé cobarde,  
Si no hiciere un desatino  
Con ese infame echacantos.

JUANA

Conténgase usted por Cristo;  
Hasta aquí cuanto tenemos  
Aún no ha pasado del dicho,  
Y para llegar al hecho  
Mucho falta...

DON ALEJANDRO

¡Vil mendigo!

No tengas recelo, Juana,  
Yo le cortaré los bríos.

## JUANA

Gaste usted, por Dios, cachaza ;  
Que nunca por ser tan vivo  
Le quede títere a vida :  
Ya sabe usted el ahinco  
Con que su madrastra anhela  
A casar a don Carlitos  
Con Pepita, y que los ama  
Más que si fueran sus hijos  
A ustedes, que aunque muchacha  
Y hermosa, tiene juicio.  
Don Fidel se muestra siempre  
Con mi señora muy fino,  
Y hace cuanto ella le manda ;  
Yo sospecho, señorito,  
Que está enamorado de ella,  
Que fuera lance muy digno  
De contar : ello es que intenta  
Rogarle que del designio  
De dar la mano a Pepita  
Se desista, y que me ha dicho  
Que le cite en esta sala ;  
Yo me temo que el maldito  
Salga con una pamema.  
Todavía no he podido  
Verle, que dice el criado  
Que con pecho muy contrito  
Está en oración mental,  
E interrumpir ejercicio  
Tan santo fuera una acción  
Propia de Lucifer mismo.  
Yo he dicho que le esperaba  
Aquí ; con que, señorito,  
Marcharse y dejarme sola.

## DON ALEJANDRO

No me muevo de este sitio ;  
Que he de oír lo que responde.

JUANA

Vamos, no sea usted niño,  
Que conviene que estén solos.

DON ALEJANDRO

No chistaré.

JUANA

Si es delirio,  
Y no puede contenerse  
Usted; sálgase, le digo.

DON ALEJANDRO

Ya verás que no me enfado.

JUANA

¡Jesús, que ya viene! Vivo;  
Escóndase usted ahí.  
(*Don Alejandro se va a esconder a un gabinete  
que hay en el fondo del teatro.*)

## ESCENA II

DON FIDEL Y JUANA

DON FIDEL

(*Hablando en voz alta a su criado que está  
dentro así que ve a Juana.*)

Lorenzo, guarda el cilicio  
Con las disciplinas, si alguien  
Me busca, voy ahora mismo  
A visitar a los presos,  
Y dar a estos pobrecitos  
Lo que a mí me han entregado  
Devotos caritativos.

JUANA. (*Ap.*)

Baladrón de santidad.

DON FIDEL

Según Lorenzo me dijo  
Me llamaba usted: ¿qué quiere?

JUANA

Sólo decirle...

DON FIDEL

*(Sacando un pañuelo del bolsillo y tirándosele.)*

¡Dios mío!

Coja usted este pañuelo  
Antes de hablar más.

JUANA

No atino

Para qué.

DON FIDEL

Cubra ese pecho.

¡Jesús!, yo me escandalizo  
De verla tan inmodesta.  
Ese traje ya le he dicho  
Que es ocasión de pecado.

JUANA

Pues, por Jesucristo vivo,  
Que poco trabajo cuesta  
Al espíritu maligno  
Para hacer a usted pecar.  
No es mala ocurrencia; y digo,  
Aunque esté usted como estaba  
Adán en el paraíso,  
Quiero, si me tienta el diablo,  
Caerme muerta aquí mismo.

DON FIDEL

Hable usted con más modestia,  
O me iré.

JUANA

No, que yo digo

Mi recado en dos palabras:  
Mi ama quiere en este sitio  
Hablar con usted un rato.

DON FIDEL

¡Ay, con el alma!



EL HIPÓCRITA

JUANA

Está visto.

(Ap.) Ciertos son los toros; vamos.

DON FIDEL

¿Viene luego?

JUANA

Ahora mismo.

Mas ya está aquí; yo me voy.

ESCENA III

DOÑA ELVIRA Y DON FIDEL

DON FIDEL

Señora, el cielo propicio  
Salud espiritual  
Y corporal, como pido  
A Dios en mis oraciones,  
Aunque pecador indigno,  
A usted dé y de bienes colme  
Tan preciosa vida.

DOÑA ELVIRA

Estimo

Los buenos deseos de usted,  
Que me prueban su cariño.  
Sentémonos y estaremos  
Mejor.

DON FIDEL. (Sentado.)

¿Quedan aún vestigios

Del mal de usted?

DOÑA ELVIRA. (Sentada.)

No, señor.

Como si no hubiera sido  
Nada estoy.

DON FIDEL

Mis oraciones

Sin duda nada han podido

Con Dios, pero en todas ellas  
Le pedía con ahinco  
El alivio de usted.

DOÑA ELVIRA

Debo

A usted afecto muy fino.

DON FIDEL

Una salud tan preciosa  
Merece ser de continuo  
El blanco de mis cuidados;  
Y yo por su pronto alivio  
Hubiera dado la mía.

DOÑA ELVIRA

Cierto, usted es un prodigio  
De la caridad cristiana.

DON FIDEL

Si con los méritos mido  
Mi celo, me quedo corto.

DOÑA ELVIRA

Yo he venido con designio  
De hablar a usted de un asunto,  
A solas.

DON FIDEL

Mucho ha que aspiro

A esa dicha yo también.  
¡Oh, cuánto al cielo he pedido  
Que me deparara el caso  
De ver a usted sin testigos,  
Y hasta aquí no lo he logrado!

DOÑA ELVIRA

Lo que yo de usted exijo  
Es que me hable sin rebozo.

*(Don Alejandro, sin salir, entreabre la puerta  
del retrete en que está escondido, para oír  
lo que dicen.)*



DON FIDEL

Y yo a nada tanto aspiro  
 Como a descubrir a usted  
 Todo entero el pecho mío,  
 Y asegurarle no crea  
 Que, si enojado me ha visto  
 Gritar contra sus visitas,  
 Me guía ningún motivo  
 De odio, que antes es efecto  
 Del más sincero cariño,  
 Del fervor más acendrado.

DOÑA ELVIRA

También yo así lo imagino;  
 Celo de mi salvación.

DON FIDEL.

*(Cogiendo la mano a doña Elvira y apretándole los dedos.)*

Sí, señora, y tan activo...

DOÑA ELVIRA

Suelte usted, que me lastima.

DON FIDEL

Fué por fervor excesivo,  
 Que no es mi ánimo hacer mal  
 A usted, y hubiera querido  
 Más antes...

*(Pone la mano en las rodillas de doña Elvira.)*

DOÑA ELVIRA

Fuera la mano.

DON FIDEL

¡Qué tejido éste tan fino!

DOÑA ELVIRA

Déjeme usted, porque tengo  
 Muchas cosquillas.

*(Doña Elvira desvía la silla, y don Fidel acerca la suya.)*

DON FIDEL

*(Andando con el pañuedo de doña Elvira.)*

¡Muy lindo

Punto! ¡Si trabajan hoy  
De un modo tan exquisito!

DOÑA ELVIRA

Verdad es; pero tratemos  
De nuestro asunto: Simplicio  
Quiere casar a Pepita  
Con usted, según me han dicho,  
Y a faltar a su palabra...  
¿Es cierto?

DON FIDEL

Sí; algo me dijo

Ayer don Simplicio, pero  
La ventura a que yo aspiro  
No es esa, que en otra parte  
Respiran los atractivos  
De la celestial belleza,  
De quien soy el siervo indigno.

DOÑA ELVIRA

Bien sé que usted sólo anhela  
A servir a Dios.

DON FIDEL

No abrigo

Un corazón en mi pecho,  
Señora, de mármol frío.

DOÑA ELVIRA

Ya; pero está de las cosas  
De este mundo desprendido.

DON FIDEL

No, señora; los afectos  
Más fervorosos y píos  
No apagan los terrenales;  
Que agrada a Dios ser querido  
Y alabado en las hechuras

Perfectas que su mano hizo,  
Como las que se parecen  
A usted; pero su divino  
Pincel luce en ese rostro,  
Donde Dios ostentar quiso  
Todo su poder, formando  
El dechado más cumplido  
De celestial hermosura;  
Y confieso que no he visto  
Tanta perfección sin dar  
Gracias al Autor divino  
De la belleza, y sentir  
En mi pecho el fuego activo  
De amor, que en ese semblante,  
Elvira, un trasunto miro,  
De la angélica hermosura.  
Yo me recelé al principio  
Que era mi amor tentación  
Del espíritu maligno,  
Y de huir de la presencia  
De usted, propósito fijo  
En mi corazón formé;  
Mas meditándolo, he visto  
Que sin caer en pecado  
Puedo amar ese divino  
Conjunto de perfecciones,  
Que no puede haber delito  
Donde el escándalo falta:  
En esto, señora, fío  
Sea de mi corazón  
A usted grato el sacrificio:  
Bien sé que es mucha osadía  
Que sujeto tan indigno  
Presuma hacer tal ofrenda;  
Pero no obstante, confío  
Que, aunque mis merecimientos  
A la corona que aspiro  
No puedan ser acreedores,  
Suplirá usted con benigno  
Pecho lo mucho que falta

A su siervo, que el destino  
 Suyo en manos de usted deja.  
 De su soberano arbitrio  
 Pende mi infierno o mi gloria,  
 Según severo o propicio  
 El fallo fuere que aguardo.

## DOÑA ELVIRA

Confieso que me ha cogido  
 De nuevas ese discurso :  
 El es cierto que es muy fino,  
 Pero me parece extraño,  
 Y en verdad que no concibo  
 Que un devoto como usted  
 En tal yerro haya incurrido.  
 ¿Qué dirá el mundo si entiende  
 Semejante desvarío?

## DON FIDEL

Aunque devoto, soy hombre,  
 Y como tal no resisto  
 A esa celestial belleza,  
 Ni pienso, ni raciocino,  
 Cuando extático contemplo  
 Tanta beldad. No me admiro  
 Que condene usted mi amor ;  
 Mas si cometo un delito,  
 Obro, hermosísima Elvira,  
 Sin libertad ni albedrío,  
 Porque todo lo rendí  
 Así que vi tanto hechizo,  
 Y la dulzura inefable  
 De esos ojos peregrinos  
 Dió con mi flaqueza en tierra :  
 Llantos, ayunos, cilicios,  
 Todo fué en balde ; mil veces  
 Mis miradas, mis suspiros  
 Antes ya han dicho, señora,  
 Lo que con la boca digo  
 En esta ocasión ; si usted

Quiere con pecho benigno  
Dar a las tribulaciones  
De su indigno esclavo alivio,  
Y abajar hasta mi nada  
Sus gracias desde el empíreo  
De su divina hermosura,  
Juro que no habrá tenido  
Más fervoroso devoto.  
La honra no corre peligro  
Connigo, ni hay que temer  
Que yo quebrante el sigilo,  
Como hacen mil pisaverdes,  
Que apenas han conseguido  
Los favores de una dama,  
Cuando vuelan a decirlo  
A todos cuantos encuentran,  
Profanando los impíos  
Torpemente aquellas aras  
Donde ofrecen sacrificios.  
Los devotos, como yo,  
Con más cautela vivimos,  
Y los secretos de amor  
Jamás a nadie decimos,  
Porque nuestra buena fama  
En que no sean sabidos  
Estriba; y así, señora,  
Quien a nuestro afecto fino  
Corresponde, está segura  
De hallar gustos sin peligros,  
Y sin escándalo amor.

## DOÑA ELVIRA

Todo esto está muy bien dicho,  
Habla usted con elocuencia;  
Pero si yo se lo digo  
A mi marido, ¿no teme  
Que se le entibie el cariño,  
De hermano que le profesa?

## DON FIDEL

Yo sé que el pecho benigno  
 De usted sabrá perdonar  
 Discursos que, aunque atrevidos,  
 Son hijos del ciego amor  
 Que en mi corazón abrigo.  
 No soy ángel, y hombre flaco,  
 Cuando esa belleza miro  
 Conozco que soy de carne.

## DOÑA ELVIRA

Otras metieran ruido,  
 Yo no pienso así; mi esposo  
 No sabrá lo que se ha dicho  
 Aquí; pero en pago de ello  
 De usted una cosa exijo,  
 Y es que se empeñe con fuerza  
 Para que una mi marido  
 A Pepita con don Carlos,  
 Y no ejerza usted dominio  
 En prenda que ya es ajena.

## ESCENA IV

DOÑA ELVIRA, DON ALEJANDRO Y DON FIDEL

## DON ALEJANDRO

*(Saliendo del retrete donde estaba escondido.)*  
 No, señora, he de decirlo  
 Todo; desde ese retrete,  
 Adonde estaba escondido,  
 He escuchado las infamias,  
 Las traiciones de ese inicuo.  
 El cielo para vengarme  
 Que aquí me escondiera quiso,  
 Y para que sus maldades  
 Tuviesen justo castigo.  
 En fin, mi padre sabrá  
 Quién es ese vil indigno

Que se atreve a requebrar  
A su mujer.

DOÑA ELVIRA

No, querido;

Basta con que tenga cuenta  
En adelante consigo,  
Y merezca su perdón;  
Por mi amor te lo suplico,  
No digas nada a tu padre:  
De tan necios desvaríos  
Hace burla una mujer,  
Y no lleva a su marido  
Cuentecillos de esta especie.

DON ALEJANDRO

Usted tiene sus principios,  
Y yo los míos; no quiero  
Que se queden sin castigo  
De este hipocritón infame  
Los pensamientos lascivos.  
Harto tiempo ha que el perverso  
Nos tiene a todos en vilo,  
Y que obedece mi padre  
Sus antojos y caprichos,  
Que se opone a que mi hermana  
Se despose con mi amigo,  
Y yo con la tuya; en fin,  
El cielo sin duda quiso  
Depararme esta ocasión  
De descubrir los designios  
De su corazón dañado:  
Y pues el cielo propicio  
Me la ofrece, mal haría  
En desperdiciarla.

DOÑA ELVIRA

Digo

Alejandro, que...

DON ALEJANDRO

Es en balde;

De alegría no respiro.  
 Gustaré de la venganza  
 El placer tan exquisito.  
 A decírselo a mi padre  
 Vuelo en este instante mismo:  
 Pero aquí viene; el bribón,  
 Va a llevar su merecido.

## ESCENA V

DON SIMPLICIO, DOÑA ELVIRA, DON ALEJANDRO  
Y DON FIDEL

DON ALEJANDRO

Me alegro que llegue usted  
 Tan a tiempo; su cariño,  
 Cierto, se le paga bien  
 El señor: de fiel amigo  
 Cumple las obligaciones  
 Como quien es; aquí mismo  
 Ha intentado deshonorar  
 A usted; yo propio testigo  
 He sido de los requiebros  
 Que a mi madrastra le ha dicho,  
 Declarándole su amor.  
 Ella había prometido  
 Callar, como es tan prudente;  
 Però yo, que soy más vivo,  
 Quiero que usted sepa el pago  
 De todos los beneficios  
 Que está haciendo a su beato.

DOÑA ELVIRA

Cierto es que no hubiera dicho  
 Este secreto a mi esposo:  
 Si tú me hubieras creído,  
 Alejandro, nunca habría



Llegado hasta tus oídos  
Tan desagradable escena;  
Mujer que tiene principios  
De honra, calla y se defiende.

## ESCENA VI

DON SIMPLICIO, DON ALEJANDRO Y DON FIDEL

DON SIMPLICIO

¿Un proceder tan inicuo  
Es creíble? ¡Cielo santo!

DON FIDEL

Sí, hermano, soy un indigno  
Pecador, todo abrumado  
De iniquidad y de vicios,  
Soy el hombre más perverso,  
Más villano de este siglo:  
Mi vida es una sentina  
De maldades y delitos,  
Y al fin quiere darme el cielo  
El merecido castigo,  
Y por más grave que sea  
Esta acusación, es fijo  
Que no iguala a los pecados  
Que yo tengo cometidos.  
Crea usted lo que le dicen,  
Hermano; como un indigno  
Arrójeme de su casa;  
Sin quejarme me resigno  
A cuantos baldones quiera,  
Que más tengo merecido.

DON SIMPLICIO

(*A su hijo.*) Pícaro; ¡y con tus mentiras  
Querías de este bendito  
Manchar la reputación!

DON ALEJANDRO

¿Qué, quiere usted desmentirnos  
Porque con falsa humildad?...

DON SIMPLICIO

Calla, Lucifer maldito.

DON FIDEL

Déjele usted que hable, hermano,  
Y crea cuanto le ha dicho;  
¿Pues por qué a cuanto me imputa  
No quiere usted dar oídos?  
¿No soy, acaso, capaz  
De más atroces delitos?  
Mi exterior es el de un santo;  
¿Pero todo cuanto digo  
No puede ser fingimiento?  
No le engañen, hermanito,  
Las mentidas apariencias;  
Todos viven persuadidos  
A que yo soy un dechado  
De virtudes, un bendito;  
Pluguiera a Dios fuese cierto:  
Soy un pecador inicuo.

*(Hablando con don Alejandro.)*

Mejor me conoce usted:  
Trátame usted, hijo mío,  
De infame, aleve, villano,  
De impostor y de asesino,  
Bien merezco estos baldones,  
Y en nada los contradigo;  
De rodillas los escucho,  
Como castigo debido  
A mis enormes pecados.

DON SIMPLICIO *(A don Fidel.)*

Por Dios, basta, hermano mío.  
¡Pícaro, y no te arrepientes! *(A su hijo.)*

DON ALEJANDRO

¿Pues a usted le han seducido?

DON SIMPLICIO

Calla, lengua del demonio...  
Hermano, mi único amigo,  
Levántese usted... ¡Infame!

*(A don Fidel.)*

DON ALEJANDRO

¿Cómo?...

DON SIMPLICIO

Que calles te he dicho.

DON ALEJANDRO

No puedo aguantar. ¿Qué, usted?...

DON SIMPLICIO

Si me chistas, voto a Cristo,  
Te rompo brazos y piernas.

DON FIDEL

Hermano, por Dios lo pido,  
No se altere usted: primero  
Sufriré el mayor castigo  
Que consentir que le toque.

DON SIMPLICIO *(A su hijo.)*

¡Ingrato!

DON FIDEL

Se lo suplico,  
Si es menester, de rodillas;  
Perdone, por Dios, a su hijo.

DON SIMPLICIO

*(Poniéndose de rodillas y abrazando a don Fidel.)*

¡Ay, cuánta bondad, hermano!

¿Lo ves, lo ves? ¿Di? Maldito. *(A su hijo.)*

DON ALEJANDRO

¿Con que?...

DON SIMPLICIO

Silencio.

DON ALEJANDRO

¿Qué?...

DON SIMPLICIO

Calla;

¿Piensas que no sé el motivo  
De tus enredos? Bien veo  
Que todos a este bendito  
Tienen aborrecimiento  
En casa: criados, hijos  
Y mujer; y andan fraguando  
Mil embustes mal zurcidos,  
Para que yo le despida;  
No lo lograréis, os digo;  
Cuanto más os empeñáis  
En echarle, más me obstino  
Yo en que se esté en casa; a fin  
Que no os quede más arbitrio  
Y que rabie mi familia,  
Quiero que este día mismo  
Pepita le dé su mano.

DON ALEJANDRO

¡Forzarla a que por marido  
Le admita!

DON SIMPLICIO

¡Pues no, bribón!  
Y esta noche, lo repito,  
Se ha de hacer el matrimonio.  
Ya veremos si os obligo  
A que me obedezcáis todos.  
Vamos, ven aquí, mal hijo,  
Pide perdón al señor  
De los embustes que has dicho.

DON ALEJANDRO

¡A ese infame mojigato!  
¿Está usted en su juicio?

DON SIMPLICIO

¡Aún le dices picardías!  
Un palo... Por Jesucristo

(A don Fidel.)

Déjeme usted que le mate...  
Vete de mi casa, digo,  
Y no me entres más en ella.

(*A su hijo.*)

DON ALEJANDRO

Voyme; pero yo le fío  
Al ladrón...

DON SIMPLICIO

Salte al instante,  
Bribonazo; yo te privo  
De mi vista y de mi herencia,  
Y amén de eso te maldigo.

## ESCENA VII

DON SIMPLICIO Y DON FIDEL

DON SIMPLICIO

¡A un santo agraviarle así!

DON FIDEL

Perdonadle vos, Dios mío,  
Como yo le he perdonado... (*A don Simplicio.*)  
No sabe usted lo afligido  
Que estoy de que me calumnien  
Con mi querido hermanito.

DON SIMPLICIO

¡Ay Dios!

DON FIDEL

De pensarlo sólo  
Siento en mí un dolor tan vivo,  
Que se me salta del pecho  
El corazón. ¡Qué suplicio!  
La pesadumbre me quita  
El aliento y el sentido.  
Me muero, hermano, me muero.

## DON SIMPLICIO

*(Echa a correr llorando hacia la puerta por donde ha echado a su hijo.)*

Por el santo más bendito  
Te juro, bribón, que siento  
Haberte dejado vivo...  
Consuélese usted, hermano;  
Y no se altere.

DON FIDEL

Está visto;

Es necesario acabar  
De una vez con los continuos  
Disturbios que en la familia  
Causo; y por tanto le pido  
A usted, hermano, permita  
Que me vaya.

DON SIMPLICIO

¡Qué delirio!

¡Irse usted!

DON FIDEL

Si me aborrecen,  
Y me achacan mil delitos...

DON SIMPLICIO

¿Les doy yo crédito acaso?

DON FIDEL

Me supondrán mil designios  
Perversos, y sabe Dios  
Si a fuerza de repetirlos  
Lograrán que usted los crea.

DON SIMPLICIO

Nunca, nunca, hermano mío.

DON FIDEL

Una mujer tiene tanta  
Influencia en su marido,  
Que al fin hace cuanto quiere.

DON SIMPLICIO

No, no.

DON FIDEL

Con irme les quito  
La ocasión de calumniarme.

DON SIMPLICIO

Mi hermano, mi dulce amigo,  
No puedo vivir ni un punto  
Sin usted.

DON FIDEL

Pues si es preciso  
Yo me mortificaré;  
No obstante, hermano, suplico,  
Si puede ser.

DON SIMPLICIO

¡Ah!

DON FIDEL

No se hable  
Más del caso: lo que exijo  
Es que me permita usted  
Huir de su esposa; sí, amigo,  
La honra es cosa delicada:  
¡El mundo forma juicios  
Tan errados!...

DON SIMPLICIO

No señor,

Es solemne desatino,  
Quiero que esté usted con ella  
Siempre, el mayor gusto mío  
Es que rabie, que murmure  
La gente; porque no estimo  
Ni un ardite el qué dirán,  
Tratándose de un amigo  
Como usted; y en prueba de ello  
Mi sucesión determino  
Dejarle, haciéndole entera  
Donación ahora mismo

De mis bienes, que tal yerno  
 Vale más que mujer, hijos  
 Y parientes; ¿no la acepta  
 Usted, hermano querido?

DON FIDEL

Dios mío, tu voluntad  
 Cúmplase en tu siervo indigno.

DON SIMPLICIO

Pues a otorgar la escritura  
 Sin dilación, hermanito;  
 Y mas que luego la envidia  
 Aseste todos sus tiros.

## ACTO CUARTO

### ESCENA PRIMERA

DON PABLO Y DON FIDEL

DON PABLO

Todo el mundo lo murmura,  
 Sí; bien puede usted creerme;  
 Todos dicen que su padre  
 Anduvo muy imprudente,  
 Y culpan a usted también;  
 Y a fe qque celebros haberle  
 Encontrado, por decirle  
 A usted en razones breves  
 Mi sentir. Yo no averiguo  
 Si lo que dice la gente  
 Es la verdad, y supongo,  
 Contra lo que todos creen,  
 Que mi sobrino mintió,  
 Y que usted está inocente.  
 Usted, que es tan buen cristiano,  
 Perdonar su agravio debe,



Y no consentir que un padre  
Al hijo de su casa eche :  
Es general el escándalo,  
Y le digo francamente  
A usted que reconciliarle  
Con su padre le conviene,  
Y que el asunto no pase  
Adelante. Dios no quiere  
La muerte del pecador ;  
Quien no perdona le ofende.

## DON FIDEL

¡ Ay, señor ! Yo le perdono  
Mi agravio, sin que me quede  
Ningún rencor en el pecho ;  
Si puedo servirle, cuente  
Con cuanto yo tengo y valgo,  
En lo que favorecerle  
Sin pecar sea posible ;  
Mas si él a esta casa vuelve,  
Es necesario que yo  
Sin más dilación la deje.  
Después de su infame acción,  
¿ Qué no dirían las gentes,  
Y qué escándalo sería  
Si junto con él viviese ?  
Pensarían, con razón,  
Que de un hecho tan aleve  
Soy culpado, y que temiendo  
Que consiga convencerme  
Don Alejandro, he tomado  
La resolución prudente  
De olvidar todo, fingiendo  
Que la caridad me mueve,  
Porque él oculte mis yerros.

## DON PABLO

Son razones aparentes,  
Que no pueden persuadirme :  
Deslindar los intereses

De Dios a usted no le toca;  
 Si mi sobrino le ofende,  
 De Dios le vendrá el castigo,  
 Que no quiere que le venguen  
 Hombres flacos; que perdonen  
 Sus injurias, eso quiere.  
 ¿Y qué importa lo que diga  
 El mundo? Nuestros deberes  
 Dios solo es quien los prescribe.  
 ¿No mandan sus santas leyes  
 El perdón de los agravios?  
 Pues luego, ¿a qué cuento viene,  
 Cuando cumplimos con Dios,  
 Lo que pensaren las gentes?

DON FIDEL

Ya he dicho que le perdono,  
 Sin que ningún rencor quede  
 En mi pecho, así de Dios.  
 El precepto se obedece;  
 ¿Pero después de la afrenta  
 Que hoy mismo acaba de hacerme,  
 Manda Dios que viva yo  
 Con ese niño?

DON PABLO

¿Y que acepte  
 Usted quiere Dios acaso  
 Lo que no le pertenece?  
 Porque mi hermano es un tonto,  
 Y le da lo que no tiene  
 Facultades para dar,  
 ¿Usted admitirlo debe?

DON FIDEL

Aquellos que me conozcan  
 Sabrán que todos los bienes  
 Del mundo no me hacen mella,  
 Y que su brillo aparente  
 No deslumbra mis sentidos;  
 Si mi ánimo se resuelve

A admitir la donación  
Que mi hermano quiso hacerme,  
Es por evitar pecados  
Infalibles, si cayese  
Su herencia en manos perversas.  
¡Cuántos, Dios mío, te ofenden  
Con el caudal que les das!  
Yo me serviré de él siempre  
Para provecho del prójimo,  
Y honra del Omnipotente.

## DON PABLO

Pierda usted esos recelos,  
Que tanto en su pecho pueden,  
Que al legítimo heredero  
Lo que Dios le da pretende  
Quitarle, y de su caudal  
Que goce con paz le deje.  
¿No ve usted que vale más  
Que él malgaste sus haberes,  
Sin que usted quiera usurparle  
Lo que le han dado las leyes?  
Ni sé cómo tal propuesta  
Pudo escucharla quien tiene  
Renombre de timorato.  
¿Qué regla de piedad puede  
Legitimar la codicia  
De quien sin pudor intente  
Privar de la sucesión  
A un hijo? Y demos que hubiese  
Antipatía tan grande  
Entre los dos, que no fuere  
Posible que viva usted  
Con mi sobrino; ¿es prudente  
Que salga el hijo de casa,  
Y el extraño en ella quede?  
Si usted quiere que le tengan  
Por justo, marcharse debe  
Al punto...

DON FIDEL

Son ya las cuatro,  
Y no puedo detenerme,  
Porque no he rezado aún  
El Miserere, y es viernes.  
Perdone usted, si le dejo.

DON PABLO

¡Hola!... ¡Hipocritón solemne!  
(*Quedándose solo.*)

## ESCENA II

DOÑA ELVIRA, DOÑA PEPITA, DON PABLO Y JUANA

JUANA (*A don Pablo.*)

Hable usted en su favor;  
La pobre está de tal suerte  
Que da lástima mirarla;  
Sin remedio se nos muere  
Si la violenta su padre,  
Como resuelto lo tiene,  
A dar la mano al beato  
Esta noche: vea si puede  
Convencerle con razones.  
Pero don Simplicio viene.

## ESCENA III

DON SIMPLICIO, DOÑA ELVIRA, DOÑA PEPITA,  
DON PABLO Y JUANA

DON SIMPLICIO

Señores, me alegro mucho  
De hallarlos juntos a ustedes...  
(*A doña Pepita.*)  
Tú, para que te diviertas,

Ahí tienes esos papeles;  
Ya sabes su contenido.

DOÑA PEPITA

*(De rodillas a los pies de su padre.)*

Por el Dios omnipotente  
Que ve mi tormento, padre,  
Y por todo cuanto puede  
Mover a usted a piedad,  
Le ruego que no se empeñe  
En concluir estas bodas:  
Padre, señor, no me fuerce  
Usted a que de la vida  
Que le he debido deteste;  
No exija usted obediencia  
Tan costosa, si no quiere  
Que su hija desventurada  
Siempre por morir anhele.  
Si me veda usted que sea  
De aquel que mi amor merece,  
Y que antes me prometió,  
¡Ay, padre! no me violente  
Dándome a quien aborrezco:  
No a su hija así desespere,  
Pretendiendo que obedezca  
A tan tiránicas leyes.  
De rodillas se lo ruego.

DON SIMPLICIO

*(Conociendo que se va a enternecer.)*

¡Corazón, tú te enterneces!  
Fuera la flaqueza humana.

DOÑA PEPITA

Amado padre, no piense  
Usted que envidia los dones  
Que hace a don Fidel, bien puede  
Darle todas sus riquezas,  
Y añadir a ellas mis bienes,  
Que con gusto se los cedo;  
Mas no quiera usted hacerle

Dueño también de mí propia;  
 Permítame que me encierre  
 En un convento, y consagre  
 Al cielo con penitente  
 Corazón mi amarga vida.

DON SIMPLICIO

¿Qué tal? Como no las dejen  
 Casarse con sus galanes,  
 Dicen que quieren meterse  
 Monjas. ¡Buena vocación!  
 Levanta. Si te parece  
 Repugnante este marido,  
 Así más mérito adquieres,  
 Que mortificas tu cuerpo,  
 Y tu casamiento ofreces  
 En desquite de tus culpas  
 A Dios; vamos, no me quiebres  
 La cabeza con tus lloros.

JUANA

¿Qué, señor?...

DON SIMPLICIO

Tú has de meterte  
 En tu costura, y no más.

DON PABLO

Si a los consejos atiendes  
 De la razón...

DON SIMPLICIO

Tus consejos  
 Hermano, son muy prudentes,  
 Muy sabios, muy acertados;  
 Pero aquí no se te quieren.

DOÑA ELVIRA (*A don Simplicio.*)

Viendo lo que está pasando  
 No sé cómo hablar acierte.  
 Es preciso que estés ciego,  
 Pues lance tan evidente,  
 Como el que pasó conmigo,

Te empeñas en no creerle,  
Aunque te lo afirman todos.

## DON SIMPLICIO

¡Oh! No me engañan ustedes;  
¿Piensas tú que no adivino  
El caso? Si tú andas siempre  
Por complacer a mi hijito,  
Y porque yo no riñese  
Con él, ya se ve, apoyaste  
Sus embolismos soeces  
Contra aquel siervo de Dios.  
¡Para quien crea en mujeres!  
Además de que no estabas  
Alterada, y en tan fuerte  
Lance te irritaras.

## DOÑA ELVIRA

Yo,

Porque un hombre me requiebre,  
Ni me solicite, nunca  
Me enojo; sé defenderme,  
Y sin decir insolencias  
Jamás nadie se me atreve:  
Una risa, una ironía  
Al más osado contiene  
Mejor que gritos y enfados.  
No soy yo de las mujeres  
Que, como si fueran tigres,  
Esgrimen garras y dientes  
En defensa de su honor,  
Y que embisten con la gente,  
Si se oyen llamar bonitas:  
No; y el cielo me preserve  
De una virtud tan arisca.  
Mi recato es de otra especie:  
Urbanidad, complacencia,  
Frialdad; y todos pierden  
Conmigo las esperanzas,  
Así que me hablan tres veces.

DON SIMPLICIO

Por fin yo sé la verdad.

DOÑA ELVIRA

¡Hay tal capricho! Y si vieses,  
La cosa, ¿qué me dirías?  
¿Te estarías con tus trece?  
Mira que no es imposible.

DON SIMPLICIO

¿El verlo?...

DOÑA ELVIRA

¿Qué duda tiene?

DON SIMPLICIO

Habladurías.

DOÑA ELVIRA

Apuesto

Que, como en ello me empeñe,  
Lo ves con tus propios ojos.

DON SIMPLICIO

Paparrucha.

DOÑA ELVIRA

Es cosa fuerte;  
Si no digo que nos creas;  
Pero, responde, ¿si en este  
Sitio te hacemos su infamia  
Tocar y ver claramente,  
Quedarás desengañado?

DON SIMPLICIO

Entonces... ¿Pero a qué viene  
Decir cosas imposibles?

DOÑA ELVIRA

Ya ha mucho que me desmientes,  
Y sacarte de tu error  
Debo, para que no pienses  
Que yo he dado testimonio  
Falso contra el inocente.  
Tú vas a ver la verdad.



## DON SIMPLICIO

¡Que me place! Sea breve;  
Ya veremos cómo sales  
Del pantano en que te metes.

DOÑA ELVIRA (*A Juana.*)

Dile que venga.

JUANA (*A doña Elvira.*)

Es muy diestro;  
Y en las redes que le tienden  
Temo que no ha de caer.

DOÑA ELVIRA (*A Juana.*)

Sí, que la que bien se quiere  
En los lazos que nos pone  
Con facilidad nos prende,  
Y más cuando el amor propio  
A lisonjearnos viene.  
Haz que baje sin tardanza,  
Y váyanse al punto ustedes.

(*A don Pablo y doña Pepita.*)

## ESCENA IV

## DOÑA ELVIRA Y DON SIMPLICIO

DOÑA ELVIRA

Tú debajo de esta mesa  
Ven al instante a meterte.

DON SIMPLICIO

¿Yo?

DOÑA ELVIRA

Tú; y lo que más importa  
Para el caso es esconderse  
Bien.

DON SIMPLICIO

¡Debajo de la mesa!

## DOÑA ELVIRA

¡Ay Dios mío! No te inquietes  
 En averiguar por qué:  
 Entrate, que así conviene,  
 Y no has de meter ruido,  
 Para que no se sospeche  
 Don Fidel que estás ahí.

## DON SIMPLICIO

Confesemos que no puede  
 Darse más condescendencia;  
 Pero porque todos queden  
 Por embusteros, me allano  
 A hacer cuanto me dijeres.

## DOÑA ELVIRA

No nos lo echarás en cara.  
 (*A don Simplicio que está debajo de la mesa.*)  
 Mira, para convencerte  
 Voy a tratar de un asunto  
 Que en boca de las mujeres  
 Propias es muy peliagudo,  
 Así, antes que él venga, advierte  
 Que, si le digo requiebros,  
 Es para que manifieste  
 Su maldad en tu presencia,  
 Para que su disfraz deje,  
 Y descubra la torpeza  
 De su corazón, albergue  
 De impostura y de lascivia,  
 Para que veas patente  
 Su villana hipocresía.  
 Tú podrás, cuando estuvieres  
 Convencido de su infamia,  
 Hacer que este juego cese  
 Saliendo de tu escondite.  
 A ti toca protegerme,  
 Y estorbar que llegue el lance  
 A más que aquello que fuere  
 Necesario para que

Ninguna duda te quede.  
 En fin, como en este asunto  
 Son tuyos los intereses  
 Que median, puedes hacer  
 Lo que a cuento te viniere...  
 Pero don Fidel se acerca;  
 Chito, y trata de esconderte.

## ESCENA V

DON FIDEL, DOÑA ELVIRA Y DON SIMPLICIO  
*(debajo de la mesa)*

DON FIDEL

Juana me ha dicho, señora,  
 Que a solas quiere usted verme.

DOÑA ELVIRA

Y es para cosas secretas;  
 Mire usted, por si sucede  
 Lo que antes, si escucha alguno,  
 Y tras sí la puerta cierre.  
*(Don Fidel va a cerrar la puerta y vuelve.)*  
 No quiero que se repita  
 La escena, que me estremece  
 La memoria del peligro  
 Que usted corrió, sin que fuesen  
 Mis ruegos con Alejandro  
 Parte para que no diese  
 Cuenta a su padre de todo;  
 Y fué mi susto tan fuerte  
 Que ni desmentirle supe.  
 Por fin el cielo clemente  
 Lo ha dispuesto mejor todo.  
 La estimación en que tiene  
 A usted mi esposo disipa  
 La nube, y sin que sospeche  
 Nada me manda que viva  
 Y que esté con usted siempre,

Porque pretende arrostrar  
 Cuanto dijere la gente;  
 De suerte, que sin que nadie  
 Nos lo note, ni nos cele,  
 Puedo encerrarme yo sola  
 Aquí con usted, y hacerle  
 Sabedor de los secretos  
 De un pecho, que acaso cede  
 A sus amorosas ansias  
 Después de un plazo muy breve.

DON FIDEL

No comprendo ese lenguaje,  
 Señora, y muy mal se aviene  
 Con lo que dijo usted antes.

DOÑA ELVIRA

Mal conoce a las mujeres  
 Usted, cuando así le arredran  
 Sus afectados desdenes.  
 ¿Una defensa tan flaca  
 No sabe usted lo que quiere  
 Decir? El pudor combate  
 Con nuestros afectos siempre  
 En los primeros instantes,  
 Y aunque el amor triunfe y reine  
 En el pecho, la vergüenza  
 Se opone a que se confiese  
 El vencimiento, y la boca  
 Habla contra lo que siente  
 El corazón; la voz niega,  
 Mas lo que niega concede.  
 Una confesión tan clara  
 A usted podrá parecerle  
 Prueba de mi liviandad;  
 Pero el extraño accidente  
 De esta tarde me disculpe;  
 Y diga usted: Si no fuese  
 Por el amor que le tengo,  
 ¿Hubiera tan blandamente  
 Escuchado sus requiebros?

Si no quise que dijese  
 Nada Alejandro a su padre,  
 ¿Qué más prueba darse puede  
 De que me agrada su amor?  
 Y el haber hecho tan fuertes  
 Instancias para que usted  
 El casamiento deseche  
 Que le propone mi esposo,  
 ¿No es un indicio evidente  
 De que no quiero que nadie  
 En ese corazón reine,  
 De que una rival me enoja?

## DON FIDEL

Cierto, es dulzura celeste  
 Oír de una boca amada  
 Tanta gloria prometerse;  
 Miel destila de tus labios,  
 Y toda mi ánima siente  
 Tanta bienaventuranza,  
 Que a toda expresión excede.  
 Pero es, señora, tan grande  
 La ventura de mi suerte,  
 Que a creerla no me atrevo.  
 ¿Y quién sabe si no es este  
 Un artificio fraguado,  
 A fin de que yo deseche  
 La boda que me proponen?  
 Hablando en fin claramente,  
 Para que yo a persuadirme  
 Del afecto de usted llegue,  
 Es preciso que algún trago  
 De celestiales placeres  
 Me dé usted, y en mi alma plante  
 Su favor la rama verde  
 De fe constante y sincera.

## DOÑA ELVIRA

*(Después de toser para avisar a su marido.)*

¿Tanto quiere usted tan breve?  
 ¿Todo el amor de mi pecho

Tan presto apurar pretende?  
 Le confieso que le aprecio,  
 ¿Y para satisfacerle  
 No le basta, que al instante  
 El último favor quiere?

DON FIDEL

Siempre es corta la esperanza  
 De aquel que nada merece,  
 Ni son de fiar palabras  
 Que tanta dicha prometen.  
 No creeré mi ventura,  
 Señora, hasta que me diere  
 Prendas usted de cariño:  
 Mientras las obras no hubieren  
 Confirmado las palabras  
 Dudaré de su amor siempre.

DOÑA ELVIRA

Señor don Fidel, el suyo  
 Impone tan duras leyes,  
 Que me asusta usted de veras,  
 ¡Que ansíe con tan vehemente  
 Ardor por ver sus deseos  
 Satisfechos; sin que deje  
 Un breve espacio de tregua,  
 En que el corazón aliente!  
 ¿Es justo tanto rigor?  
 ¡Exigir lo que pretende  
 Sin dar una hora de plazo,  
 Y abusar impunemente  
 De las flaquezas ajenas,  
 Y del amor que le tienen!

DON FIDEL

Mas si con benignidad  
 Ve usted mi amor, ¿a qué viene  
 Negarme prendas seguras  
 Del suyo?

DOÑA ELVIRA

¿Y si consintiese,  
No se ofendería el cielo,  
De que tanto habla usted siempre?

DON FIDEL

Vaya; si no es más que el cielo  
Por lo que usted se detiene,  
Chico estorbo es a fe mía,  
Y ni mentarse merece.

DOÑA ELVIRA

Pues luego, ¿a qué hablar del cielo,  
Y tanto miedo nos meten?

DON FIDEL

Tan ridículos temores  
Yo los disiparé en breve,  
Señora; porque sé el arte  
De hacer que nunca atormenten  
Los escrúpulos; el cielo  
Nos veda ciertos placeres,  
Es verdad; pero es muy fácil  
Con el cielo componerse.  
Hay cierta ciencia que enseña  
A ensanchar nuestros deberes,  
O estrecharlos; es conforme,  
Lo uno o lo otro nos conviene.  
Cuando las obras son malas,  
A la rectitud se atiende  
De la intención; porque Dios  
Nunca desea la muerte  
Del pecador, y con poco  
Se contenta. Muy en breve  
Sabrá usted esta doctrina.  
Déjeme que yo la lleve  
Por la mano al paraíso,  
Y no se asuste por leves  
Parvidades de materia.  
Todo el pecado que hubiere

Con esto, caiga en mis hombros,  
 Y no hay miedo que me pese...  
*(Doña Elvira tose con mas fuerza.)*  
 Mucho tose usted, señora.

DOÑA ELVIRA

Sí; todo el pecho me duele.

DON FIDEL

¿Gusta usted de mi alfeñique?

DOÑA ELVIRA

Es tos tan rancia y tan fuerte,  
 Que no he de hallar alfeñiques,  
 A mi ver, que la remedien.

DON FIDEL

Es triste cosa.

DOÑA ELVIRA

Fatal.

DON FIDEL

En fin, para que no quede  
 Escrúpulo, sepa usted  
 Que del escándalo pende  
 El pecado, ya lo dije  
 Otra vez, y considere  
 Que con acciones ocultas  
 Jamás el cielo se ofende.  
 Quien disimula no peca.

DOÑA ELVIRA

*(Después de toser y dar golpes sobre la mesa.)*  
 Habré al fin de resolverme  
 A ceder a usted, pues veo  
 Que si a todo cuanto quiere  
 No me allano, no hay pensar  
 Que quieran aquí creerme.  
 Sin duda que es cosa triste  
 Que hasta tanto extremo llegue;  
 Pero si doy este paso,  
 Es porque no se convencen



Sin él de lo que yo digo,  
Porque exigen ciertas gentes  
Desengaños tan palpables,  
Y pruebas de tal especie,  
Que... En fin, si alguno se agravia  
Con esta acción, no se queje  
De mí; la culpa no es mía,  
Protesto estar inocente,  
Y que cedo a la violencia.

DON FIDEL

Señora, nada recele  
Usted; sobre mi cabeza...

DOÑA ELVIRA

Salga usted por si estuviese  
Simplicio en el corredor,  
Y vuelva si no le viere.

DON FIDEL

Esa es precaución inútil,  
Que es hombre con quien se puede  
Jugar como con un niño;  
Y le tengo de tal suerte  
Que, aun viéndolo, nunca crea  
Cosa que a mí no me pete.

DOÑA ELVIRA

No importa; salga usted fuera,  
Y escudriñe atentamente  
Todas las piezas vecinas,  
Por lo que suceder puede.

## ESCENA VI

DON SIMPLICIO Y DOÑA ELVIRA

DON SIMPLICIO

*(Saliendo de debajo de la mesa.)*

¡Jesús, qué hombre tan infame!

Vaya, vaya; es una peste  
Infernal, no vuelvo en mí.

DOÑA ELVIRA

Simplicio ¡qué vivo que eres!  
¿A qué sales todavía?  
Extraño que te aceleres  
Tanto; vuelve a tu escondite,  
Y aguarda hasta el fin; ¿no temes  
Hacer un juicio malo?  
Saldrás de dudas muy breve.

DON SIMPLICIO

Pongo a que hombre más perverso  
Ni en el infierno se encuentre.

DOÑA ELVIRA

¡Dios mío! Las apariencias  
Te engañan. ¿Quién sabe? A veces  
Pueden ser falsas las cosas  
Que más ciertas nos parecen.  
Para no errar te aconsejo  
Que sin decir nada esperes  
Hasta el remate de todo.

*(Doña Elvira pone a don Simplicio detrás de ella.)*

## ESCENA VII

DON SIMPLICIO, DOÑA ELVIRA Y DON FIDEL

DON FIDEL

*(Sin ver a don Simplicio.)*

La fortuna favorece  
Mis gustos; de mirar vengo  
Esos cuartos, y no hay gente.  
Mi tierno amor...

*(Al tiempo que don Fidel viene con los brazos abiertos para abrazar a doña Elvira, ésta se retira, y ve don Fidel a don Simplicio.)*

DON SIMPLICIO

*(Deteniendo a don Fidel.)*

Cepos quedos.

Procure usted contenerse.

¡Cáspita, qué amor tan fino!

¿Con que el siervo de Dios quiere

Ponerme lo que usted sabe?

¡Un santo que así se deje

Llevar de la tentación!

¡Se casa con mi hija y quiere

Gozar también mi mujer!

Yo creí que en burlas fuese.

He aguantado largo rato,

Pensando que era juguete,

Y que iba a mudar de estilo.

Ya tengo lo suficiente,

Sin que usted pase adelante.

DOÑA ELVIRA *(A don Fidel.)*

Astucia mi acción parece,

Mas no estuvo en mí evitarla.

DON FIDEL *(A don Simplicio.)*

¿Piensa usted?...

DON SIMPLICIO

En lo que piense.

Mutis de casa al momento,

Sin mas dimes ni diretes.

DON FIDEL

Mi intento...

DON SIMPLICIO

Es gastar parola,

Y lo que aquí se requiere

Es irse pronto a la calle.

DON FIDEL

Usted es quien luego debe

Irse, usted que hace de dueño;

La casa me pertenece

A mí solo; yo lo haré

Constar cuando el tiempo llegue.  
 Vano es que con viles artes  
 Ultrajarme aquí se piense;  
 Yo haré ver que tengo medios  
 Para castigar alevos  
 Y confundir impostores,  
 Vengando al cielo que ofenden,  
 Y haciendo que se arrepientan  
 Cuantos agraviarme intenten.

### ESCENA VIII

DOÑA ELVIRA Y DON SIMPLICIO

DOÑA ELVIRA

¿Qué es lo que quiere decir?  
 ¿Qué modo de hablar es este?

DON SIMPLICIO

A fe que yo no me río,  
 Y que temo un accidente.

DOÑA ELVIRA

¿Cuál?

DON SIMPLICIO

He hecho un gran disparate,  
 No sé qué remedio tiene.  
 Esta donación me inquieta.

DOÑA ELVIRA

¿Qué donación?

DON SIMPLICIO

De mis bienes,  
 Y es negocio concluído.

DOÑA ELVIRA

¿Qué?

DON SIMPLICIO

Ya lo sabrás. Lo urgente  
 Es ver si no se ha llevado  
 Una arquita con papeles.

## ACTO QUINTO

## ESCENA PRIMERA

DON SIMPLICIO Y DON PABLO

DON PABLO

¿A dónde vas tan de priesa?

DON SIMPLICIO

¿Qué sé yo?

DON PABLO

La primer cosa  
Es pensar lo que has de hacer  
Para salir de zozobras.

DON SIMPLICIO

Lo que a mí me hace perder  
El juicio, y me incomoda  
Más que otra cosa, es la arquita.

DON PABLO

¿Pues tanto esa arquita importa?

DON SIMPLICIO

El amigo perseguido  
Que mi corazón aún llora,  
Al irse me la encargó,  
Y su caudal, vida y honra,  
Dijo que de estos papeles  
Dependían.

DON PABLO

¿Pues qué loca  
Idea te hizo ponerla  
En manos de otra persona?

DON SIMPLICIO

Escrúpulo de conciencia.  
Contéle toda la historia

A ese bribonazo, y él  
 Con su mónita devota  
 Me persuadió se la diera,  
 Diciendo ser fácil cosa  
 Que el juez hiciera pesquisas;  
 Si echaba requisitorias,  
 Yo, sin cargar mi conciencia,  
 Y con doblez oficiosa,  
 Decía que no tenía  
 Ni papeles, ni las otras  
 Cosas que me preguntaran,  
 Y que así juraba contra  
 La verdad y sin pecar.

DON PABLO

Hermano, veo que toman  
 Tus asuntos mal semblante;  
 La donación, esa historia,  
 El haberte fiado de él;  
 Confieso que me acongoja  
 Cuanto me dices, y entonces  
 Ha sido una acción muy loca  
 Insultarle, como has hecho,  
 Que tiene prendas de sobra  
 Para darte que sentir.

DON SIMPLICIO

¡Qué; con facha tan devota  
 Esconder tanta doblez,  
 Tanta maldad horrorosa,  
 Conmigo que le dí asilo  
 Cuando pedía limosna!  
 Si otro santurrón me engaña,  
 Mándole que ha de ser obra  
 De romanos: como al diablo  
 La cruz haré a las personas  
 Que me hablen de devoción.

DON PABLO

Simplicio, eso es dar en otra  
 Exageración peor.

Mas tú nunca te reportas;  
Y por huir de un error  
Das en el opuesto ahora.  
Un pícaro te engañaba  
Con capa de religiosa  
Piedad, y por eso piensas  
Ya que las almas devotas,  
Que sirven a Dios con celo,  
Son como ese infame todas.  
Si así lo crees, hermano,  
Torpemente te equivocas.  
Deja, deja a los impíos  
Que consecuencias tan tontas  
Saquen, y que hagan rechifla  
De la piedad, porque es moda.  
Tú ama la virtud, respeta  
A las personas piadosas;  
Mas no creas en palabras  
Atente sólo a las obras;  
Aborrece la villana  
Hipocresía, mas honra  
La virtud pura y sincera,  
Y la religión adora:  
Y advierte que vale más,  
Hermano, pecar por sobra  
Que por falta de respeto  
En cosas de tanta monta.



## ESCENA II

DON SIMPLICIO, DON PABLO Y DON ALEJANDRO

DON ALEJANDRO

Padre, ¿es cierto que un bribón  
Sin vergüenza le provoca  
A usted, sin guardar de tantos  
Beneficios la memoria,  
Y que tiene la insolencia

De amenazarnos ahora  
Que ha de echarnos de esta casa?

DON SIMPLICIO

Así es, hijo; mi congoja  
Es cruel en este lance.

DON ALEJANDRO

Ese pleito a mí me toca.  
Ambas orejas le corto,  
Y salimos de zozobra  
En un instante; bien puede  
Decir que le llegó su hora.

DON PABLO

Bueno; eso se llama hablar  
Con la ligereza propia  
De un muchacho atolondrado;  
Modera esa furia loca,  
Que vivimos bajo un justo  
Gobierno, y el que se porta  
Con violencia halla castigo,  
Sin que el favor le socorra.

### ESCENA III

DOÑA TECLA, DON SIMPLICIO, DOÑA ELVIRA, DON  
PABLO, DOÑA PEPITA, DON ALEJANDRO Y JUANA

DOÑA TECLA

¿Qué es esto, hijo? Aquí me cuentan  
Un montón de horribles cosas.

DON SIMPLICIO

Grandes novedades, madre,  
Que acabo de ver ahora  
Yo mismo. Ve usted qué fruto  
He sacado de mi boba  
Bondad: un pobre mendigo,  
Que de beneficios colma



Mi necedad, que le trato  
 Cual pudiera a la persona  
 Más allegada, le doy  
 Mi caudal, y a mi hija propia,  
 Y al mismo tiempo el villano  
 A mi mujer enamora,  
 Y procura deshonrarme:  
 Esto no basta; se arroja  
 Hasta amenazarme ingrato  
 Con dádivas que mi tonta  
 Confianza le tiene hechas;  
 Afana por ver si logra  
 Despojarme de mis bienes,  
 Y ponerme en la horrorosa  
 Miseria, de que yo, necio,  
 Le he sacado: ésta es mi historia.

JUANA

¡Pobrecito!

DOÑA TECLA

Hijo, no creo  
 Que hiciera acción tan odiosa.

DON SIMPLICIO

¿Cómo?

DOÑA TECLA

Los buenos son siempre  
 Envidiados.

DON SIMPLICIO

Esta es otra;  
 ¿Qué quiere usted decir, madre?

DOÑA TECLA

Que es tu casa una Liorna,  
 Y que todos le aborrecen.

DON SIMPLICIO

¿Y para el caso qué importa?

DOÑA TECLA

Cuando eras niño, te dije  
 Que las gentes virtuosas

Eran las más perseguidas;  
 Que la envidia es la ponzoña  
 Que nunca muere en el mundo,  
 Porque se van las personas  
 Envidiosas, y ella queda.

DON SIMPLICIO

Y lo que digo yo ahora  
 ¿Qué tiene que ver con eso?

DOÑA TECLA

Te habrán contado una historia  
 Sin pies ni cabeza.

DON SIMPLICIO

¡Calle!

¿Pues no he dicho ya, señora,  
 Que lo he visto yo, yo mismo?

DOÑA TECLA

Hay lenguas murmuradoras.

DON SIMPLICIO

Esto es para condenarse.  
 Una vez, ciento y mil otras  
 Repito que yo lo he visto.

DOÑA TECLA

De las lenguas ponzoñosas  
 Ninguno puede librarse.

DON SIMPLICIO

Usted, madre, me provoca  
 Con las réplicas que tiene  
 Y sus reflexiones tontas.  
 Si he dicho ya que lo he visto,  
 Visto ¿lo oye usted ahora?  
 Visto, con mis propios ojos.  
 Pues no está mala la sorna.  
 ¿Quiere usted oírlo más?

DOÑA TECLA

¡Dios mío!, son engañosas  
 Las apariencias, mil veces

El más lince se equivoca.  
No siempre es bueno juzgar  
Uno por su vista propia.

DON SIMPLICIO

¡Por vida de!...

DOÑA TECLA

Sospechamos

Siempre lo peor; las obras  
Santas se interpretan mal.

DON SIMPLICIO

¿Qué interpretar, ni qué alforjas,  
Si abrazaba a mi mujer?

DOÑA TECLA

Antes que de una persona  
Se hable mal, es necesario  
Saber de fijo las cosas.

DON SIMPLICIO

¿Qué más fijo quiere usted?  
El diablo no diría otra.  
¿Con que había de aguardar  
Hasta qué?... Usted está tonta.

DOÑA TECLA

En fin, es alma muy cándida,  
Muy devota y religiosa,  
Y las cosas que le achacan  
Saldrá que son falsas todas.

DON SIMPLICIO

Es mucho disparatar,  
No sé si fuera usted otra  
Que mi madre lo que haría.

JUANA. (*A don Simplicio.*)

Así va, señor la bola;  
Usted no quiso creer  
Y no le creen ahora.

DON PABLO

Gastamos en frioleras,  
Que maldita cosa importan,  
Tiempo, y mientras sus medidas  
Sin duda el pícaro toma.

DON ALEJANDRO

¿Piensa usted que llegue a tanto  
Su descaró?

DOÑA ELVIRA

Tengo poca  
Inteligencia en asuntos;  
Mas pienso que tan odiosa  
Demanda no ose entablarla.

DON PABLO. (*A don Simplicio.*)

No te fíes; hay personas  
Que protegen a los malos:  
Este lance de su boca  
Oído, parecerá  
Una acción que le es honrosa,  
Y con menos fundamento  
He visto yo que se atollan  
Otros, sin poder salir  
A salvo. ¿Quién le provoca  
Con las armas que él tenía?

DON SIMPLICIO

Cierto, pero al ver su odiosa  
Soberbia y su hipocresía,  
Confieso que perdí toda  
La razón y la paciencia.

DOÑA ELVIRA

Si, cuando pasó la historia  
Hubiera sabido yo  
Lo que había, ¿quién ignora  
Que hubiera excusado el lance  
Que tanto nos desazona,  
Y mis?...

DON SIMPLICIO

*(A Juana, viendo entrar a don Celedonio.)*

¿Qué me quiere ese hombre?  
 Sabe a qué fin se le antoja  
 Verme, y dile que se vaya,  
 Que su visita incomoda.

## ESCENA IV

DON SIMPLICIO, DOÑA TECLA, DOÑA ELVIRA, DOÑA  
 PEPITA, DON PABLO, DON ALEJANDRO, JUANA Y DON  
 CELEDONIO

DON CELEDONIO

*(A Juana en el fondo del teatro.)*

Dios le dé salud, hermana,  
 Y después allá la gloria.  
 Quisiera hablar dos palabras  
 Al amo, si nadie estorba.

JUANA

Está con gente y no puede  
 Hablar con nadie.

DON CELEDONIO

No importa

Que yo no seré importuno:  
 Es asunto de muy pocas  
 Razones, y gustará  
 De saberlo de mi boca.

JUANA

¿Su nombre de usted?

DON CELEDONIO

Mi nombre

Es lo que menos importa.  
 Dígale usted que me envía  
 Don Fidel, y para cosas  
 De su bien.

JUANA. (*A dos Simplicio.*)

Dice que viene

Para negocios de monte  
De parte de don Fidel,  
Y que será muy gustosa  
Su comisión.

DON PABLO. (*A don Simplicio.*)

Pues oigamos

Lo que ese hombre nos proponga.

DON SIMPLICIO. (*A don Pablo.*)

Si me habla de componerse,  
¿Qué quieres que le responda?

DON PABLO

Será forzoso escucharle  
En tu situación penosa.

DON CELEDONIO. (*A don Simplicio.*)

El Señor nos dé su gracia,  
Y confunda a quien se oponga  
A su bien de usted, que así  
Esta ánima pecadora  
Lo pide en sus oraciones.

DON SIMPLICIO

(*En voz baja a don Pablo.*)

Este exordio se acomoda  
Muy bien con lo que yo pienso.

DON CELEDONIO

He recibido mil honras  
De esta casa, y señor padre  
Siempre como cosa propia  
Me miraba.

DON SIMPLICIO

Siento mucho

No conocer la persona  
De usted; dígame su nombre.

DON CELEDONIO

Don Celedonio de Porras,  
Natural de Mondoñedo,

Y por más que se carcoma  
 La envidia, soy escribano  
 Con mis títulos en forma.  
 Cuarenta años ha que ejerzo  
 Esta profesión gloriosa.  
 Y vengo con su licencia,  
 Y sin consentir demora,  
 A notificar un auto.

DON SIMPLICIO

¿Qué, usted viene?...

DON CELEDONIO

Es cosa corta,

Que está dicha en dos palabras;  
 Providencia ejecutoria  
 De proceder al despojo  
 De casa, y que ni personas  
 Ni muebles en ella queden,  
 Sin permitir moratoria.

DON SIMPLICIO

¡Yo salir de aquí!

DON CELEDONIO

¿Usted sabe,

Señor, que es la casa ahora  
 Del buen señor don Fidel,  
 Que por un contrato en forma,  
 Otorgado ante escribano,  
 Y que tengo aquí en mi bolsa,  
 Dueño es del caudal de usted,  
 Sin que ninguno le tosa?

DON ALEJANDRO. (*A don Celedonio.*)

Es mucha la desvergüenza.

DON CELEDONIO. (*A don Alejandro.*)

A mí no me comisionan  
 Para tratar con usted,  
 Caballerito; a quien toca

(*Señalando a don Simplicio.*)

Responder, es al señor,

Que es un sujeto de forma,  
Y respeta a la justicia.

DON SIMPLICIO

Yo...

DON CELEDONIO

Sí, señor, y me consta .

Que no haría resistencia  
Por un millón, que es persona  
Prudente, y muy timorata  
El señor, y no le enoja  
Que yo cumpla con mi oficio.

DON ALEJANDRO

¿A qué se gana una soba  
De palos bien asentados  
Su mónita socarrona?

DON CELEDONIO. (*A don Simplicio.*)

Haga usted que salga o calle  
Su hijo, que fuera penosa  
Precisión certificar  
Palabras tan injuriosas.

JUANA

(*Ap.*) ¿A este hombre don Celedonio,  
O don demonio le nombran?

DON CELEDONIO

Tengo, señor, tierno afecto  
A las almas religiosas  
Y buenas, y en prueba de ello,  
Y del celo que me abona,  
Practico estas diligencias,  
Porque algún otro no escojan  
Que procediese con menos  
Suavidad, que hay personas  
De muy poco miramiento.

DON SIMPLICIO

Pues es acción cariñosa  
El echarme de mi casa.



## DON CELEDONIO

Pero permito demora,  
Y el cumplimiento del auto  
No pienso poner por obra  
Hasta mañana temprano,  
Si Dios quiere; yo las cosas  
No las llevo por el filo.  
Porque todo vaya en forma,  
Usted, antes de acostarse,  
Hará que me entreguen todas  
Las llaves: yo mandaré  
A diez hombres de mucha honra  
Que pasen aquí la noche:  
Mientras que ustedes reposan  
Velan ellos, y así nadie  
Nada de la casa toma.  
Mañana al amanecer  
Saca usted todas sus cosas,  
Y se las lleva, y se va  
Adonde más le acomoda.  
Mis mozos ayudarán;  
Son todos gente mañosa  
Y robusta, a fe que nada  
Se desgracie ni se rompa.  
Soy hombre muy servicial  
Y bondadoso, sin lisonja.  
Señor don Simplicio, yo  
Aguardo de usted la propia  
Bondad, y que su familia  
A mi oficio no se oponga.

## DON SIMPLICIO

(Ap.) ¡De lo poco que me queda  
De mejor gana cien onzas  
Diera yo por asentar  
En su cara socarrona  
El bofetón más bien dado!

## DON PABLO. (A don Simplicio.)

Vamos, hermano, una poca  
De paciencia.

DON ALEJANDRO

No sé cómo

Me contengo, que la boca  
No le he bañado ya en sangre.

JUANA

Pregunto: ¿en esa corcova  
Qué sentaría mejor,  
O garrote o cachiporra?

DON CELEDONIO

Hija, modere esa lengua,  
Y sepa, por si lo ignora,  
Que también para mujeres  
Hay castigo, si provocan.

DON PABLO. (*A don Celedonio.*)

Traiga usted ese papel,  
Y déjenos.

DON CELEDONIO

En buen hora.

Hasta luego: Dios les dé  
A ustedes su santa gloria.

DON SIMPLICIO

Y Satanás el infierno  
A ti y quien te comisiona.

## ESCENA V

DON SIMPLICIO, DOÑA TECLA, DOÑA ELVIRA, DON  
PABLO, DOÑA PEPITA, DON ALEJANDRO Y JUANA

DON SIMPLICIO

¿Qué tal, madre, miento yo?  
Por el auto que me emboca  
Saque usted si tiene el alma  
Bien infame y bien traidora  
El gazmoño hipócritón.

DOÑA TECLA

¡Jesús!, me he quedado tonta,  
Como la que ve visiones.

JUANA. (*A don Simplicio.*)

No señor, todas sus obras  
Se encaminan al provecho  
Del prójimo, y mayor honra  
De Dios; los bienes terrenos  
Son cosas muy transitorias,  
Y suelen dañar al alma,  
Por eso su fervorosa  
Caridad a usted le quita  
Ese peso que le estorba  
Para el camino del cielo.

DON SIMPLICIO

Siempre has de ser habladora;  
Calla y déjanos en paz.

DON PABLO. (*A don Simplicio.*)

Tomemos medidas prontas  
Para salir de este apuro.

DOÑA ELVIRA

Haz al público notoria  
Su ingratitud y osadía;  
Con su conducta alevosa  
Las cláusulas del contrato  
Ese perverso las borra,  
Que no es posible que triunfe  
Iniquidad tan odiosa.

## ESCENA VI

DON CARLOS, DON SIMPLICIO, DOÑA TECLA, DOÑA  
ELVIRA, DON PABLO, DOÑA PEPITA, DON ALEJANDRO  
Y JUANA

DON CARLOS

Señor don Simplicio, siento  
Darle un pesar; pero importa

Mucho que usted ponga en cobro  
 Al momento su persona :  
 Un amigo íntimo mío,  
 Que acaso en ello viola  
 El secreto que es debido  
 En cosas de estado, ahora  
 Me avisa que está mandado  
 Prender a usted, y que sola  
 La fuga puede librarle.  
 Una hora ha la venenosa  
 Serpiente que abrigó usted,  
 De traición y de alevosas  
 Correspondencias le acusa :  
 La delación corrobora  
 Presentando al soberano  
 Una arquita que usted, contra  
 Las leyes de fiel vasallo,  
 Guardaba, donde están todas  
 Las piezas de un fugitivo  
 Reo de Estado; no informa  
 De más mi amigo; mas sé  
 Que hay orden para la pronta  
 Prisión de usted y el villano  
 Acompañará en persona  
 Al que ha de arrestar a usted.

DON PABLO

Así el hipócrita colma  
 Su maldad, y sus derechos  
 Con esta acción corrobora,  
 Fingiendo que era traidor.

DON SIMPLICIO

Vaya; el hombre, sin lisonja,  
 Es un maldito animal.

DON CARLOS

Vamos, que cualquier demora  
 Puede ser a usted funesta.  
 Ahí tiene usted esa bolsa  
 Con mil doblones; mi coche

Nos aguarda hace media hora.  
 No perdamos un instante,  
 Que estos golpes, si se estorban,  
 Es poniendo tierra en medio.  
**Mi amistad no le abandona**  
**A usted hasta estar en parte**  
**Segura.**

DON SIMPLICIO

¡Cuánto a la heroica  
 Amistad de usted le debo!  
 Ruego al cielo que me ponga  
 En estado de pagar  
 Una acción tan generosa.  
 Y tú, Pablo, ten cuidado...

DON PABLO

No te detengas; con todas  
 Tus cosas tendré yo cuenta,  
 Como son las mías propias.

## ESCENA VII

DON FIDEL, UN ALCALDE DE CORTE, DOÑA TECLA,  
 DOÑA ELVIRA, DON SIMPLICIO, DON PABLO, DOÑA PE-  
 PITA, DON CARLOS, DON ALEJANDRO Y JUANA

DON FIDEL

*(Deteniendo a don Simplicio.)*

Despacio, señor, despacio;  
 No es menester que usted corra  
 Tanto para encontrar casa;  
 El soberano le aloja  
 En la cárcel.

DON SIMPLICIO

¡Ah villano!

¡Con qué bella acción coronas  
 Tus infamias! ¡Digna paga  
 De quien a pícaros honra!

DON FIDEL

Con todas esas infamias  
No piense usted que me enoja,  
Que se las ofrezco a Dios.

DON PABLO

Edifica tu devota  
Moderación.

DON ALEJANDRO

¡El perverso  
Cómo del cielo se mofa!

DON FIDEL

En vano por irritarme  
Me denuestan y baldonan;  
Quien cumple con sus deberes  
Vanos clamores arrostra.

DOÑA PEPITA

Por cierto la comisión  
Con que usted viene es honrosa,  
¡Soplón!

DON FIDEL

En servir al rey  
No puede caber deshonor.

DON SIMPLICIO

¿Te acuerdas, bribón, mendigo,  
Que te daba de limosna  
De comer pan a mi mesa?

DON FIDEL

No me olvido de las honras  
Que puedo deber a usted;  
Pero media la persona  
Sagrada del soberano  
Que toda gratitud borra  
En mi pecho, que leal  
Sacrificará a su gloria  
Amigos, parientes, hijos.

DOÑA ELVIRA

¡Infame!

JUANA

¡Cómo blasona  
De virtud el muy soez!

DON PABLO

Pues si es tan buen patriota  
Usted, como aquí se jacta,  
¿Por qué aguardaba hasta ahora  
A delatar a mi hermano,  
Cuando ha visto que a su esposa  
Requiebra usted, y de casa,  
Porque así lo exige la honra,  
Le despide? Y si es culpado,  
¿Para qué admite con pronta  
Voluntad la donación  
Que con mano generosa  
De todo su caudal le hace?  
Cosas tan contradictorias  
Yo no acierto a concertarlas.

DON FIDEL

*(Al alcalde de corte.)*

Bulla tan escandalosa  
Durará, señor alcalde,  
Hasta cumplir con lo que obra  
El expediente, y así  
Haga usted justicia pronta.

EL ALCALDE

Será usted servido al punto;  
Y pues la justicia invoca,  
La ejecutaré al instante.  
Sin réplica ni demora  
Dese usted al rey.

DON FIDEL

¡Yo preso!

EL ALCALDE

Usted.

DON FIDEL

¿Por qué?

EL ALCALDE

Eso no toca

A usted preguntar; mas quiero  
Que estos señores conozcan  
La historia de un impostor.

(A don Simplicio.)

Aliente usted: no está ahora  
En el tiempo en que reinaba  
La hipocresía engañosa:  
Un soberano ilustrado  
Disipa sus cautelosas  
Nieblas, por mucho que artera  
En sus vapores se esconda.  
De la religión amante,  
Sabe discernir las sombras  
De la luz; y el falso celo.  
Que con color se arrebola  
De piedad y devoción,  
Toda su saña provoca.  
De este hipócrita villano  
Las virtudes impostoras  
Mal podían engañarle,  
Que muy más artificiosas  
Mentiras penetrar sabe:  
De una mirada vió todas  
Las maldades de este infame,  
En su corazón las hondas  
Raíces que echó el delito;  
Y cuando con engañosa  
Astucia a su bienhechor  
Acusa, la vengadora  
Justicia del cielo quiere  
Que el príncipe en él conozca  
A un célebre delincuente,  
Cuyos hechos epilogan  
Tanta negra iniquidad  
Que llenara mil historias.





Para evitar su castigo  
 El fingido nombre toma  
 De don Fidel ocultando  
 El suyo, que tanto asombra.  
 Indignado el soberano  
 De su conducta alevosa,  
 Que así con su ingratitude  
 Sus graves delitos colma,  
 Quiso ver dónde llegaba  
 De su desvergüenza loca  
 El exceso, y me encargó  
 Que le entregare, con sola  
 La intención que reparase  
 Los males que ustedes lloran.  
 La autoridad soberana  
 Del monarca le despoja  
 De la donación que usted

(A don Simplicio.)

Le hizo de su hacienda toda,  
 Le restituye sus bienes,  
 Y su clemencia perdona  
 La ofensa de haber guardado  
 Con reserva misteriosa  
 La fe a su amigo proscrito;  
 Y así el príncipe corona  
 El celo que por su causa  
 Muestra usted en las discordias  
 Civiles que nos agitan;  
 Que siempre su protectora  
 Diestra ampara a quien le sirve,  
 Y si en su alma grande poca  
 Impresión hace el agravio,  
 El servicio no se borra.

JUANA

¡Gracias al cielo!

DOÑA TECLA

Ya aliento.

DOÑA ELVIRA

¡Qué suerte tan venturosa!

DOÑA PEPITA

¿Quién lo dijera?

DON SIMPLICIO

*(A don Fidel que el alcalde se lleva consigo.)*

Anda, infame.

## ESCENA VIII

DOÑA TECLA, DON SIMPLICIO, DOÑA ELVIRA, DOÑA  
PEPITA, DON PABLO, DON CARLOS, DON ALEJANDRO  
Y JUANA

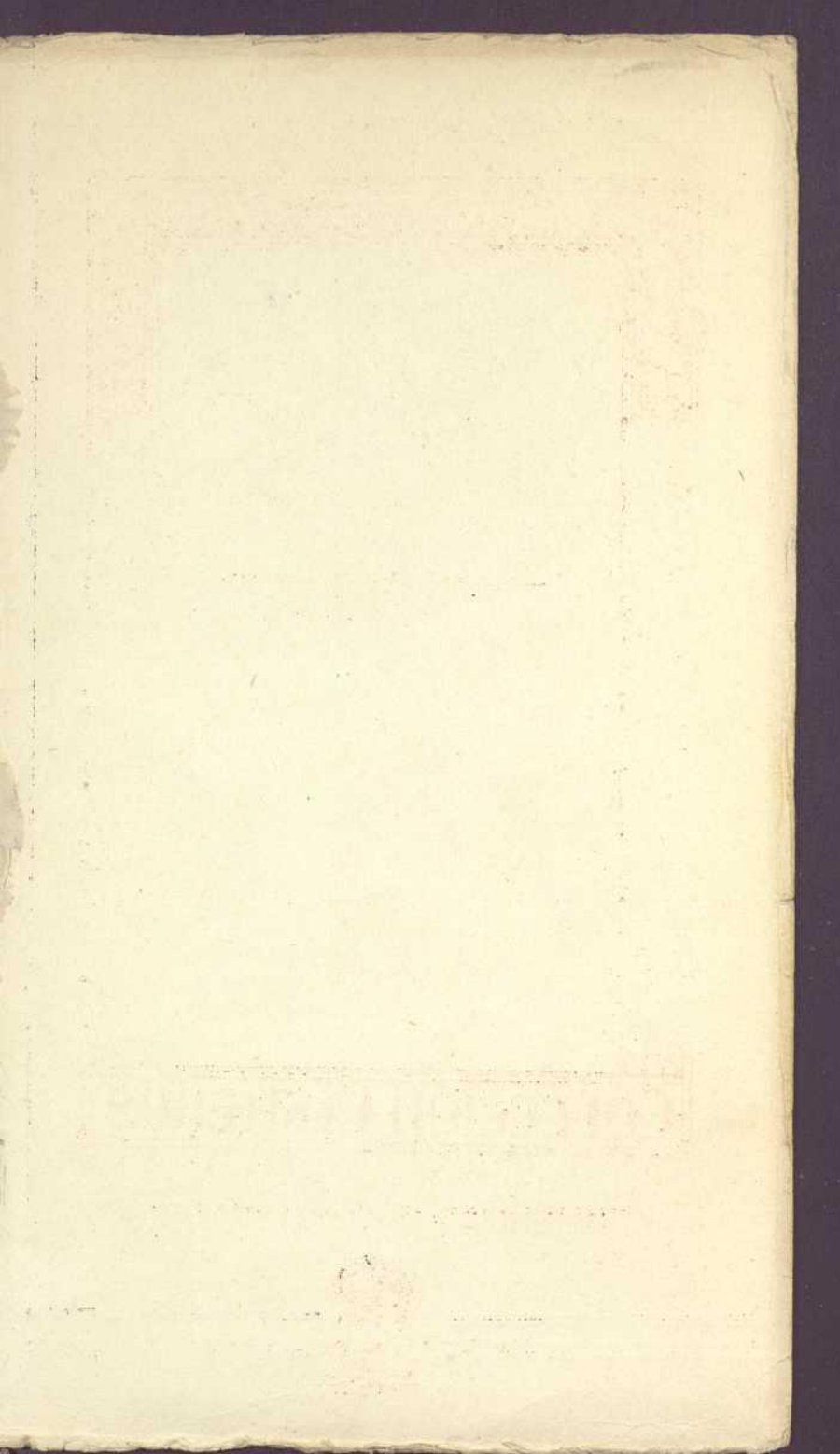
DON PABLO

Mira, hermano, que deshonras  
 El triunfo con insultar  
 A ese hombre: harto dolorosa  
 Es su suerte: ans al cielo  
 Su perdón por él implora,  
 Que arrepentido sus culpas  
 Llore porque piadosa  
 La bondad del soberano  
 Temple su castigo. Ahora  
 Ve a dar las gracias de tantos  
 Favores de que te colma  
 El monarca, y a sus plantas  
 Reconocido te postra.

DON SIMPLICIO

Dices bien: vamos al punto  
 De su bondad generosa  
 A tributarle rendidas  
 Gracias, y luego las bodas  
 De Pepita dispondremos  
 Con Carlos, que su amorosa  
 Constancia de ser premiada  
 Mucho ha que es merecedora.

FIN



Distribuidor: E. MASIA ALONSO  
Zorrilla, 23. — Madrid

# COLECCIÓN CISHNEROS

Precio de la colección: 600 ptas. Tomo suelto: 8 ptas.



Molière

La escuela  
de los  
maridos.  
El Hipócrita



F A

584